

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap

FOTOGRAFÍAS **de la realidad eclesial**

Apóstoles de la Palabra

Indispensable para toda
**BIBLIOTECA
FAMILIAR CATÓLICA**

Diseño y edición de interiores:

P. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap

Renato Leduc 231

Col. Toriello Guerra Tlalpan

14050 México, D.F.

Tel. (01 55) 5665 5379 Fax: (01 55) 5665 4793

jorgeluiszarazua@hotmail.com

Facebook: facebook.com/zarazuajorgeluis

Twitter: twitter.com/zarazuajorgelui

<http://zarazua.wordpress.com>

Diseño de Portada:

Hno. Efraín Bragado Ángel

efrainb_angel@yahoo.com.mx

Ediciones Apóstoles de la Palabra

Melchor Ocampo 20

Col. Jacarandas, Iztapalapa

09280 México, DF

Telfax: 01/55/5642.9584

Telfax: 01/55/5693.5013

Nuestra dirección en Internet:

<http://www.apostolesdelapalabra.org>

<http://www.padreamatulli.net>

Ventas e informes:

edicionesapostoles@hotmail.com

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

INSTANTÁNEAS PARA CONOCER Y RENOVAR LA IGLESIA

Como en la Sagrada Escritura

Nos encontramos frente a un libro singular. No es un tratado de teología al estilo clásico, pero es tan valioso como una biblioteca de teología pastoral que está compuesta por múltiples volúmenes.

Se parece mucho a la Sagrada Escritura (especialmente a los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles), que está tejida de relatos significativos y relevantes, que tienen mucho que ver con nosotros, con nuestra realidad personal y comunitaria, aquí y ahora.

En realidad, la Sagrada Escritura contiene pocos tratados teológicos (en este momento sólo recuerdo la carta a los Romanos y la carta a los Hebreos), pero abunda en numerosos relatos y narraciones que son muy sugerentes.

De hecho, la Sagrada Escritura está formada por muchas *fotografías* donde se ha retratado la vida del pueblo de Dios y sus dirigentes: los problemas que enfrentaron, sus pruebas e infidelidades, sus éxitos y fracasos, sus alegrías y sinsabores, las caídas en el pecado y su proceso de conversión, tejidas de una manera sorprendente mediante la magia de la narración y la poesía, con los más variados géneros literarios.

Algo semejante hace el padre Amatulli en este libro, titulado precisamente **“Fotografías de la realidad eclesial”**.

Alguien podría pensar: “¿Por qué el padre Amatulli escribe sobre estos temas y asuntos? ¿Apoco no sabe que la ropa sucia

se lava en casa?”. De hecho, no falta quienes interpretan estos escritos como ataques a la Iglesia y a los obispos y presbíteros.

Se ve que estas personas conocen poco la Biblia o la han leído sólo superficialmente. Si la leemos de una forma más frecuente y de una manera más reflexiva, descubriremos que la Biblia presenta, en cada una de sus páginas, *fotografías* muy claras del comportamiento de los dirigentes y los miembros del pueblo de Dios. Si piensan de esta forma sobre los escritos del padre Amatulli, deberían también interrogar al Espíritu Santo y a la mayoría de los autores sagrados.

Leyendo el libro de los Jueces, por ejemplo, nos encontramos con un *estribillo* que se repite incesantemente:

Los israelitas hicieron lo que es malo a los ojos de Yahvé y sirvieron a los Baales. Abandonaron a Yahvé, el Dios de sus padres que los había sacado del país de Egipto y siguieron a otros dioses. (Jue 2, 11; 3, 7.12; 4, 1 y un largo etcétera que recorre todo el libro de los Jueces)

Veamos también el primer libro de los Reyes, que presenta este *ritornelo*:

El rey Nadab ofendió al Señor, imitando la conducta de su padre y los pecados que éste hizo cometer a Israel (...) Omrí ofendió al Señor, y se portó peor que sus predecesores. Imitó en todo la conducta de Jeroboán, hijo de Nabat, y los pecados que éste había hecho cometer a Israel, irritando al Señor, Dios de Israel, con sus ídolos. (...) Ajab ofendió con su conducta al Señor más que todos sus predecesores. (1Re 15, 26; 16, 25-26.30 y un largo etcétera que recorre el primer y segundo libro de los Reyes)

Cómo no recordar en este contexto la caída de nuestros primeros padres (Gn 3, 1-19), la muerte de Abel en manos de su hermano Caín (Gn 4, 1-16), el incesto de Cam (Gn 9, 18-27), la penosa historia de Abraham en Egipto (Gn 12, 10-20), el antagonismo entre Esaú y Jacob (Gn 25, 19-36, 43), la compra-venta de José realizada por sus hermanos (Gn 37, 12-36), la

apostasía del pueblo de Israel a causa del becerro de oro (Ex 32, 1-35), los pecados de adulterio y asesinato cometidos por el rey David (2Sam 11, 1-12, 25), la intransigencia de los discípulos (Lc 9, 51-56), la actitud egoísta de los apóstoles (Mt 20, 20-28; Mc 10, 35-45), la crisis en Cafarnaúm (Jn 6, 66), la traición de Judas (Mt 26, 47-56; Mc 14, 43-50; Lc 22, 47-53; Jn 18, 3-11), la triple negación de Pedro (Mt 26, 69-75; Mc 14, 53-54.66.72; Lc 22, 56-62; Jn 18, 15-18.25-27), el abandono de Jesús por parte de los discípulos (Mt 26, 56b), la historia de Ananías y su esposa Safira (Hch 5, 1-11), las acaloradas disputas que motivaron el así llamado Concilio de Jerusalén (Hch 15, 1-29), la ruptura entre Saulo y Bernabé (Hch 15, 36-41), el enfrentamiento de Pedro y Pablo en Antioquía (Gal 2, 11-14), los desórdenes en la comunidad de Corinto (1Cor 5, 1-13; 6, 1-11), las situaciones poco edificantes de las siete iglesias de Asia menor (Ap 2-3) y un largo etcétera que recorre el Antiguo y el Nuevo Testamento, recogidos sin respetos humanos y con un profundo amor a la verdad y la transparencia.

Para ejemplo nuestro

San Pablo, hablando de lo que *“ocurrió a nuestros antepasados”* (1Cor 10, 1), señala que *“todo esto sucedió para ejemplo nuestro, pues debemos guardarnos de los malos deseos que ellos tuvieron”* (1Cor 10, 6).

Pues bien, no falta quienes dicen que lo que el padre Amatulli describe es muy duro. Comparémoslo con estas palabras de san Pablo:

No adoren a falsos dioses, como hicieron algunos de ellos, según leemos en la Escritura: *El pueblo se sentó a comer y a beber, y luego se levantó para divertirse* (Ex 32, 6). No forniquemos, como algunos de ellos, y por eso, en castigo, murieron veintitrés mil en un solo día. No provoquemos al Señor, como hicieron algunos de ellos, y perecieron víctimas de las serpientes. Tampoco se quejen contra Dios como se quejaron muchos de ellos y fueron eliminados por el ángel exterminador. (1Cor 10, 7-10)

Podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿Por qué san Pablo ha creído pertinente recordar y poner por escrito estos acontecimientos tan poco edificantes? Escuchemos la respuesta expresada en sus propias palabras:

Todo esto les sucedió simbólicamente, y *está escrito para que nos sirva de lección* a los que vivimos en el tiempo final. Por eso, el que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer! (1Cor 10, 11-12)

El padre Amatulli ha escrito este libro con la misma intención, *consciente, como san Pablo, de que habla y escribe a personas sensatas, capaces de juzgar por sí mismas* (cfr. 1Cor 10, 15).

En este sentido, podemos decir que la Sagrada Escritura es un espejo en el que podemos contemplarnos. Pues bien, los relatos del padre Amatulli presentados en este libro son *fotografías* que muestran situaciones concretas que el pueblo de Dios está viviendo y padeciendo en nuestros días.

He aquí unas palabras significativas del Cardenal Joseph Ratzinger (ahora Benedicto XVI) sobre la situación de la Iglesia, pronunciadas en el Coliseo Romano el Viernes Santo de 2005, meditando la tercera estación el Vía Crucis:

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de

la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: Kyrie, eleison Señor, sálvanos (cf Mt 8,25).

En la oración, el Cardenal Ratzinger concluyó con estas palabras su meditación sobre la Iglesia:

Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruman su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los empañamos nosotros mismos. Nosotros quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. Ten piedad de tu Iglesia: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, quedamos en tierra y Satanás se alegra, porque espera que ya nunca podremos levantarnos; espera que tú, siendo arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedes abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y santifica a tu Iglesia. Sálvanos y santifícanos a todos.

Dios y el Dinero

El libro está estructurado en tres partes, cada una de ellas con un rico contenido. La *primera parte* se titula **“Dios y el dinero”** y nos recuerda las siguientes palabras de Jesús:

Nadie puede servir a dos patrones: necesariamente odiará a uno y amará al otro, o bien cuidará al primero y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero. (Mt 6, 24)

Al ser un problema constante en la Iglesia, ya desde sus inicios, es útil recordar estas palabras de san Pablo, que señala que para algunos “la religión es un puro negocio” (1Tim 6, 5) y que nos presenta estas palabras tan contundentes al respecto:

Porque *el amor al dinero* es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por él, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos. (1Tim 6, 10)

Teniendo presente esto, no extraña leer estas importantes recomendaciones que el apóstol san Pedro da a los presbíteros de la Iglesia:

Ahora me dirijo a sus presbíteros, dado que yo también soy presbítero, y testigo de los sufrimientos de Cristo, y espero ser partícipe de la gloria que ha de manifestarse. Apacienten el rebaño de Dios, cada cual en su lugar; *cuídenlo no de mala gana, sino con gusto, a la manera de Dios; no piensen en ganancias, sino háganlo con entrega generosa; no actúen como si pudieran disponer de los que están a su cargo, sino más bien traten de ser un modelo para su rebaño. Así, cuando aparezca el Jefe de los Pastores, recibirán en la Gloria una corona que no se marchita. (1Pe 5, 1-4)*

Pueden sernos también de mucha utilidad y edificación estas palabras de san Pablo, dirigidas a los presbíteros de Éfeso en Mileto (Hch 20, 17-38):

De nadie he codiciado plata, oro o vestidos. Miren mis manos: con ellas he conseguido lo necesario para mí y para mis compañeros, como ustedes bien saben. Con este ejemplo les he enseñado claramente que deben trabajar duro para ayudar a los débiles. Recuerden las palabras del Señor Jesús: «Hay mayor felicidad en dar que en recibir.» Dicho esto, Pablo se arrodilló con ellos y oró. (Hch 20, 33-36)

Pues bien, las *fotografías* que el padre Amatulli presenta en este libro nos ayudan a descubrir que muchos de los problemas pastorales que enfrentamos en la actualidad se deben precisamente a que muchos pastores de la Iglesia miran primordialmente el ministerio sacerdotal como fuente de recursos económicos, sea en pro de la construcción de los templos y las más variadas instalaciones parroquiales que en beneficio personal.

De ahí que el tiempo disponible para el ministerio sacerdotal se emplee generalmente en el *culto* (*munus santificandi*), descuidando la *enseñanza* (*munus docendi*) y el *pastoreo* (*munus regendi*), los *tria munera* encomendados por Jesús a sus apóstoles (Mc 3, 13-15; Mc 16, 15; Mt 28, 18-19).

Como puede verse, los problemas que describe el padre Amatulli no son cosa de otro mundo; han acompañado a la Iglesia desde sus orígenes y la han acompañado a lo largo de sus dos mil años de historia. El mérito del padre Amatulli, consiste, entre otras cosas, en ponerlos sobre la mesa de discusión, ayudándonos a tomar conciencia de lo que sucede, sugiriendo, al mismo tiempo, importantes iniciativas concretas y propuestas eficaces para enfrentar y resolver el aspecto económico desde las exigencias y criterios del Evangelio.

La Iglesia existe para evangelizar

Si el amor al dinero está a la base de los múltiples problemas pastorales que enfrentamos actualmente, la raíz de donde puede brotar un estilo nuevo de vivir y anunciar el Evangelio sólo puede ser la tarea evangelizadora y la atención personalizada de cada uno de los bautizados. Es lo que nos explica el padre Amatulli en la *segunda parte*, titulada **“Evangelización y pastoreo”**.

La Iglesia existe para predicar el Evangelio. Es la tarea más necesaria y urgente de la Iglesia. Por eso es importante recordar estas palabras del Evangelio:

Jesús subió al monte y llamó a los que él quiso, y se reunieron con él. Así instituyó a los Doce (a los que llamó

también apóstoles), para que estuvieran con él y *para enviarlos a predicar (...)*. (Mc 3, 13-14)

Jesús se acercó y les habló así: «Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Vayan, pues, y *hagan que todos los pueblos sean mis discípulos*. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y *enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes*. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia.» (Mt 28, 18-20)

Jesús les dijo: «Vayan por todo el mundo y *anuncien la Buena Nueva a toda la creación*. (Mc 16, 15)

Estas palabras de Jesús quedaron grabadas en la mente y el corazón de los Apóstoles. Por eso no extraña escuchar estas palabras de san Pablo:

¿Cómo podría alardear de que anuncio el Evangelio? Estoy obligado a hacerlo, y *ipobre de mí si no proclamo el Evangelio!* (1Cor 9, 16)

Incluso san Pablo considera que la predicación del Evangelio es la tarea más importante que él está llamado a realizar:

De todas maneras, no me envió Cristo a bautizar, sino a *proclamar el Evangelio*. (1Cor 1, 17)

Los Doce están conscientes que se trata de una labor tan importante que no se puede descuidar por ningún motivo, ni siquiera a causa de la persecución.

Los Doce reunieron la asamblea de los discípulos y les dijeron: «*No es correcto que nosotros descuidemos el ministerio de la Palabra de Dios por hacernos cargo de las mesas*. Por lo tanto, hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu y de sabiduría; les confiaremos esta tarea mientras que *nosotros nos*

dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la Palabra.» (Hch 6, 2-4)

«Nosotros *no podemos callar* lo que hemos visto y oído».
(Hch 4, 20)

Junto con la predicación, el *pastoreo* es una labor importantísima, pues implica un cuidado especial de los fieles, a quienes se conoce personalmente, estando dispuestos a dar la vida por ellos.

El ladrón sólo viene a robar, matar y destruir, mientras que yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud. Yo soy el Buen Pastor. *El buen pastor da su vida por las ovejas.* No así el asalariado, que no es el pastor ni las ovejas son suyas. Cuando ve venir al lobo, huye abandonando las ovejas, y el lobo las agarra y las dispersa. A él sólo le interesa su salario y no le importan nada las ovejas. *Yo soy el Buen Pastor y conozco los míos como los míos me conocen a mí*, lo mismo que el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. *Y yo doy mi vida por las ovejas.* Tengo otras ovejas que no son de este corral. A esas también las llevaré; escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño con un solo pastor. (Jn 10, 10-16)

Si una de las ovejas se extravía, el pastor la busca hasta encontrarla:

«Si alguno de ustedes pierde una oveja de las cien que tiene, ¿no deja las otras noventa y nueve en el desierto y se va en busca de la que se le perdió, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra se la carga muy feliz sobre los hombros, y al llegar a su casa reúne a los amigos y vecinos y les dice: “Alégrense conmigo, porque *he encontrado la oveja que se me había perdido.*” (Lc 15, 2-4)

Una presentación magistral del *pastoreo* lo encontramos en el profeta Ezequiel, aunque lo hace en negativo, cuestionando el proceder de los malos pastores:

Se me comunicó esta palabra de Yahvé: “Hijo de hombre, habla de parte mía contra los pastores de Israel, profetiza! Les dirás a los pastores: Esta es una palabra de Yahvé: ¡Ay de ustedes, pastores de Israel: pastores que sólo se preocupan de ustedes mismos! ¿Acaso el pastor no tiene que preocuparse del rebaño? Se alimentan de leche, se visten con lana, sacrifican los animales gordos, pero no se preocupan de sus ovejas. *No han reanimado a la oveja agotada, no se han preocupado de la que estaba enferma, ni curado a la que estaba herida, ni han traído de vuelta a la que estaba extraviada ni buscado a la que estaba perdida. Y a las que eran fuertes, las han conducido en base al terror. Sin pastores, mis ovejas se han dispersado: siendo así presa fácil de las fieras salvajes. Mi rebaño se dispersó por las montañas y colinas; el resto está disperso por todo el país, y nadie se preocupa o sale en su búsqueda. Por eso, pastores, escuchen la palabra de Yavé: Tan cierto como que yo vivo, dice Yavé, que si mis ovejas quedaron expuestas a los ladrones, si se convirtieron en presa de las fieras salvajes, la culpa es de los pastores. Mis pastores no se preocuparon de mis ovejas, se preocuparon de sí mismos pero no del rebaño.* (Ez 34, 1-8)

Después de leer estos textos tan significativos, podemos concluir que en las Sagradas Escrituras está bien delineada la importancia de la proclamación del Evangelio, que implica y requiere una *atención personalizada* de los creyentes.

El alejamiento de las Sagradas Escrituras ha propiciado un profundo desequilibrio en la vida de la Iglesia, que corre el riesgo de ser considerado como la norma. Por eso es tan importante el retorno a la Escritura, como fuente privilegiada del ser y quehacer de la Iglesia.

Creación de las estructuras adecuadas

Al mismo tiempo, las Sagradas Escrituras nos presentan algunos momentos relevantes donde se ve necesario *crear nuevas estructuras*, que ayuden a cumplir con la misión encomendada. Es lo que se presenta en la *tercera parte*, titulada **“Los cambios en la Iglesia”**, donde propone volver a la praxis de las primeras comunidades cristianas, aprendiendo de ellas a enfrentar los problemas pastorales a medida que se presentan.

Asomémonos, por ejemplo, a la experiencia de Moisés, que debe *crear las estructuras adecuadas* para guiar al pueblo de Israel, instituyendo a los jueces, eligiendo para ello a hombres sabios, perspicaces y experimentados:

Miren: ésta es la tierra que les he reservado; vayan y tomen posesión de la tierra que Yavé juró dar a sus padres, Abrahán, Isaac y Jacob y a todos sus descendientes. Fue entonces cuando les dije: ‘No puedo hacerme cargo yo solo de todos ustedes. Yavé, el Dios de ustedes, los ha multiplicado y son ahora tan numerosos como las estrellas del cielo. ¡Yavé, Dios de sus padres, los haga crecer mil veces más y los bendiga como se lo prometió! Pero ¿cómo los atenderé yo solo y me haré cargo de sus pleitos? Busquen, pues, entre ustedes hombres sabios, perspicaces y experimentados de cada una de sus tribus, y yo los pondré al frente del pueblo. Ustedes me respondieron: Está bien lo que tú nos propones hacer. Tomé entonces de entre los jefes de sus tribus hombres sabios y experimentados y los puse al frente de ustedes como jefes de millar, de cien, de cincuenta y de diez, así como también secretarios para cada una de las tribus. (Dt 1, 8-15)

Moisés tomó esta importante decisión al constatar que no puede hacerse cargo él solo de todos los israelitas, que eran ya un pueblo numeroso. Así surgió una nueva estructura, adecuada para una atención personalizada del pueblo de Israel.

Algo semejante hicieron los Apóstoles cuando aumentó el número de los discípulos y no les era posible atenderlos adecuadamente:

Por aquellos días, como el número de los discípulos iba en aumento, hubo quejas de los llamados helenistas contra los llamados hebreos, porque según ellos sus viudas eran tratadas con negligencia en la atención de cada día. Los Doce reunieron la asamblea de los discípulos y les dijeron: **«No es correcto que nosotros descuidemos la Palabra de Dios por hacernos cargo de las mesas. Por lo tanto, hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu y de sabiduría; les confiaremos esta tarea mientras que nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la Palabra.»** Toda la asamblea estuvo de acuerdo y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, que era un prosélito de Antioquía. Los presentaron a los apóstoles, quienes se pusieron en oración y les impusieron las manos. La Palabra de Dios se difundía; el número de los discípulos en Jerusalén aumentaba considerablemente, e incluso un buen grupo de sacerdotes había aceptado la fe. (Hch 6, 1-7)

En el llamado *Concilio de Jerusalén* vemos la forma en que los Apóstoles y los primeros cristianos enfrentan y resuelven los problemas a medida que se presentan, leyendo la voluntad de Dios en los acontecimientos y en las Escrituras, encontrando respuestas llenas de sensibilidad, creatividad y sentido común:

Llegaron algunos de Judea que aleccionaban a los hermanos con estas palabras: «Ustedes no pueden salvarse, a no ser que se circunciden como lo manda Moisés.» Esto ocasionó bastante perturbación, así como discusiones muy violentas de Pablo y Bernabé con ellos. Al fin se decidió que Pablo y Bernabé junto con algunos de ellos subieran a Jerusalén para tratar esta cuestión con los apóstoles y los presbíteros. La Iglesia los encaminó, y atravesaron Fenicia y Samaría. Al pasar contaban con todo lujo de detalles la conversión de los paganos, lo que produjo gran alegría en todos los hermanos. Al llegar a Jerusalén fueron recibidos por la Iglesia, por los apóstoles

y los presbíteros, y les expusieron todo lo que Dios había hecho por medio de ellos. Pero se levantaron algunos del grupo de los fariseos que habían abrazado la fe, y dijeron: «Es necesario circuncidar a los no judíos y pedirles que observen la ley de Moisés.» Entonces los apóstoles y los presbíteros se reunieron para tratar este asunto. Después de una acalorada discusión, Pedro se puso en pie y dijo: «Hermanos: ustedes saben cómo Dios intervino en medio de ustedes ya en los primeros días, cuando quiso que los paganos escucharan de mi boca el anuncio del Evangelio y abrazaran la fe. Y Dios, que conoce los corazones, se declaró a favor de ellos, al comunicarles el Espíritu Santo igual que a nosotros. No ha hecho ninguna distinción entre nosotros y ellos, sino que purificó sus corazones por medio de la fe. ¿Quieren ustedes mandar a Dios ahora? ¿Por qué quieren poner sobre el cuello de los discípulos un yugo que nuestros padres no fueron capaces de soportar, ni tampoco nosotros? Según nuestra fe, la gracia del Señor Jesús es la que nos salva, del mismo modo que a ellos.» Toda la asamblea guardó silencio y escucharon a Bernabé y a Pablo, que contaron las señales milagrosas y prodigios que Dios había realizado entre los paganos a través de ellos. Cuando terminaron de hablar, Santiago tomó la palabra y dijo: «Hermanos, escúchenme: Simeón acaba de recordar cómo Dios, desde el primer momento, intervino para formarse con gentes paganas un pueblo a su nombre. Los profetas hablan el mismo lenguaje, pues está escrito: *Después de esto volveré y construiré de nuevo la choza caída de David. Reconstruiré sus ruinas y la volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi Nombre.* Así lo dice el Señor, que hoy realiza lo que tenía preparado desde siempre. Por esto pienso que no debemos complicar la vida a los paganos que se convierten a Dios. (Hch 15, 1-19)

Como es fácil notar, la forma en que el padre Amatulli descubre, enfrenta y propone soluciones tiene un sabor

eminentemente bíblico, pues él ha interiorizado las Sagradas Escrituras. De hecho, tienen presente los acontecimientos que ocurren entre nosotros en el ámbito eclesial. Al mismo tiempo, tienen como fuente de inspiración la Sagrada Escritura y están en plena consonancia con ella.

Teniendo presente esto, les invito a acercarse a este libro con *simpatía crítica*, siguiendo la recomendación de san Ignacio de Loyola de estar siempre más dispuestos a salvar la proposición del prójimo que a condenarla (*Ejercicios Espirituales*, 22).

Un libro imprescindible

En realidad, se trata de una lectura imprescindible para conocer la *realidad eclesial* de una manera a la que no estamos acostumbrados, pues el estilo de los documentos eclesiales es totalmente distinto, generalmente exhortativo.

Será, sin duda, una aventura maravillosa donde podremos vernos retratados nosotros mismos. Será como contemplar una postal de lugares y situaciones que hemos conocido personalmente. Muchos creerán que están experimentando un *déjà vu*. Una cosa es cierta: nadie va a quedar indiferente.

Adelante, pues. Te invito a iniciar la lectura de este libro que, seguramente será de ahora en adelante uno de tus favoritos. Ojalá se vuelva para ti en un *fiel compañero de camino*, un *lente* que te permita ver con mayor claridad la *realidad eclesial* y un *manual de operaciones* para que contribuyas con tu granito de arena a hacer posible *un nuevo modelo de Iglesia*.

P. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap.

**Puebla, Pue.; a 2 de julio de 2012,
en el 34 aniversario de la fundación
del Movimiento Eclesial “Apóstoles de la Palabra”.**

INTRODUCCIÓN GENERAL

Muchas veces, antes de contestar a ciertas inquietudes de la gente, pregunto:

–¿Quieren que les diga la verdad o que les diga mentiras?

–Queremos que nos diga la verdad – es la respuesta de siempre.

–Muy bien. Puesto que quieren que se les diga la verdad, ahí les va. Y después no se vayan a quejar, si esto les vaya a causar un fuerte dolor de barriga.

Y de hecho, al escuchar ciertos comentarios de mi parte, a muchos se les revuelven las tripas. Es que muchos viven en un mundo fantasioso, totalmente desligado de la realidad, acostumbrados a ver las cosas con el color de los lentes que les ponen. Y claro que después, al tomar conciencia de la realidad así como es, a la luz de la Palabra de Dios, se les revuelve todo, hasta que no logran adquirir una nueva visión de las cosas, más ajustada a la realidad, experimentando con eso un profundo sentido de satisfacción. Ya Jesús lo había dicho: “La verdad los hará libres” (Jn 8,32).

Algunos clérigos se quejan:

–Lo que dice el padre Amatulli, es cierto. Lo malo es que lo dice a toda la gente, escandalizándola. Lo que tendría que hacer, es reunirnos a nosotros aparte y decirnos lo que piensa acerca de tal o cual asunto.

–Perfecto –es mi respuesta–. Que digan cuándo y dónde nos reunimos. De hecho, son muy pocos los clérigos que están interesados en conocer cómo realmente están las cosas en la Iglesia con miras a un cambio, puesto que son los más favorecidos del sistema actual.

Aparte de esto, ¿no se ha siempre dicho que no solamente los miembros de la jerarquía constituyen la Iglesia sino todos los bautizados y que por lo tanto todos tenemos el derecho y el deber de estar enterados de lo que pasa en la Iglesia, para poder intervenir oportunamente buscando la manera de mejorar las cosas? ¿O acaso el papel de los laicos consiste esencialmente en llevar la carga económica de la Iglesia, obedeciendo a sus pastores sin pestañear? Pues bien, sepan mis estimados colegas que esto no corresponde a mi manera de ver la relación entre el clero y el laicado. Según mi manera de ver las cosas, si los laicos tienen el deber de colaborar para sostener al clero, tienen también el derecho de conocer y cuestionar su actuación con miras a un mejoramiento de la situación.

Otra queja:

–El padre Amatulli tiene que definir su postura, aclarando de una vez si está con nosotros o en contra de nosotros.

–Solamente Jesús –es mi respuesta– tenía derecho a una afirmación de este tipo, siendo el Hijo de Dios, nuestro único Señor y Salvador. Fuera de él, en cada caso hay que ver hasta qué punto uno es digno de confianza y merece ser escuchado y apoyado, puesto que cada uno de nosotros tiene su lado positivo pero también su lado oscuro. ¿Qué hacer entonces? En lugar de luchar por seguir afianzando una cierta imagen del clero, demasiado sacralizada, ¿por qué no hacemos todo lo posible por desmitificarla cada día más y volverla más humana, con sus virtudes y defectos, luchando todos juntos por purificarnos siempre más a la luz del Evangelio y tratar de alcanzar en Cristo la plenitud del hombre nuevo?

De ahí la importancia de conocer la realidad eclesial así como es, a la luz de la Palabra de Dios, sin tratar de maquillarla o de escabullirnos echando la culpa a los gobiernos o los malos católicos, hasta amenazar con la excomunión u otros castigos parecidos a quienes se atreven a criticar a un sacerdote, como si se tratara de Cristo en persona. En este caso, ¿no sería mejor recordar la enseñanza

de Cristo, que nos invita a fijarnos primero en la viga que tenemos en nuestro ojo, antes de fijarnos en la pelusa que se encuentra en el ojo ajeno? (Mt 7, 1-5)

A veces se oye decir: “La Iglesia es como una madre. El que se fija demasiado en sus defectos, poco a poco llega a despreciarla, hasta a odiarla” y con eso se pretende canonizar la ceguera y el silencio y al mismo tiempo satanizar todo tipo de profetismo en la Iglesia. Pues bien, ante esta objeción, contesto lo siguiente:

- Existe una crítica positiva y otra negativa. Todo depende de la intención que uno tenga al fijarse en ciertos defectos de su madre, con miras a desprestigiarla o mejorar su imagen.
- Una cosa es hacer notar la conveniencia o no de tal o cual norma o costumbre dentro de la Iglesia y otra cosa es desobedecer.
- En la Iglesia hay más libertad de opinión de lo que uno se pueda imaginar. Si muchos no la aprovechan, es por el miedo al desprestigio en caso de equivocarse o a poner en riesgo la propia carrera.
- En cuarto lugar está el factor edad (estoy en los 75 años). Cuando uno llega a este punto, ve las cosas con más lucidez (por lo menos en mi caso) y tiene poco que perder al llamar las cosas por su nombre.

De todos modos, a este propósito quiero que se sepa de una vez que, al tratar de aclarar ciertas anomalías presentes en la Iglesia, como por ejemplo el asunto de la simonía con relación a la administración de los sacramentos o de la idolatría con relación al culto que se debe a las imágenes, uno personalmente no gana nada, sino al contrario corre el riesgo de perder cada vez más amigos, como siempre ha sucedido en mi caso. Entonces, ¿por qué lo hago? Sencillamente por amor a la verdad y a mis hermanos, recordando las palabras de San Pablo: “*Hasta desearía ser aborrecido de Dios y separado de Cristo, si así pudiera favorecer a mis hermanos*” (Rom 9,3).

De hecho, leyendo estos escritos, mis hermanos más débiles toman conciencia de cómo realmente están las cosas y ya no se dejan enredar tan fácilmente de parte de los más abusados, que nunca faltan dentro y fuera de la Iglesia. Y con eso el pueblo católico se fortalece siempre más y ya no sigue en caída libre, dejándose llevar por lugares comunes que tienen mucho que ver con la pereza mental y la flojera.

Tomemos el caso del ecumenismo. Todo perfecto a nivel teórico. ¿Y a nivel práctico? Cero a la izquierda, por lo menos entre nosotros. Y sin embargo es lo que se maneja en los seminarios y en todo el sistema formativo católico, no obstante la evidencia de su ineficacia. ¿Por qué? Por pereza mental y flojera. Así uno se siente abierto y avanzado, dejando que el mundo ruede, sin ninguna preocupación por la suerte de los demás. Se ve que se pierde gente al por mayor y nadie se siente responsable. En lugar de hacer algo para poner los puntos sobre las íes y al mismo tiempo dejarse cuestionar por su estrategia de conquista, se piensa liquidar el problema del proselitismo religioso con una simple actitud “ecuménica”, de puras palabras sin el respaldo de hechos concretos.

Lo mismo por lo que se refiere a la religiosidad popular. Todo bonito a nivel teórico. ¿Y en la práctica? Un desastre: una mezcla entre verdades y mentiras, valores y antivalores, creencias ancestrales, religiones orientales y cristianismo. A veces parece más bien paganismo puro con pantalla cristiana. Y sin embargo se ve como normal la administración de los sacramentos a este tipo de gente, que representa la base del catolicismo, sin que primero se haya hecho un verdadero esfuerzo por evangelizarla.

Por eso se da el fenómeno de católicos que, no obstante ser confirmados, casados por la Iglesia y pertenecer a una que otra asociación religiosa, fácilmente se cambian de religión. Es que se piensa y actúa como si viviéramos al tiempo de la abuelita, cuando todos éramos católicos y no había amenaza alguna contra la fe. No se quiere entender que hoy en día los tiempos cambiaron y por lo tanto es necesario realizar en la Iglesia cambios tales que le permitan garantizar

a todos los bautizados una auténtica vivencia de la fe y al mismo tiempo estar en condiciones de cumplir cabalmente con el mandato de Cristo de ir y evangelizar (Mc 16,15).

Ahora bien, sea para ayudar al católico a vivir su fe correctamente, sea para ponerlo en condiciones de dialogar con los hermanos separados, sean ecuménicos o proselitistas, y sea para descubrir cuáles son los cambios más urgentes que se necesitan en la Iglesia para lograr todo lo anterior, el papel de la Palabra de Dios es imprescindible. A condición que se haga de la Palabra de Dios la fuente principal de inspiración en toda la vida de la Iglesia.

Una tarea sin duda de enormes dimensiones, que va más allá de un simple maquillaje, como generalmente se pretende. Y está aquí precisamente el objetivo de estas “Fotografías”, unas breves pinceladas, que presentan el drama de la Iglesia actual con miras a una búsqueda de caminos para salir del profundo bache en que se encuentra, en el intento de revivir las hazañas de sus inicios. Y todo esto, en un lenguaje claro, sencillo y fuerte, como es mi estilo propio, en el afán de mover las aguas estancadas y despertar las conciencias adormecidas.

¿Habré logrado este objetivo? Quién sabe. Lo único que me queda claro, es que con estas “Fotografías” he dado un paso más en el esfuerzo por ahondar en el análisis de la realidad eclesial, condición esencial para hacer un buen diagnóstico de la situación en que nos encontramos con miras a una superación.

A veces alguien me pregunta:

–Lo que usted relata en sus escritos, ¿sucedió realmente?

–Sucedió muchas veces –es mi respuesta.

En realidad, se trata de casos típicos. Por eso, al conocerlos, de inmediato uno empieza a reflexionar sobre casos parecidos, adquiriendo una mejor comprensión de la realidad eclesial y por consiguiente sintiéndose impulsado a no repetir los mismos errores, más bien a corregirlos e intentar nuevos caminos para entender y vivir mejor la fe a la luz del Evangelio.

Y con eso me despido, augurándote una buena lectura.
Y no te olvides de comunicarme tus impresiones o críticas,
siempre buscando una mayor fidelidad a Cristo y su Iglesia.

Primera Parte

**DIOS
Y EL DINERO**

INTRODUCCIÓN

Ya sabía que dondequiera se cuecen habas, es decir, hay de todo, buenos y malos, auténticos y falsos. Sin embargo, nunca me había imaginado hasta qué grado la podredumbre podría anidarse hasta en el mismo corazón de la Iglesia. Ni modo. Nunca uno deja de aprender... y escandalizarse.

A propósito, si alguien tiene una conciencia muy delicada, mejor que suspenda la lectura de este folleto, puesto que le puede afectar seriamente, y busque algo menos fuerte, a su medida. Fíjese que, antes de emprender esta tarea, yo mismo lo pensé muchas veces y aún abrigo serias dudas acerca de la oportunidad de mi elección. De todos modos, más allá del daño que pueda causar a ciertas almas piadosas, acostumbradas a verlo todo color de rosa, estoy seguro de que para otros el contenido de este folleto podría resultar de suma utilidad, al tomar conciencia de una faceta poco conocida de la realidad eclesial, en que con extrema facilidad se pasa del discurso místico o la encendida perorata a favor de las causas populares al más espantoso endurecimiento espiritual y a la explotación más descarada de los pobres en carne y hueso en connubio con los poderes corruptos, con tal de satisfacer la propia sed de poder o afán de dinero.

Estando así las cosas, lo que sigue podría ser interpretado por algunos como una serie de cuentos de mal gusto. Mejor así. En este caso, aparte de quedar menos afectados psicológica y moralmente por su contenido poco edificante, esta lectura les podría servir como advertencia para volverse más precavidos y no dejarse fácilmente envolver por los mañosos y aprovechados, que nunca

faltan en todos los estrados de la sociedad. Para los demás, especialmente los más despiertos y valientes, estas historias (o cuentos) pueden servir de estímulo para no rendirse nunca ante cualquier tipo de perversidad, venga de donde venga, hasta la más sutil, como podremos comprobar en los casos, en que sus autores visten sotana u ostentan solideo.

Y para estos, quiero que lo que sigue a continuación se vuelva en una auténtica pesadilla, al darse cuenta de que sus fechorías no siempre quedan ocultas como desearían y en cualquier momento pueden salir a la luz pública con su firma y sello.

Pues bien, aclarado esto, no me queda que empezar a contar algunas de las historias (o cuentos), que no dejan de revolotear en mi mente desde hace muchos años, atormentando mi pobre existencia.

1. LOS BUITRES

Una noche (como pasó con Nicodemo, el amigo oculto de Jesús), se me presentó un antiguo compañero de seminario, un abogado muy reconocido en la región por su astucia sin límites y falta de escrúpulo, que, utilizando todo tipo de triquiñuelas legales, había logrado ganar pleitos millonarios hasta en contra del mismo gobierno del estado. Evidentemente, conociendo su mala reputación, difícilmente me hubiera atrevido a recibirlo en mi casa a plena luz del día.

Al verlo tan deprimido, lo primero que pensé fue que acababa de tener un fuerte descalabro en su vida profesional o familiar. A leguas se notaban sus enormes ojeras. Evidentemente no había logrado cerrar ojo durante bastante tiempo. Y para colmo, no resultaba difícil darse cuenta de que iba pasado de copas.

–Discúlpame, Toñito –empezó– (nunca se acostumbró a llamarme padre y hablarme de usted). Ya no aguanto más. No se trata de ninguna confesión. Ya sabes que desde hace muchos años ya no creo en esas cosas, menos ahora que acabo de descubrir en tus colegas cosas realmente alucinantes, capaces de borrar cualquier vestigio de fe hasta en las almas más crédulas y piadosas.

–Párale, mi querido amigo –le contesté–. Tú, siempre con tus cosas. Como si no te conociera. Además, con unas copas adentro, ¿qué me puedo esperar de ti? A ver, sin tantos preámbulos, ¿de qué se trata? Cuéntame las cosas peladamente como solíamos hacer en nuestros tiempos de seminario.

Apenas le mencioné los antiguos tiempos del seminario, hizo un gesto de repulsión:

—Por favor, Toñito; no me hagas recordar aquellos años tan tristes y aburridos de mi vida. Los soporté solamente para no disgustar a mi anciana abuelita, que no dejaba de regodearse al verme servir al altar con sotana y cota. Me llamaba su angelito. ¿Angelito yo, que por dentro me estaba quemando en un sinfín de pasiones? Qué bueno que aquel martirio duró pocos años, hasta que murió la abuelita y pude liberarme definitivamente de aquel ambiente tan asfixiante y nefasto de delaciones y amenazas, como si viviéramos en la peor de las dictaduras o en los cuarteles más depravados y asquerosos del globo terráqueo.

—Ni modo. Así es la vida: cada quien ve las cosas desde su punto de vista, como dice el antiguo adagio latino, que tú bien recordarás: “*Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*” (todo lo que se recibe, se recibe a la manera del que lo recibe) o como dice el refrán popular: “Cada quien ve las cosas con el color de sus lentes”.

Noté que con estos recuerdos, según él tan nefastos, poco a poco su cara se iba serenando, adquiriendo una actitud casi normal. Evidentemente la posibilidad de desahogarse ya estaba surtiendo sus primeros efectos.

Y empezó a soltar la sopa:

—¿Recuerdas al padre Francisco, el gringo que llegó a nuestras tierras después de unos años de misión en oriente, no recuerdo si en la India, en China o en Japón? (Evidentemente Francisco es un nombre ficticio, como se acostumbra en los cuentos)

—¿El que murió hace unos meses?

—¿Murió? Lo mataron.

—¡Cómo! Según los periódicos, se trató de algo natural, debido a su avanzada edad y a su estado de salud, bastante deteriorado, que en los últimos meses lo tenía casi siempre postrado en la cama. Por lo menos eso dijeron los periódicos.

—Lo mismo pensaba yo. Pero no fue así. Ahora que tomé el caso en mis manos, descubrí detalles realmente alucinantes. ¿Oíste hablar de Panchita, su gobernante o sirvienta de confianza?

–Realmente tuve pocos contactos con el p. Francisco. De hecho, nunca estuve en el internado en que vivía con sus muchachos. Lo conocía sólo de vista y raras veces tuve la oportunidad de intercambiar con él algunas palabras de ocasión.

–Pues bien, fue precisamente aquella bruja maldita quien lo mató. Quien sabe cómo enredó las cosas. Un hecho es cierto: que durante el día tenía al padre casi totalmente sedado y, durante la noche, lo dejaba solo, encerrado en su cuarto y dando vueltas como loco. En una ocasión, un vecino, alertado por sus gritos desesperados, acudió en su ayuda y lo encontró totalmente desnudo revolcándose en el suelo.

–Mi querido licenciado, todo esto me parece muy difícil de creerse. Me pregunto: ¿Es posible que las cosas hayan llegado tan lejos, sin que el padre Francisco se haya percatado de la situación y haya intentado siquiera algún medio para comunicarse con alguien de afuera y así denunciar el atropello al que se encontraba sometido?

–Aquí está el punto: el padre Francisco estaba totalmente consciente de lo que le estaba pasando y lo aceptaba como medio de purificación personal y salvación de las almas.

Le pregunté si contaba con alguna prueba al respecto. Su respuesta fue inmediata:

–Dos ex-alumnos del padre Francisco, independientemente el uno del otro, escucharon esto de sus mismos labios y están dispuestos a declarar en un juicio. Claro que el padre primero les hizo jurar que no revelarían a nadie este secreto. De todos modos, una vez que el padre ya falleció y teniendo en cuenta las circunstancias concretas, los dos, sintiéndose libres del juramento, acudieron a mí espontáneamente para declarar lo que saben acerca del asunto.

Sinceramente, nunca me hubiera podido imaginar algo semejante en el padre Francisco. Sí, todos lo considerábamos como un buen sacerdote, no faltaba gente piadosa que lo veneraba como a un verdadero santo, pero nadie se imaginaba hasta qué punto hubieran podido llegar su deseo

de santificación personal y su ansia de salvar almas. Al notar mi emoción, el licenciado prosiguió:

–Para que veas que yo no soy un comecuras fanático como muchos me creen. Sé distinguir perfectamente bien entre el trigo y la paja, los verdaderos curas y los falsos, que se aprovechan de su investidura para explotar a la gente, como esos bandidos, que, después de haber sacado al padre Francisco de la diócesis, ahora quieren aventarse sobre su obra como buitres hambrientos para destruirla y aprovecharse.

–A propósito de su cambio de diócesis, nunca supe a ciencia cierta la verdadera razón. Se habló de motivos de salud, de inconformidad con la línea pastoral del obispo y de tantas cosas más. ¿Qué sabes al respecto?

Ante tanta ignorancia de mi parte, el licenciado perdió los estribos:

–Mi querido Toñito, ¿en qué mundo vives? ¿No te das cuenta de que por lo general en la Iglesia todo el asunto de los pobres es pura palabrería? De hecho, en nuestro caso concreto, mientras el obispo se dedicaba a despotricar en contra de los ricos y a favor de los pobres, el padre Francisco actuaba; mientras el nombre del obispo aparecía continuamente en todos los periódicos y resonaba continuamente en los círculos intelectuales como símbolo de la lucha a favor de las clases más menesterosas, el nombre del padre Francisco no dejaba de ser reverenciado y pronunciado entre los pobres en carne y hueso en búsqueda de una ayuda concreta para pagar la renta, comprar las tortillas del día o saldar alguna deuda. No te imaginas cuántos muchachos y muchachas pobres, recogidos y formados en sus internados, lograron cursar una carrera, siempre gozando de su amparo, y ahora ocupan un lugar distinguido en la sociedad. Lástima que también entre ellos no faltaron, y no faltan todavía, traidores que le dieron la espalda en los momentos más difíciles, posiblemente por no querer sacar a relucir su pasado de pobreza y humillaciones. Y todo esto evidentemente, aunado a su abierta discrepancia a nivel doctrinal, no dejaba de molestar al obispo y sus fans,

que por fin decidieron alejarlo de la diócesis, a sabiendas del enorme daño que con eso estaban causando a los pobres, que tanto se ufanaban en defender con los labios.

Y me habló de los absurdos a que había llegado la así llamada “teología de la liberación” con su apéndice, la “teología india”, absurdos que el padre Francisco se encargaba de subrayar y refutar puntualmente, despertando en el obispo y sus secuaces enojo, celos y un enorme deseo de venganza.

–Lo que está pasando ahora –concluyó el licenciado– no es nada más que el epílogo de una larga historia, que empezó hace casi cincuenta años. Murieron los actores principales, pero sigue la lucha: de una parte el ala política del clero, dispuesta a todo con tal de acabar con la obra del padre Francisco y, al mismo tiempo, aprovecharse de ella y, de otra parte, un puñado de laicos valientes, decididos a defender la memoria y el legado del padre, a capa y espada, contra vientos y marea.

Al escuchar todo esto, lo primero que me llamó la atención fue la visión tan precisa que tenía el licenciado acerca de la situación de la Iglesia en aquella región. Al hacérselo notar, me contestó, acompañando sus palabras con una sonrisa irónica:

–Para que veas, mi querido Toñito, que para algo me sirvieron mis estudios de seminario, por lo menos para no dejarme embaucar por cualquier curita aprovechado.

–Si es así, ¿a qué se debe entonces tanto desconcierto con relación al caso del padre Francisco? Me extraña que alguien como tú, curtido en todo tipo de asuntos legales y con un historial tan exitoso, ahora se sienta impotente ante un caso tan sencillo.

–¿Impotente yo? Más bien asustado. ¿Entendiste que aquí se trata de mandar a la cárcel a un notario tramposo con unos curitas politiqueros y dos obispos, considerados por la opinión pública más allá de toda sospecha?

Caí de las nubes. Continuó el licenciado:

–Hace algún tiempo, el padre Francisco, al darse cuenta de que su estado de salud iba empeorando cada día más, le

entregó a Panchita, su cocinera de total confianza, una buena cantidad de dinero con la encomienda de que lo atendiera hasta su muerte. ¡Santa ingenuidad! Evidentemente Panchita, una vez asegurado el dinero, fingiendo extrema preocupación, cuidado y devoción hacia el padre, trató de apresurar su muerte, manipulando las medicinas.

–Bueno. En todo esto, ¿qué tienen que ver el notario, los curitas y los dos obispos?

–Tienen mucho que ver. Apenas los eternos enemigos del padre, mediante Panchita, se enteraron de la situación, se confabularon entre ellos y pasaron al ataque definitivo. De acuerdo con el notario de la diócesis, redactaron un supuesto testamento del padre (sin su firma ni nada), en que se disponía que todos sus bienes se repartieran entre las respectivas diócesis en que se encontraban los internados.

–¿Cuáles bienes? ¿Acaso desde un principio no estaban escriturados a nombre de la asociación civil, a cuyo cargo se encuentran los internados?

–Claro que sí. De todos modos, mediante sendos documentos episcopales y utilizando todo tipo de presiones, ahora esos amigos quieren obligar a su mesa directiva a disolver la asociación y escriturar dichos bienes a nombre de las dos diócesis, dando cumplimiento a “las últimas voluntades del padre”. Pues bien, estando así las cosas, quién sabe porqué, llega el caso a mis manos.

A este punto volví a notar en el rostro del licenciado un profundo sentido de angustia, como al principio del encuentro. Se levantó, dio unos pasos por la sala, se me plantó enfrente y me interpeló:

–A ver, Toñito: tú ¿qué harías en mi lugar? Claro que muchos de los que estaban enterados de la situación se alegraron sobremanera al saber que el caso del padre Francisco había llegado a mis manos. No se cansan de repetir: “Por fin llegó el momento en que alguien le ponga un alto al notario tramposo y le dé su merecido”. En realidad, ese amigo ya se pasó de la raya y ya nadie lo puede soportar. Sencillamente, perdió la vergüenza. Está dispuesto a todo,

con tal de sacar provecho. Y pensar que es el notario oficial de la curia. ¡Qué vergüenza para nosotros católicos!

Y siguió dando vueltas por la sala, como un león enjaulado. Por fin, volvió a sentarse frente a mí y continuó:

—¿Entendiste, mi querido Toñito? ¿Te das cuenta en qué lío estoy metido? Ya me llegaron voces de que, si me atrevo a meter a los dos obispos en el banquillo de los acusados, *ipso facto* (por el mismo hecho) quedo excomulgado. Imagínate ¡qué vergüenza para toda mi familia y especialmente para mis hijos, que se están preparando para la primera comunión y la confirmación, enterarse de que su papá está excomulgado! Estando así las cosas, no me queda otra salida que abandonar el caso.

—Y la asociación ¿cómo va a quedar? —me atreví a preguntar— ¿Y los internados?

Después de unos eternos instantes de ansiosa búsqueda, noté en los ojos del licenciado un destello de luz:

—Ya sé lo que voy a hacer: voy a pasar el caso a un colega mío que no es católico y tiene unas tremendas ganas contra los curas. ¡A ver si se atreven a presionarlo también a él con el cuento de la excomunión! Así que, mi querido Toñito, no te preocupes: pronto se va a arreglar todo. La asociación y los internados no quedarán desamparados. DIOS EXISTE, mi querido Toñito. No lo olvides nunca.

Y se desvaneció en la noche.

COMENTARIOS

Es mi costumbre, una vez terminado de escribir algo, darlo a conocer a mis amigos más íntimos, para escuchar sus comentarios. Me imaginaba que, en este caso, por lo general serían negativos, a causa del escándalo que este relato podría provocar entre mis lectores, que por lo general son gente sencilla, devota y fácilmente vulnerable.

De antemano manifesté a mis amigos esta preocupación. Sin embargo, su respuesta fue unánime:

—No se preocupe, padre. Si como Iglesia queremos salir del profundo bache en que nos encontramos, es

necesario que empecemos a reflexionar seriamente acerca de la realidad eclesial así como es, sin maquillaje ni nada.

–Ya estamos cansados del tono piadoso, triunfalista y farisaico de nuestra literatura. Por eso tiene tan poca acogida entre la gente pensante. Falta la sinceridad, que lleva a la autocrítica sana.

–Adelante, padre. Sus escritos representan una bocanada de aire puro en un ambiente cargado de smog. Son tonificantes. Siga adelante, removiendo las aguas estancadas y abordando temas-tabú.

–No crea que su público esté representado solamente por gente sencilla en busca de una orientación precisa o una opinión sin cortapisas. Me consta que muchos curas y hasta obispos esperan con ansia la salida de algún escrito suyo, para devorárselo. Posiblemente no están de acuerdo en todo, pero los ayuda a reflexionar.

Con relación a la problemática manejada en el caso anterior, no faltaron tampoco aportaciones muy interesantes:

–Lo que usted relata, es algo raro, pero no imposible. Supe de un ecónomo diocesano que, de acuerdo con el obispo, se dedicó a vender las propiedades de la diócesis disque para apoyar la construcción de nuevos templos. ¿Dónde estaba el truco? Que se ponía de acuerdo con los compradores para declarar un precio inferior al real; la diferencia se la repartían entre él y el obispo. Hasta que alguien informó a la Santa Sede y el obispo tuvo que presentar sus dimisiones.

–Una parroquia, a cargo de una congregación religiosa, contaba con bastantes inmuebles, muchos de los cuales ya no se usaban. Se pusieron de acuerdo el párroco, el provincial y alguien de la curia diocesana, deslindaron los inmuebles sobrantes del conjunto parroquial y los vendieron. Como en el caso anterior, declararon una cifra inferior a la real, repartiéndose lo demás entre los tres.

–Una congregación femenina estaba disgregándose por completo. ¿Qué hicieron el vicario episcopal para la vida consagrada y el vicario general de la diócesis?

Redactaron un documento, en que reconocían la validez de un capítulo general ficticio, quedando como representante legal de la A. R. (Asociación Religiosa) correspondiente alguien que tiempo atrás había salido de la congregación y ya convivía con un hombre. Con eso sacaron del inmueble a la última religiosa que quedaba y se apropiaron de él, dándole cualquier cosa a la ex religiosa por haberse prestado a un juego tan sucio.

Evidentemente, lo que me contaron mis amigos en aquella ocasión, representa solamente una pequeña muestra de las innumerables anomalías que se dan dentro de la Iglesia. Mi pregunta es: ¿Por qué no se establecen mecanismos internos, destinados a evitar que se repitan estos casos y a castigar debidamente a los infractores? ¿Acaso las autoridades eclesiásticas no se dan cuenta de tantos malos manejos, que se están dando dentro de la Iglesia de parte de algunos curas y obispos mañosos? ¿Se han preguntado alguna vez el origen del dinero, que invierten en carros de lujo, turismo o adquisición de bienes raíces? ¿Qué pasa cuando alguien escritura a nombre propio los bienes, que algunas almas piadosas quieren donar a la Iglesia?

Sin duda, si queremos purificar la Iglesia con miras a preparar tiempos mejores, no podemos descuidar estos aspectos. Alguien me preguntará quién soy yo para meterme de corregidor del clero. La respuesta es muy sencilla: alguien tiene que tomar la iniciativa de sacar a la luz pública estos temas bastante escabrosos. Ya no se puede tapar el sol con un dedo. Ya no se puede seguir amenazando con penas eternas a los que critican a los sacerdotes, como si se tratara de una casta de privilegiados e intocables por decreto divino.

PREGUNTAS

1. Presenta tu opinión acerca de este escrito. _____

2. ¿Aconsejarías su lectura a otra persona?

Sí No ¿Por qué? _____

3. *Presenta algún caso parecido al respecto, si lo conoces.* _____

2. EL CURA O EL TAXISTA –¿Quién hace orar más?–

Un día se presentaron a San Pedro un cura y un taxista. Evidentemente el cura se imaginaba que tendría que ser atendido antes que el taxista. Pero no fue así. Apenas San Pedro vio al taxista, de inmediato revisó su expediente y lo invitó a pasar. Después se acercó al cura. Este, molesto por la preferencia que había expresado hacia el taxista, le preguntó el porqué.

–Mire, señor cura –contestó San Pedro–, cuando usted empezaba la celebración de la misa, todos se ponían a dormir. Al contrario, cuando el taxista arrancaba con su carro, todos se ponían a rezar.

3. DE SEMINARISTA A SEÑOR CURA **–Una metamorfosis total–**

Juan, el seminarista ideal: pobre, sencillo, humilde y piadoso; el orgullo de su familia, su parroquia y los padrinos, que periódicamente le entregaban la cuota señalada al momento de fundar la beca. Para éstos, ser padrinos de un futuro sacerdote representaba el máximo anhelo de su vida, no obstante los riesgos que corrían de verse defraudados en cualquier momento. De hecho, ya en dos ocasiones, a mitad del camino, dos jóvenes habían desertado del seminario, dejándoles un amargo sabor de boca.

Sin embargo, el caso de Juan les parecía muy diferente. Bastaba ver su manera de comportarse durante los pocos días de vacaciones que pasaba con ellos, para descubrir signos evidentes de vocación. Se levantaba temprano, oraba con ellos y se aprovechaba de algún momento libre para reunir a todos los miembros de la familia y darles una breve enseñanza bíblica. Además, no faltaba día sin visitar alguna familia del vecindario para conocer su situación religiosa, aclarar alguna duda e invitar a todos a ser más constantes en el cumplimiento de sus deberes religiosos. La gente suspiraba: “Por fin conocemos a un verdadero seminarista, totalmente entregado a las cosas de Dios”. Y llovían más limosnas para el seminario.

De todos modos, como siempre sucede, no faltó alguna voz discordante: “No canten victoria antes de tiempo. Una vez que Juan se ordene cura, vamos a ver si sigue como ahora”. Y fueron profetas. La última vez que lo vieron en su casa, fue cuando le entregaron la casulla y la estola para la ordenación sacerdotal. Desde entonces nunca lo volvieron a ver. ¿La razón? La falta de tiempo.

Por fin un día los padrinos decidieron ir a visitarlo en su parroquia. Parecía otro: muy distraído, presumido y metido en todo menos en atenderlos. Era todo un señor cura. Le pidieron alguna misa por sus difuntos. Los envió con la secretaria para que apuntara sus nombres y cobrara lo debido según las tarifas establecidas.

A quien le hizo notar lo inconveniente de la situación, no tuvo reparo en contestar:

–Para eso me quemé las pestañas.

Huelga añadir que los padrinos quedaron totalmente desconcertados... y decepcionados.

PREGUNTAS

1. ¿Qué nos está pasando como Iglesia? ¿Cuáles son los mecanismos psicológicos, que llevan a crear este tipo de situaciones? _____

2. ¿Qué consejo darías a un seminarista, para que un día no caiga en la tentación representada en el relato anterior? _____

4. EL DIEZMO

– Dios y el Dinero: una difícil amalgama –

No entendía el porqué de tanta insistencia de parte del padre Pascual, para que fuera a impartir un curso de apologética en su parroquia. Aseguraba una asistencia multitudinaria. Mi duda era: ¿Por qué el padre Pascual insiste tanto en un curso de apologética en su parroquia, puesto que él está encargado del ecumenismo a nivel diocesano y se ufana de llevarse muy bien con todos los pastores evangélicos de la zona?

Por fin accedí a su solicitud y fui a su parroquia. Según lo que él mismo confesó desde un principio, nunca había visto a tanta gente acudir a su llamado. De hecho, llegó gente de todas las parroquias circunvecinas, con un entusiasmo y un interés muy difíciles de explicarse.

Un entusiasmo y un interés que, en lugar de disminuir, iban en continuo aumento, a medida que avanzaba el curso, aclarando la diferencia que existe entre la Iglesia Católica y las demás organizaciones religiosas y al mismo tiempo contestando a las objeciones que generalmente ponen los grupos proselitistas. Muchos comentaban:

– Ahora sí, me siento seguro en mi fe y ya no les tengo miedo ni a los atalayas ni a los mormones ni a los pentecostales. A ver si ahora se atreven a seguir molestándome con sus preguntas necias, con el propósito de enredarme y convencerme a ir con ellos.

–Por fin llegó alguien que nos habló claro. Así tiene que ser: pan al pan y vino al vino. ¿Qué es eso de que “todos somos hermanos y buscamos al mismo Dios”? Queremos respuestas precisas, para sentirnos seguros en nuestra fe y

no quedarnos callados ante los continuos ataques de esos amigos.

–Yo ya había leído algo acerca de este tema. Mi experiencia es que, cuando uno está seguro de su identidad como católico y al mismo tiempo conoce la respuesta a los ataques de los grupos proselitistas, en lugar de ponerse nervioso ante sus cuestionamientos, le da gusto dialogar con quien sea y aclarar cómo están las cosas.

–El problema es que, cuando encuentran a un católico preparado, ya dejan de visitarlo. En realidad, son pocos los que de veras buscan la verdad; normalmente lo que hacen, es buscar la manera de enredar a uno y llevárselo a su grupo. Si ven que no pueden, se alejan de él como si apestara.

Lo raro del caso es que, a medida que iba aumentando el interés de la gente, disminuía el grado de aceptación de parte del párroco y sus incondicionales. ¿La causa? Poco a poco, algunos de estos empezaron a soltar la sopa:

–Es que lo que dice usted no está de acuerdo con los principios del ecumenismo.

–El señor cura se enojó cuando usted dijo: “Solamente la Iglesia Católica viene desde Cristo y los apóstoles. Todos los demás son grupos particulares”.

–Bueno –les contesté–, ¿es cierto esto o no?

–Claro que es cierto, pero no hay que decirlo, para no ofender a los que no son católicos. No hay que olvidarlo: antes que nada, está el amor, el amor hacia todos, sin importar a cuál grupo religioso uno pertenezca. Y usted tiene que reconocer que, con sus temas, ofende a los que no son católicos.

Caí de las nubes. Así que, según el p. Pascual y sus incondicionales, decir la verdad era faltar al amor. Para él, no importaba dejar a los católicos indefensos ante los continuos ataques de los grupos proselitistas, con tal de no entorpecer el proceso ecuménico. Más aún: para llevarse bien con ellos, ya empezaba a negar algunos aspectos de la fe católica, como la validez del bautismo de los niños y el dogma de la perpetua virginidad de María. “¿Cómo es posible que María y José, siendo esposos, no hayan tenido

relaciones sexuales entre ellos? –decía–. Entonces, ¿qué tipo de esposos eran? ¿Acaso eran de piedra?”

La gota que hizo derramar el vaso fue mi respuesta a la pregunta sobre el diezmo, donde aclaré que se trataba de un asunto del Antiguo Testamento, que no tenía nada que ver con el Nuevo Testamento. Al escuchar esta respuesta con el relativo fundamento bíblico, los incondicionales del párroco reaccionaron de manera violenta, acusándome de poner en peligro toda la labor que durante años se había realizado en aquella parroquia, gracias precisamente a las aportaciones económicas de los feligreses que practicaban estrictamente la ley del diezmo (como se acostumbra en comunidades, guiadas por líderes listillos).

Conclusión: al terminar el primer día del curso sobre apologética, un joven de la mano caída (después supe que era el brazo derecho del párroco) me dio las gracias en nombre de la comunidad y dio por concluido el encuentro “por razones superiores”. Todos comprendieron la verdadera causa de la suspensión del curso, puesto que en aquella parroquia se practicaba la ley del diezmo al pie de la letra, bajo pena de quedar sin sacramentos en caso de rehusarse.

Evidentemente el impacto que causó el curso con su relativa suspensión fue enorme. Muchos desde entonces empezaron a tomar su distancia del p. Pascual, considerado hasta la fecha el cura más entregado y emprendedor de toda la región. Por fin, se dieron cuenta de que todos los eventos que realizaba tenían un único objetivo: sacar plata lo más posible no solamente a sus feligreses sino también a los eventuales feligreses de otras parroquias. Para él todo era bueno para llamar la atención y organizar cualquier tipo de eventos sobre la medicina natural, el don de sanación, el testimonio de famosos convertidos, etc. A una sola condición: que todos adquirieran el correspondiente boleto de entrada.

Y contando con una buena plata, se la pasaba muy bien: siempre rodeado de gente incondicional, aunque a veces de dudosa reputación a causa de ciertas desviaciones de tipo sexual, que a leguas se podían notar, cambiando

carro a cada rato y organizando con sus amigos fiestecitas y peregrinaciones a los más famosos santuarios del país y del extranjero. Y para convencer más a su gente y haciendo alarde de su espíritu ecuménico, no dudaba pedir el apoyo de pastores evangélicos amigos, que de vez en cuando invitaba a dar charlas en su parroquia acerca de la importancia del diezmo, las primicias y las ofrendas, el maná de los grupos proselitistas.

Hasta que la gente abrió los ojos y todo el teatrillo se le fue abajo. Huelga decir que desde entonces el p. Pascual a mí no me puede ver ni en pintura y no desperdicia ninguna oportunidad para hablar pestes de mí y mi trabajo. Ni modo. No es la primera vez que me pasa eso. Me han corrido de mejores lugares.

COMENTARIO

Poco después, tuve una experiencia parecida, cuando una gringa, que todos considerábamos llena de Dios, fue invitada a dar su testimonio de conversión, por cierto muy emotivo, en mi diócesis. Atraídos por la novedad del asunto, participaron en el encuentro más de diez mil feligreses. La única condición que había puesto la convertida fue la de llevarse todas las limosnas. Y le resultó un exitazo: supo hacer el show con tanta perfección que le llovió dinero por todos lados. Claro que todos nos dimos cuenta de que se trató de una tomada de pelo y nada más, no obstante la aparente fama de santidad y poder divino que rodeaba su ministerio.

Por eso, no obstante la oposición encarnizada de parte de un buen grupo de beatas, que hasta el último momento no dejaron de defenderla a capa y espada, el obispo prohibió su regreso a la diócesis. Fue profeta. Después de unos veinte años de supuestos éxitos espirituales, se supo que todo el inmenso imperio, que había construido con el esfuerzo de tanta gente y especialmente de un buen grupo de mensos que la habían seguido desde un principio, no tenía nada que ver con la Iglesia (como todos se imaginaban), sino que

se trataba de un negocio familiar, una pequeña herencia para su única hijita. Claro que también en este caso poco a poco el teatrillo se fue cayendo, hasta quedarse en un mero recuerdo del pasado, un triste recuerdo que sin duda servirá por mucho tiempo de amonestación para los ingenuos, para que sean más precavidos y no se dejen fácilmente deslumbrar por ningún tipo de fenómeno supuestamente sobrenatural, por elevado que parezca, cuando presente signos claros de apego al dinero y explotación de los sentimientos.

En esta línea, ¿quién no está enterado de famosos predicadores o cantantes “cristianos”, que no mueven ni un dedo sin exigir a cambio de sus servicios el pago de cifras estratosféricas, como si fueran artistas “mundanos”? Dios y el dinero: les parece lo más sencillo de este mundo; demanda y oferta. Me pregunto: ¿Se han fijado alguna vez en lo que dice al respecto la Palabra de Dios? “No se puede servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero” (Mt 6, 24). Pues bien, según ellos, es posible hacer eso. Ni modo. Que les vaya bien. Lo único que les puedo decir, es que no cuenten conmigo.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece esta problemática? ¿Es algo real o te parece que estoy exagerando?* _____

2. *Apunta alguna experiencia al respecto.* _____

3. *¿Qué podemos hacer para acabar con esos abusos?*

5. ¿CUÁNTO TE PAGAN?

– Ver todo bajo el signo de pesos –

Un día, un párroco, impactado por el celo apostólico de un apóstol de la Palabra, le preguntó:

–¿Cuánto te paga el p. Amatulli por lo que haces?

–Nada –le contestó–. Soy taxista y vivo de mi trabajo. Aparte hago mi apostolado como apóstol de la Palabra.

–¿No te parece una injusticia? Ya que perteneces al movimiento fundado por el p. Amatulli, él tendría que darte un sueldo.

–¿No sería más correcto –contestó el taxista apóstol de la Palabra– que fuera usted quien me diera un sueldo, en lugar del p. Amatulli, puesto que estoy trabajando en su parroquia, ayudando a sus feligreses?

Desde entonces el señor cura no volvió a mencionar el tema. Se dio cuenta de que la gente es más lista de lo que parece. Ya descubrió que el señor cura habla mucho a favor de los pobres, pero no mueve ni un dedo para darle darles una mano, cuando necesitan una ayuda. Al contrario, se aprovecha de cualquier oportunidad para sacarles más. ¿Hay un evento? La gente tiene que poner todos los gastos y todas las entradas son para la parroquia. La parroquia representa el cochinito que todos tienen la obligación de engordar.

Uno se pregunta: “Cuando el señor cura habla de parroquia, ¿a qué se está refiriendo”? A sí mismo. De hecho no hay consejo económico parroquial ni nada. El dinero entra y sale, sin que nadie se entere de cómo se gastó. La secretaria es su sobrina, el papá es el sacristán y la mamá su cocinera. Todo queda en familia. Una santa familia, al estilo de la familia de Nazaret.

Tiene dos agentes de pastoral a tiempo completo. No vayan a pensar que su sueldo salga de la parroquia. Una institución extranjera se encarga de eso. ¿Y qué hacen en concreto? Uno es el chofer de la parroquia, es decir del cura, y el otro está encargado de preparar su visita periódica a las distintas comunidades para la administración de los sacramentos. ¿Y la evangelización? ¿Qué es eso?

Así es, cuando se ve todo bajo el signo de pesos. A tiempo completo o a tiempo limitado, a sueldo o sin sueldo, no tiene importancia. Todo es un fracaso. ¿Qué se necesita, entonces, para que cambien las cosas? Tener un ideal. Solamente entonces tiene sentido trabajar con sueldo o sin sueldo, a tiempo completo o a tiempo limitado. Lástima que son tan pocos entre nosotros los que trabajan por un ideal y están dispuestos a dar la vida por él.

PREGUNTAS

1. Si estás enterado de algo parecido, preséntalo. _____

2. En este aspecto, ¿cómo va tu parroquia? _____

3. ¿Qué sugieres para que cambien las cosas? _____

6. LA PROMOCIÓN VOCACIONAL

–Con el Evangelio al revés–

Muchas veces me había preguntado acerca de las causas de tanta insensibilidad de parte de muchos miembros del clero y la vida consagrada con relación al abandono pastoral en que se encuentran por lo general las masas católicas. Se hablaba de cambio de los tiempos, del fenómeno del secularismo y tantas cosas más: un montón de razones que nunca lograron satisfacerme por completo. Más bien me parecían simples pretextos para desviar la atención y no enfrentar el problema de raíz.

Por fin me llegó la respuesta tan anhelada. Fue cuando el encargado de la promoción vocacional me invitó a intervenir con una charla en un encuentro de jóvenes con miras a sensibilizarlos en el aspecto vocacional. Me imaginaba que se iba a hablar de la excelencia del ministerio sacerdotal y de la importancia de ser generosos, en caso de escuchar el llamado del Señor.

Y no fue así. El primer conferencista habló de la severa crisis económica, que actualmente está azotando al mundo entero y que está provocando como consecuencia una enorme escasez de las fuentes de trabajo, lo que representa una verdadera angustia para la mayoría de los hogares; el segundo habló del fenómeno de la migración hacia Estados Unidos; el tercero (el mismo promotor vocacional) fue más práctico. Invitó a los jóvenes a mirar desde las ventanas hacia el atrio interno del obispado. Después preguntó a todos:

–¿Qué vieron?

–Puros carros – fue la respuesta general.

–¿Carros buenos o carros chatarra? –siguió preguntando el promotor vocacional.

–Carros buenos –contestaron los jóvenes a una voz.

–Ahora bien, ¿saben a quiénes les pertenecen esos carros?

–A los curas –se apresuró a contestar un joven en tono irónico.

–Claro que a los curas –remarcó el promotor vocacional con suma satisfacción–. ¿Entendieron, entonces?

Y aludiendo a los temas anteriores, hizo hincapié en la extrema necesidad que existe actualmente de contar con un trabajo seguro y bien remunerado para poder llevar una vida digna. Y concluyó:

–Yo sé que muchos de ustedes están cursando alguna carrera universitaria. Mi pregunta es: ¿Qué garantía tienen ustedes de que algún día vayan a encontrar un trabajo seguro y bien remunerado de acuerdo con su preparación académica? ¿Acaso no se dan cuenta de que muchos egresados de las universidades, para poder sobrevivir, están trabajando como taxistas o vendedores ambulantes? ¿Qué esperan entonces para tomar una decisión sensata, que garantice por toda su vida su bienestar personal y el bienestar de sus seres queridos?

Después de unos instantes de intenso silencio, mientras todos los presentes pendían literalmente de sus labios, continuó:

–Mis queridos amigos, permitan que les hable con toda franqueza: actualmente en todo el mundo, teniendo en cuenta la grave crisis económica por la que estamos atravesando, no existe una opción mejor que la carrera eclesiástica para garantizar una vida segura y digna. Así que los invito a meditar seriamente sobre esta opción con miras a tomar de una vez una decisión valiente, que seguramente marcará positivamente el resto de su vida y la vida de sus seres queridos. No tengan miedo. Ánimo. Dios está con ustedes.

Evidentemente, ante un panorama tan aterrador acerca de la realidad económica actual y una manera tan sencilla de sortear la situación, muchos jóvenes, a quienes nunca ni lejanamente se les había ocurrido pensar en algo parecido,

ante una perspectiva tan halagadora, empezaron a pensar seriamente en la posibilidad de hacerse curas.

No hace falta decir que, ante un método tan burdo de promover las vocaciones al ministerio sacerdotal, me dieron ganas de vomitar y me alejé totalmente asqueado. Después, al comentar el hecho con un amigo de confianza, me di cuenta de que aquel promotor vocacional no era el único en manejar este tipo de estrategia para convencer a los jóvenes a entrar en seminario. Además, ahondando más en el asunto, descubrí que, de una forma más disfrazada, también ciertas religiosas tratan de convencer a las muchachas a entrar en sus congregaciones con el señuelo de la alberca y el cuarto particular, aparte del hábito que las distingue de las demás personas y es fuente de prestigio.

¡Y después, pensé, nos quejamos de los resultados! Que a muchos curas lo único que les interesa es el dinero y la diversión; que hay religiosas que de religión no entienden nada, totalmente metidas en asuntos sociales y económicos; que la fe entre nosotros está decayendo cada día más, mientras la competencia se aprovecha de todo para hacer su agosto. Ni modo. Si desde un principio se empieza mal, es difícil después enderezar las cosas.

A veces me pregunto: “¿Si volviera Jesús, qué haría ante una manera tan antievangélica de enfrentar el problema vocacional?” Me temo que nos daría a todos una tremenda paliza, recordándonos las advertencias que a su tiempo dio a sus discípulos: “Si alguien quiere ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz todos los días y me siga. En realidad, el que quiera salvar su vida, la perderá y quien pierda la vida por mí y el Evangelio la salvará (Mc 8, 34-35); “Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza” (Lc 9, 58).

¡Qué diferencia entre la manera de actuar de Jesús y la nuestra con miras a buscar discípulos! Claro que después no podemos pretender que surjan hermanas consagradas o presbíteros realmente comprometidos con la evangelización. Ni modo. Lo que se siembra, se cosecha.

PREGUNTAS

1. Según tu opinión, ¿por qué generalmente el clero y la vida consagrada manifiestan tan poco interés por el fenómeno del abandono pastoral de las masas católicas?

2. ¿Qué habría que hacer para resolver de raíz el problema del abandono pastoral de las masas católicas?

7. NO A LA SIMONÍA

–Aunque sea disfrazada–

Teniendo en cuenta su sólida formación teológica (un doctorado en filosofía y otro en teología en uno de los más afamados ateneos romanos), todos le pronosticaban al padre Gregorio una brillante carrera eclesiástica. Ya había dedicado unos años a la enseñanza en el seminario conciliar; ya había servido algún tiempo en la curia con plena satisfacción de parte del obispo y sus más cercanos colaboradores; lo único que le faltaba al padre Gregorio para dar el brinco era un mínimo de experiencia pastoral. Y fue donde se atoró.

– ¿Acaso –preguntará alguien– al padre Gregorio le faltaban agallas?

– No. Es la respuesta–. Se atoró precisamente porque al padre Gregorio le sobraban agallas. Veamos.

Como es costumbre en esos casos, lo nombraron párroco de la más rica parroquia de la diócesis (la parroquia–premio por excelencia), adonde solía acudir, aparte de la propia feligresía, también la crema y nata de la región para la celebración de matrimonios y misas de quinceañeras, a causa de su incalculable patrimonio artístico. Evidentemente, para el padre Gregorio este privilegio representaba una oportunidad única para llenarse de una vez los bolsillos de plata y al mismo tiempo aprender a repartirla en abundancia entre los amigos y protectores.

Pero no fue así. Al darse cuenta de cómo se manejaban las cosas en aquella parroquia, el padre Gregorio sencillamente quedó horrorizado. Nunca se había imaginado algo semejante en pleno siglo veintiuno: tarifas para matrimonios, tarifas para quinceañeras, tarifas para bautismos, tarifas para

funerales y tarifas también para misas de difuntos, acción de gracias o petición; tarifas altísimas y diversificadas: con alfombra o sin alfombra, con todas las luces prendidas o solamente algunas, con coro o solamente un cantor; misas cantadas o rezadas.

Lo peor del caso fue que se trataba de tarifas iguales para todos, sin distinguir entre ricos y pobres, practicantes o no practicantes. Si uno contaba con la cuota señalada, tranquilamente podía casarse por la Iglesia y con todos los lujos posibles; de otra manera, ni hablar, sencillamente quedaba sin casarse por la Iglesia o sin celebrar su fiesta de quince años, aunque se tratara de católicos de hueso colorado, agentes de pastoral o ministros extraordinarios de la Eucaristía. La regla era igual para todos.

Y con relación a la primera comunión y confirmación, pasaba lo mismo: o se contaba con la cuota reglamentaria o nada. ¡Cuántas veces los catequistas tuvieron que ingeniársela con tal de que su gente pudiera acceder a estos sacramentos, aprovechándose de la complicitad de algún cura benévolo, que procedía sin tantos escrúpulos como si se tratara de gente de su misma parroquia!

Pues bien, ante tanta desfachatez, el padre Gregorio no aguantó y decidió cortar por lo sano, aboliendo todo tipo de tarifas. Que cada uno diera lo que pudiera, echando el dinero en la alcancía. Como auténtico pastor de almas, lo que sí le preocupaba era la formación y la práctica religiosa de los que le solicitaban algún servicio. El asunto del dinero era lo de menos.

Y pronto empezaron a surgir los problemas sea de parte de los que estaban acostumbrados a resolverlo todo con el dinero que de parte de los grandes de la diócesis, que de esa manera se veían amenazados en sus intereses personales, asentándose, según ellos, un antecedente muy peligroso.

Primero trataron de convencerlo por las buenas, hablándole de la imperiosa necesidad de conseguir dinero para solventar los enormes gastos originados por la construcción de nuevos templos, los sueldos de los empleados de la curia y el mantenimiento del seminario. Cuando vieron

que todo era inútil (el padre Gregorio insistía en que se trataba de simonía pura, aunque disfrazada), pasaron a los hechos, cambiándolo de parroquia y enviándolo a la sierra a trabajar entre los más pobres de la diócesis.

Con eso pensaban castigarlo y desacreditarlo para siempre. Y resultó todo lo contrario. Allá el padre Gregorio se sintió más a gusto que nunca, dando vida a verdaderas comunidades cristianas, como había siempre soñado en toda su vida desde sus primeros pasos en el seminario menor.

A quienes trataban de ponerlo en contra de los que habían intervenido en el cambio de parroquia, contestaba:

–Allá ellos. Si quieren vender su alma al diablo, con tal de conseguir dinero, es su problema. Que se hagan bola entre ellos. Quiero que sepan de una vez que nunca van a contar conmigo para sus fechorías, aprovechándose de todo con tal de llenarse los bolsillos de plata, hasta dejar sin sacramentos a los más pobres. Y por lo que se refiere al cambio de parroquia, no hay cuidado. Sepan que no me hubieran podido hacer un favor más grande, al permitirme vivir entre los consentidos del Señor.

Huelga decir que, ante un testimonio tan evidente de entrega total a su ministerio sacerdotal, nunca le faltaron al padre Gregorio las tortillas, el arroz y el frijol para la comida, aparte del hecho de que todos los días le sobraban invitaciones para tomar los alimentos en la casa de sus feligreses, que literalmente lo adoraban.

COMENTARIOS

Aparte del hecho que los aranceles o tarifas para los sacramentos representan una auténtica barbaridad en el sentido evangélico, en todo el asunto hay algo aún más preocupante y vergonzoso: se trata de aranceles o tarifas iguales para todos, sin tener en cuenta la situación económica de cada feligrés. Y así muchos católicos, por ser pobres, quedan sin sacramentos.

Me pregunto: “Si, para evitar problemas, se quiere seguir con la norma actual, ¿por qué entonces, por lo

menos, no se hace todo lo posible por averiguar cuánto realmente uno puede aportar para recibir un determinado servicio, evitando así que alguien, por ser pobre, quede sin sacramento? Sería lo mínimo que se podría exigir, para mostrar un mínimo de sensibilidad humana y compasión hacia los más necesitados.

Por otro lado, es algo que ya se está dando a nivel de sociedad civil: hay instituciones hospitalarias, que ya manejan este criterio, sirviéndose de trabajadoras sociales, que averiguan las reales posibilidades económicas de cada quien, para que nadie quede sin atención médica por carecer de recursos suficientes. Y así la aportación económica para un determinado servicio varía de persona a persona, quedando siempre igual el tipo de servicio que se presta.

Tenemos que reconocer que se trata de un aspecto en que la sociedad civil a todas luces nos está rebasando. ¡Y pensar que la Iglesia, mediante el ejemplo y la palabra, tendría que ser “madre y maestra” en asuntos de humanismo, viviendo y luchando para hacer realidad los valores de la solidaridad y la compasión!

¿Recuerdan las palabras de Jesús con relación a la manera de portarse de los “grandes” de aquel tiempo? “Dicen y no hacen” (Mt 23, 3). Me temo que hoy nosotros hemos caído en lo mismo, sin que nadie se percate y levante su voz en defensa del más débil, no obstante se trate de algo que está en abierta contradicción con el dato bíblico.

PREGUNTAS

1. Comenta algún caso en que alguien que se quedó sin sacramento por carecer de recursos económicos suficientes. _____

2. ¿Has oído de algún obispo que exija una determinada cuota para ir a confirmar? Cuenta lo que sabes a este propósito. _____

3. ¿Qué te parece todo esto? _____

8. DE LA TRIBU DE ISACAR

Un día un señor cura, para sondear el grado de preparación bíblica de sus feligreses, les hizo la siguiente pregunta:

–A ver, ¿a qué tribu pertenecía Jesús?

–A la tribu de Judá – contestó de inmediato un feligrés.

–Perfecto. Ahora a ver quién de ustedes puede decirme a qué tribu pertenecían los sacerdotes del Antiguo Testamento.

–A la tribu de Leví – contestó otro.

–Muy bien.

Antes de que el señor cura siguiera con otra pregunta, intervino un muchacho que le preguntó:

–Y usted, señor cura, ¿sabe a qué tribu pertenecen los sacerdotes de ahora?

–¡Qué tonto eres, muchachito! –contestó el señor cura–. A ninguna tribu, puesto que las tribus son cosa del Antiguo Testamento.

–No es cierto, señor cura –continuó el muchacho impertinente–. Yo sé a qué tribu pertenecen los sacerdotes actuales. Pertenecen a la tribu de Isacar. Y sacar... y sacar... y sacar.

–Quedas expulsado –le gritó el señor cura enfurecido. Y se acabaron las preguntas.

9. EVANGELIZADORES A TIEMPO COMPLETO –¿Voluntarios o a sueldo?–

Era noche. Me encontraba impartiendo un curso bíblico en la colonia Virgencitas, una de las colonias más pobres de Cd. Nezahualcóyotl (México), cuando alguien me avisó que fuera del templo parroquial me estaban esperando unos señores muy importantes que querían hablar conmigo. Al terminar la clase, salí del recinto parroquial y noté que efectivamente unos señores muy distinguidos me estaban esperando.

–¿Quiénes serán?– me pregunté con cierta ansiedad. En realidad, lucían un impecable *clergyman* y un carrazo de primera. Se presentaron: pertenecían a una de las congregaciones más florecientes del mundo, de origen mexicano.

–Estamos aquí –continuaron– para solicitarle que nos dedique a nosotros un día de su precioso tiempo. En el encuentro participarán algunas personas que llegarán de distintos países para conocer su estrategia con relación al asunto de las sectas con miras a organizar algo propio en un sector tan importante de la pastoral.

Perfecto. Se estableció la fecha. Posiblemente se imaginaban que, teniendo a su disposición dinero suficiente, no les resultaría difícil enfrentar con éxito el problema de las sectas, utilizando una estrategia bien planeada y perfectamente ejecutada, como era su estilo. Pero no fue así. Poco a poco se fueron dando cuenta de que el problema de las sectas era más serio y complicado de lo que uno pudiera imaginarse a primera vista. En realidad, más que atacar

directamente a las sectas, se trata de preparar al católico de manera tal que, al momento de la prueba, no se deje confundir por las nuevas propuestas religiosas.

Y para eso, no basta la buena voluntad de unos cuantos o la cantidad de dinero a disposición; se necesita un cambio radical de mentalidad (conversión) de parte de toda la comunidad eclesial y de una manera especial de parte de los responsables de la misma. Por eso generalmente se prefiere darle la vuelta a este problema, hablando de ecumenismo y tantas otras cosas, que no vienen al caso, siendo puros pretextos para no hacer nada y sentirse abiertos y progresistas.

Al darse cuenta de la realidad, los invitados al encuentro se sintieron bastante cuestionados acerca de su manera de enfrentar los problemas de la Iglesia, dando demasiada importancia al aspecto económico, y pronto desistieron de hacer más preguntas. Así que el encuentro se concluyó mucho tiempo antes de lo previsto. De todos modos, los amigos siguieron con la idea de que con el dinero todo se puede y surgió la iniciativa de los evangelizadores a tiempo completo, con sueldo. Pensaban que, contando con el apoyo de los empresarios católicos, no les iba a faltar la lana necesaria para sostener la iniciativa y con la lana todo iba a marchar sobre ruedas. Y no fue así. La flojera, la falta de método adecuado y el afán de dinero de parte de muchos provocaron el fracaso de la iniciativa.

Imagínense: alguien, siendo evangelizador a tiempo completo, se la pasaba todo el día como chofer del señor cura; otro informaba que, no obstante todos sus esfuerzos, no había logrado convencer a nadie para que asistiera a sus clases de formación cristiana; se descubrió que otro cobraba regularmente su sueldo como evangelizador a tiempo completo, cuando en realidad se dedicaba a vender productos alimenticios. Claro que los patrocinadores, al darse cuenta de la manera como se estaban llevando las cosas, empezaron a cerrar la llave de los recursos económicos y con eso todo empezó a derrumbarse.

Evidentemente no es mi intención afirmar que el

dinero no tenga nada que ver con la evangelización. Lo que quiero decir, es que hay que ver caso por caso, asegurando en primer lugar que el evangelizador en cuestión sea un auténtico evangelizador y no un vividor cualquiera que se aprovecha de todo para pasársela bien, dándosela de evangelizador sin hacer nada.

En segundo lugar, es bueno que no se trate de un sueldo fijo e igual para todos, sino que de una simple compensación económica, teniendo en cuenta la situación concreta y el desempeño de cada evangelizador. De esa manera, se fomenta el espíritu de iniciativa en cada uno de ellos, volviéndolos más activos, responsables y creativos. De hecho, dándose estas condiciones, un buen evangelizador hasta puede llegar a mantenerse con la simple ayuda de los feligreses, sin necesidad de compensación alguna de parte de la parroquia, la diócesis o alguna organización particular.

Además, es mi opinión que no haya una distinción radical entre evangelizadores a tiempo completo y evangelizadores a tiempo limitado, los primeros con sueldo y los demás sin sueldo. Si hay buena voluntad de parte de todos, sin duda uno puede empezar como evangelizador a tiempo limitado y poco a poco volverse en evangelizador a tiempo completo. Todo es cuestión de arriesgarse de parte del que aspira a ser evangelizador a tiempo completo y de ofrecer oportunidades a todos los que ofrezcan ciertas garantías de seriedad de parte de los responsables de las comunidades, preocupados por detectar y lanzar cada día a más evangelizadores. Lo malo es que actualmente en la Iglesia es tan generalizado el afán de dinero de parte de todos, que ni se habla de este asunto. Mientras el pueblo languidece en la más crasa ignorancia religiosa, fácil presa de cualquier vendedor de ilusiones.

Conclusión: hay que evangelizar; para eso existe la Iglesia. El problema es: ¿Quiénes van a evangelizar y cómo? El clero y la vida consagrada por lo general se excluyen, puesto que ya tienen bastante que hacer (el clero con la administración de los sacramentos y la vida consagrada con las obras sociales). ¿Quiénes entonces se van a encargar

de evangelizar? ¿Solamente los que están designados oficialmente para impartir la preparación a los sacramentos? ¿No puede haber otro tipo de evangelizadores, posiblemente con más carisma y entrega, para atender a todas las demás franjas de la población católica, espiritualmente necesitada? Además, ¿es correcto que todos los evangelizadores laicos presten su servicio gratis, a diferencia del clero y la vida consagrada, que no mueven ni un dedo si no hay una debida remuneración económica?

Sin duda, se trata de una asignatura pendiente en la Iglesia. Ya es tiempo de ir más allá de la simple administración de los sacramentos. Es tiempo de llegar al corazón de las masas católicas mediante el ministerio de hombres y mujeres, que se dediquen a evangelizar y atender espiritualmente a los más alejados. O se encargará la competencia.

PREGUNTAS

1. Teniendo en cuenta tu experiencia personal, en la Iglesia ¿se necesita gente que se dedique a evangelizar? Presenta alguna situación concreta. _____

2. ¿Por qué en la práctica muchas comunidades católicas quedan sin evangelización y sin atención pastoral?

3. ¿Qué sugieres al respecto? _____

10. EL BAUTISMO DEL PERRO

Un día se presentó al señor cura un devoto feligrés con una súplica:

–Quiero bautizar a mi perro. ¿Qué tengo que hacer?

–Tú estás loco – le contestó el señor cura –. ¿No entiendes que los perros no se bautizan?

–Disculpe, señor cura; no lo sabía –siguió el devoto feligrés –. Ni modo. A ver qué hago. Ultimadamente se trata de un perro que me dejó un amigo, antes de morir. Lo quería muchísimo y, al encargármelo, me recomendó que lo cuidara como a la niña de mis ojos, gastando lo que fuera necesario con tal de que no le faltara nada. Para eso me dejó cien mil pesos. Yo pensé: “Se trata de mucho dinero. Para su cuidado me bastan cincuenta mil. ¿Qué hacer con lo demás?” No encontré algo mejor que hacerlo bautizar para asegurarle la vida eterna, la máxima aspiración de todo ser viviente. Pero, visto que no se puede, a ver qué se me ocurre.

–Calma, calma – prosiguió el señor cura en tono más amable y conciliatorio–. Por aquí tenías que haber empezado. Bueno, vamos a ver, el perro ¿es católico, si o no?

–Claro que es católico. Aquí todos somos católicos.

–Qué bueno que me aclaraste un detalle tan importante. Así que, ya no hay problema: vamos a bautizar al perro.

Lo que hizo de inmediato. Pero después surgieron los temores:

–¿Qué pasará si se entera el obispo? Mejor que lo informe personalmente, antes de que se adelante algún chismoso.

Y fue donde el obispo.

–Señor obispo –le dijo humildemente–, usted sabe que estoy restaurando el templo parroquial. No contando con otro tipo de recursos, me atreví a bautizar un perro, con tal de adelantar la obra.

Y le contó lo sucedido.

–Bueno –le contestó el obispo amablemente–. Lo único que te pido es que no te olvides de que, para la confirmación, estoy yo.

Y todo arreglado.

Segunda Parte

**EVANGELIZACIÓN
Y PASTOREO**

INTRODUCCIÓN

Después de Isaías, el príncipe de los profetas, al que más admiro es al profeta Jeremías, posiblemente por el fuerte tinte de realismo y velo de tristeza que caracterizan sus escritos, en un momento de crisis. Basta un versículo:

**Salgo al campo: muertos a espada;
entro en la ciudad: desfallecidos de hambre:
tanto el profeta como el sacerdote
vagan sin sentido por el país. (Jer 14,18)**

Me parece una fotografía perfecta de la actual realidad eclesial: masas de católicos, extremadamente débiles en la fe, sin el alimento básico que necesitan, representado por la Palabra de Dios y la Eucaristía; muchos ya murieron a espada de parte de los eternos enemigos de la Iglesia. ¿Y el profeta y el sacerdote? “Vagan sin sentido por el país”. Ya no saben qué hacer. No hicieron caso a los verdaderos profetas y ahí están las consecuencias.

Posiblemente por flojera o pereza mental trataron de convencerse, y convencernos, de que la Biblia y la Apologética no eran necesarias para fortalecer la fe del católico ante el embate de la modernidad y el proselitismo religioso más descarado; que bastaba la Religiosidad Popular para salvarse, el catecismo para la recepción de los sacramentos y un tríptico para la Misión Continental. Y ante el evidente fracaso de su estrategia pastoral, en lugar de cambiar de rumbo y con tal de salirse con la suya, buscaron todo tipo de pretextos, empeorando siempre más la situación: que cada quien es libre de escoger la religión que quiera; que en el fondo todo es lo mismo,

puesto que todas las religiones llevan al mismo Dios; que lo que importa es el amor, etc. Completo relativismo e indiferentismo religioso; la mentalidad del mundo infiltrada en la Iglesia.

Dice el refrán: “Ven que se acerca la tempestad y no se hincan”. Ven el evidente fracaso de una política totalmente ineficaz en el actual contexto histórico y siguen con el discurso altisonante y los conceptos elevados de siempre, sin hacer ningún esfuerzo serio por aprender a evangelizar y pastorear al pueblo de Dios como es debido, convencidos de que su papel específico consiste en la administración (o venta) de los sacramentos. Y que el mundo rueda.

Ni modo. Así aprendieron en el seminario y así quieren seguir hasta la muerte. ¿Recuerdan el grito de Sansón, antes de morir? “Muere Sansón con los filisteos” (Jue 16,30). Solamente que los filisteos actuales no se dejan, son más astutos y están decididos a todo con tal de ganar la batalla.

¿Y nuestros pastores? Que los médicos vuelvan a las aulas para ponerse al día; que los maestros sean evaluados para ver si pueden o no con el paquete; pero los curas siguen intocables: lo que aprendieron, aprendieron, no necesitan más; y si alguien quiere algo más, ahí están unas cuantas charlas esporádicas para enterarse de alguna novedad en campo bíblico, teológico o pastoral. Hasta ahí.

¿Y los seminarios donde aprendieron a pensar y actuar de una manera tan fuera de la realidad? Siguen con lo mismo de siempre: pura teoría y nada de entrenamiento y práctica pastoral seria. Siguen con el estribillo de siempre: “Ahora el estudio, después la pastoral”. Después, siempre después.

Lo mismo para la catequesis: “Ahora el estudio, después la práctica de la vida cristiana”. Y después ya no vuelven y se quedan con la pura teoría. Ni modo. Es el pecado original entre nosotros católicos: pura teoría sin práctica.

Fulano ya conoce el catecismo, ya puede hacer su Primera Comunión. ¿Reza antes y después de tomar los alimentos, al levantarse y acostarse, y así por el estilo? No

importa la práctica; basta la teoría. Tal seminarista ya cumplió con los requisitos académicos, ya puede acceder a las órdenes sagradas. ¿Aprendió a dar un retiro espiritual? ¿Se preparó para enfrentar adecuadamente el problema del proselitismo religioso? ¿Se entrenó para dialogar con los de la competencia? Esto no importa. Basta la doctrina.

No se logra entender que la verdadera formación abarca la teoría y la práctica, como pasa con el médico, el albañil o el taxista. ¿Quién se fiaría de un médico, un albañil o un taxista, que tuviera muchos conocimientos teóricos y careciera de toda práctica en el ejercicio de su profesión?

¿Resulta tan difícil entender que un seminario tendría que ser un laboratorio de investigación y una palestra de experimentación pastoral? Solamente así podremos dar un salto cualitativo en nuestro sistema de evangelización y pastoreo. Por otro lado, ¿no estriba precisamente en esto el secreto del éxito que están teniendo los amigos de la competencia? ¿Por qué no aprovechamos su experiencia al respecto? ¿No sería ésta una manera sencilla de practicar un sano ecumenismo, aclarando a los hermanos separados ciertos aspectos doctrinales y aprendiendo de ellos algún método práctico para acercarnos a la gente y evangelizarla?

Ahí está la pelota. Que la agarre el que quiera.

1. EL PASTOR EVANGÉLICO Y EL SEÑOR CURA

–Dos maneras diferentes de ver la misión–

Ana y Rosa: dos hermanas, totalmente diferentes la una de la otra. Ana, muy apegada a la mamá, profundamente religiosa y muy escrupulosa en el cumplimiento de todos sus deberes, un ejemplo a seguir para toda la familia; Rosa, instintivamente atraída por el papá, con creencias religiosas indefinidas, rebelde por naturaleza, la oveja negra del hogar. Si Ana hacía algo, se podía estar seguros de que Rosa haría todo lo contrario. Así las dos hermanas pasaron la infancia y la adolescencia, siendo Ana el orgullo de la familia y Rosa su pesadilla.

A los quince años, leyendo biografías de santos, Ana empezó a experimentar un fuerte deseo de imitar su ejemplo, haciendo todo lo posible por alcanzar la santidad y salvar almas hasta adonde fuera posible. Habló con el señor cura, que le aconsejó algunos encuentros de discernimiento vocacional, convencido de que Ana era para la vida consagrada, teniendo en cuenta su manera de ser, muy recatada y exageradamente piadosa. Ana obedeció, aunque dichos encuentros más que nada le sirvieron para afianzar aún más su vocación al matrimonio.

–Mi querida hija –no se cansaba de repetirle el señor cura–, realmente no te entiendo: por un lado quieres estar totalmente metida en las cosas de Dios, para alcanzar la santidad y salvar almas lo más posible, y por el otro quieres casarte. ¿No te das cuenta de que es imposible hacer las dos cosas al mismo tiempo? ¿Por qué no optas de una vez por una sola cosa, es decir, por la vida consagrada?

–Señor cura –le contestaba Ana–, ¿qué le puedo hacer? Ni modo; yo soy así: yo quiero al mismo tiempo casarme y luchar con todas mis fuerzas para ser santa y salvar almas. Lo que quiero de su parte, es que me ayude a encontrar la manera práctica de realizar este ideal, que representa el sueño de mi vida.

Ante tanta insistencia, por fin el señor cura se rindió y empezó a guiarla por los arduos caminos de la ascética cristiana mediante oraciones, ayunos y penitencias “por la propia santificación y la salvación de los pobres pecadores”. Haciendo esto, Ana pronto se volvió en el modelo para la juventud de la parroquia. No faltaron muchachas, que, atraídas por su estilo de vida, decidieron seguir sus pasos por el camino de la oración, el ayuno y la penitencia, sumamente preocupadas por la propia santificación y la salvación de las almas.

Naturalmente, como era de esperarse, pronto su hermana Rosa, roída por los celos causados por la fama que cada día más iba adquiriendo Ana, se movió al contraataque. Se le presentó la oportunidad cuando su amiga preferida cambió de religión y la invitó a seguir sus pasos. De inmediato aceptó la invitación y empezó a participar en las actividades del nuevo grupo religioso, especialmente en el culto, hecho de cantos, testimonios y manifestaciones del Espíritu, como el don de lenguas, del descanso en el Espíritu y de sanación.

Una vez bautizada, se presentó al pastor y se puso a su completa disposición, animada por un enorme deseo de “conquistar almas para Cristo”, haciendo todo lo posible por dar a conocer a los demás el nuevo credo religioso.

–Muy bien –le contestó el pastor–. Antes que nada, tienes que tratar de crear en el ambiente un clima de simpatía y aprecio hacia tu manera de ser y actuar. Hecho esto, tienes que ver quiénes están más propensos a seguir tus pasos. Entre estos, escoge a tres y lucha por atraerlos hacia nuestra iglesia. Una vez convencidos, un servidor se encargará de lo demás. Un mes para cada etapa: tres meses

en total. A ver qué pasa. Para cualquier duda, me tienes a tu completa disposición.

Después de tres meses, ya un compañero de colegio frecuentaba regularmente el culto. Entonces Rosa volvió al pastor en busca de orientación.

–Pastor, quiero conquistar a más almas para Cristo. ¿Qué tengo que hacer?

–Busca a otros tres alumnos del colegio y lucha por convencerlos acerca de la bondad de este camino de salvación. Para entrar en confianza, una de las estrategias, que han dado mejores resultados, es la siguiente: ir a su casa en busca de ayuda para cumplir con las tareas escolares. Así tienes más oportunidad de presentar tu testimonio de vida y hablar abiertamente acerca de la excelencia de “la vida en el Espíritu”, teniendo en cuenta tu experiencia personal.

–Fíjese que un muchacho me ha solicitado ser mi novio. ¿Cómo tengo que comportarme en este caso?

–Acepta, a condición de que primero se entregue a Cristo, como hiciste tú. Apenas te das cuenta de que está dispuesto a cumplir con esta condición, me lo presentas. Yo me encargaré de lo demás.

Y así, poco a poco, Rosa, la rebelde por naturaleza, se volvió en una humilde y mansa ovejita de Cristo, decidida a todo, con tal de salvar almas, haciendo todo lo posible por acercarlas a Él. Con el tiempo se casó y, juntamente con su marido, se volvió en la pastora de la gente que había logrado conquistar para Cristo.

¿Y Ana? Siguió sin casarse, sumamente preocupada por alcanzar la santidad y salvar almas mediante oraciones, ayunos y penitencias. Ni modo; guías diferentes llevan a resultados diferentes. Entonces, viene la pregunta: “¿Dónde está la clave, para poder pensar en tiempos mejores para la Iglesia?”

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece esta historia? ¿Refleja o no la realidad?* _____

2. *¿Qué necesita la Iglesia para poder avanzar, en lugar de retroceder?* _____

2. SACRAMENTOS Y EXPERIENCIA DE DIOS –Dos caminos paralelos–

De por sí, ya me imaginaba que aquella reunión del consejo parroquial iba a resultar bastante borrascosa. Lástima que la realidad superó las peores previsiones, hasta llegar a la completa ruptura.

La pregunta era: “¿Por qué, después de haber recibido los sacramentos, por lo general nuestra gente ya no vuelve a la Iglesia?” El primero en tomar la palabra fue uno de los miembros más ancianos del consejo parroquial:

–Si hoy en día muchas cosas andan mal en la Iglesia, es por culpa de los papás. Son ellos los primeros responsables de la educación de los hijos. En mis tiempos...

–Ustedes –reaccionó de inmediato una señora, madre de tres hijos y los tres bastante alejados de la Iglesia– siempre se salen con lo mismo: “En mis tiempos...”. ¿Acaso no se dan cuenta de que los tiempos cambiaron? En concreto, ¿qué más puedo hacer con mis hijos, si, después de tanto insistir, apenas logré que hicieran la primera comunión? ¿Los voy a matar a golpes para que sigan con la catequesis y me acompañen a la misa dominical?

Y empezó a lanzar todo tipo de improperios contra la televisión, el gobierno, la escuela y tantas instituciones más, consideradas por ella como los principales responsables de la confusión y el espíritu de rebeldía que reinan entre las nuevas generaciones. Muchos secundaron su manera de ver las cosas, aplaudiendo y añadiendo algunos detalles, bastante folklóricos.

Al darme cuenta de que por ese camino no íbamos a llegar a nada, intervine, invitando a los presentes, y

especialmente a los catequistas, a concretizarse a examinar las propias responsabilidades en orden a formar a verdaderos discípulos de Cristo. Como era de esperarse, casi todos los miembros del consejo parroquial manifestaron claros signos de inconformidad.

–Disculpe, padre –intervino una catequista que parecía muy entregada a su tarea–, ¿qué quiere decir usted, cuando habla de “formar a verdaderos discípulos de Cristo”? ¿Quiénes serían, según usted, esos “verdaderos discípulos de Cristo”? ¿Acaso, para ser un verdadero católico, no es suficiente que uno reciba los sacramentos del bautismo, la comunión y la confirmación? ¿Qué más necesita?

Les hablé de conversión y aceptación del Evangelio como norma de vida. Se armó un infierno: todos en contra de mí y unos cuantos miembros de un movimiento apostólico.

– Señor cura –gritó enfurecida otra catequista–, le aseguro que, si hacemos como dice usted, pronto el número de los católicos se va a reducir drásticamente. Entonces, adiós fiestas patronales; adiós posadas; adiós novenario de difuntos... En este caso, ¿por qué no nos volvemos de una vez todos evangélicos?

–Ni lo mande Dios –reaccionó unos de los ministros extraordinarios de la Eucaristía, considerado como el más entregado y equilibrado de todos–. Aquí nosotros somos católicos de hueso colorado, a la antigua, como eran nuestros antepasados. Si usted, señor cura, ahora cree que nos va a cambiar con el evangelio, olvídese de una vez. Mejor que pida su cambio y nos deje en paz, así como estamos, con nuestra fe y nuestras costumbres.

Todos aplaudieron, menos los miembros del movimiento apostólico. Para afianzar lo anterior, el más anciano del consejo parroquial sugirió la posibilidad de restaurar antiguas fiestas religiosas, con jaripeo y baile.

–Es lo que más pide la gente y que más rinde económicamente –explicó–. ¿Qué es eso de conversión y aceptación del Evangelio? Que quede bien claro: nosotros somos católicos y punto. No queremos tener nada que ver con los evangélicos.

Traté de explicar las cosas. Nada. Todos repetían: “Nosotros somos católicos y basta. Si usted pretende meternos otras ideas, no lo va a lograr. Y si alguien quiere ser evangelista, que de una vez se vaya con los del evangelio y nos deje en paz”.

Y diciendo esto, uno por uno empezaron a salirse del cuarto de reunión, quedándonos solamente un servidor con los miembros del movimiento apostólico. Nos miramos en la cara, sin saber qué hacer. Por fin uno de ellos rompió el silencio:

–Ni modo. Así están las cosas. Ahora depende de nosotros ayudarlos a volverse en auténticos discípulos de Cristo, mediante nuestro testimonio de fe y caridad, especialmente en los momentos más difíciles de la vida.

Y así fue. Poco a poco los miembros del movimiento apostólico fueron en aumento, hasta volverse en la columna vertebral de la parroquia. Ya son bastantes los que poco a poco fueron pasando de la religiosidad popular (una mezcla entre religiosidad natural y elementos cristianos) a un auténtico catolicismo popular, con ideas claras acerca de Dios, Cristo, la Iglesia y tantas cosas más. No solamente con ideas claras, sino con una verdadera experiencia de Dios. Lástima que aún no hemos logrado juntar los sacramentos con la experiencia de Dios. De todos modos, no perdemos las esperanzas de que en un día no muy lejano lo vayamos a lograr.

PREGUNTAS

1. *¿Es correcta la separación entre los sacramentos y la experiencia de Dios?*

Sí

No ¿Por qué? _____

2. *¿Qué sugieres al respecto?* _____

3. DEFENSA Y ATAQUE

–Estrategia pastoral–

Años sin vernos. Con licenciatura en teología dogmática y pastoral. Maestro en el seminario. Todo un personaje en los ambientes eclesiásticos. Me imaginaba que pronto íbamos a congeniar y coincidir en muchos aspectos: un servidor, simple misionero entre indígenas y campesinos, y él, el líder indiscutible entre los intelectuales de la diócesis.

Pero no fue así. Bastaron unas cuantas batutas, para darme cuenta de que nuestras posiciones eran irreconciliables.

–¿Qué me importa, si alguien decide cambiar de religión? –fue su comentario a mi experiencia en el campo de la apologética–. Cada quien es libre de hacer lo que quiera. ¿Por qué, en lugar de seguir jugando en defensa, no pasas al ataque, como está haciendo un servidor?

Y me habló de la excelencia de los círculos bíblicos como medio para infiltrarse en todos los ambientes y llenarlos de savia evangélica. Concluyó enfáticamente:

–El futuro está en las manos de los valientes, que miran más allá de los estrechos horizontes del pequeño mundo, en que uno está acostumbrado a vivir.

–Y cuando alguien tiene alguna duda acerca de la fe, ¿qué hace usted?

–Dejo que se pudra. A la gente que duda, no la quiero ver ni en pintura.

Me di cuenta de que mi viejo amigo, vivía en las nubes. Puras frases bonitas y discursos estereotipados. En la práctica, poco o nada. Como dice el antiguo refrán latino: *“Pariuntur montes et nascitur pusillus mus”* = *“dan a luz las montañas y nace un ratoncito”*. Ante tanta insensibilidad

pastoral y altanería teológica, decidí hablar de una vez a cartas descubiertas:

–Te la voy a poner de una manera más clara y sencilla: un feligrés ¿tiene derecho a que su pastor le aclare las dudas, que por una razón u otra continuamente surgen a lo largo de su vida de fe? Por otro lado, ¿nunca escuchó hablar de los grupos proselitistas, que no se cansan de martillar continuamente a nuestros feligreses con un montón de preguntas, destinadas a sembrar dudas e incertidumbre en nuestras filas?

–Será en otra parte. Aquí casi no hay de esa gente, que usted menciona –fue su respuesta, tratando de escabullirse.

Evidentemente el famoso teólogo no estaba dispuesto a rendirse ante un simple misionero, cuyo único argumento consistía en la fuerza de los hechos. Entonces, trató de desviar la conversación hacia temas de alta teología, incomprensibles para los simples mortales, metidos en la cotidianidad de la vivencia de la fe.

–Mi querido amigo, ¿acaso te olvidaste de lo que aprendiste en el seminario, cuando estudiaste teología? La fe es un don de Dios. ¿Qué es eso de moverse por aquí y por allá, como si la salvación de los hermanos dependiera de nosotros? Lo que usted está haciendo, es puro proselitismo religioso, algo impensable en nuestros días. ¿No te das cuenta de que, haciendo eso, te pareces a los mismos testigos de Jehová, mormones y evangélicos, que tú pretendes combatir?

Increíble. ¡Hasta qué punto puede llegar la deshonestidad intelectual de uno que se ufana de ser “teólogo y pastoralista” y al mismo tiempo trata de destruir desde la raíz el sentido mismo de la misión, que Jesús encomendó a su Iglesia! ¿Acaso mi viejo amigo no se daba cuenta de que, en orden a la salvación, aparte de la intervención de Dios, que es lo fundamental, es muy importante también la colaboración del hombre?

Pues bien, para no perdernos en una estéril discusión teológica, regresé a la imagen del deporte que él mismo había evocado anteriormente.

–Según tu manera de ver las cosas, en lugar de jugar en defensa, sería mejor pasar al ataque. Te pregunto: ¿De dónde sacaste esta teoría, tan descabellada? Por lo que yo entiendo, un buen equipo, si quiere ganar el partido y no jugar por el simple gusto del espectáculo, tiene que cuidar la defensa y el ataque. En realidad, ¿de qué le sirve poner unos goles en la puerta del adversario, si descuida la defensa y le ponen más goles en la suya?

Ante una lógica tan sencilla, el amigo teólogo y pastoralista ya no pudo aguantar más. Se dio la media vuelta y se esfumó.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece este relato? Según tu experiencia, ¿refleja la realidad?* _____

2. *¿Cuál sería una buena estrategia, para poder tener éxito en la pastoral?* _____

4.COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE, MOVIMIENTOS APOSTÓLICOS Y ASOCIACIONES PIADOSAS

Un lugar para todos: el secreto del éxito pastoral.

En una ocasión, tuve la oportunidad de impartir un breve curso de apologética en la parroquia del padre Tomás, mi antiguo compañero de seminario, un curso que me pareció del todo excepcional por el gran apego que la gente manifestaba hacia su fe y de una manera especial por la gran cantidad de feligreses que acudían a la misa dominical. Tratándose de un viejo amigo, me permití preguntarle acerca del “secreto” de un éxito que me parecía realmente espectacular.

En lugar de contestar directamente a mi pregunta, el padre Tomás me invitó a seguirlo. Me imaginaba que me iba a llevar a su oficina para explicarme detalladamente su plan de pastoral, debidamente estructurado y avalado por algún reconocido teólogo de vanguardia. Pero no fue así. Sencillamente me llevó a la capilla del Santísimo, donde había una media docena de viejitas en adoración o dormición delante del sagrario (posiblemente había un poco de todo). Se hincó igual que ellas y me invitó a imitarlo.

Después de quedarse hincado en el nudo suelo una abundante media hora, se levantó, se me acercó y me señaló a las viejitas, diciéndome:

–Ahí está el secreto.

Y se fue. Esperé un buen rato, pensando que tal vez entre ellas hubiera alguien con más preparación que me iba a explicar el dichoso “secreto del éxito” y nada. Me di

cuenta que se trataba de gente extremadamente sencilla, que tal vez ni sabía leer. Me regresé al curato decepcionado. Pronto pensé en una tomada de pelo de parte de mi antiguo condiscípulo. Al hacérselo notar, me contestó muy sorprendido:

–¿Tomada de pelo? ¿Por qué? Lo que le acabo de decir, es la pura verdad. ¿No entendiste?

Me explicó que, al llegar a la parroquia unos diez años antes, la encontró en completa bancarrota, sumida en un general desaliento. Ya el veinte por ciento de la población se había cambiado de bandera, pasando en su mayoría a los grupos de corte pentecostal, y, entre los que no se habían dejado enredar por los amigos de la competencia, muy pocos acudían a la misa dominical. Lo único que sabían hacer sus líderes era gritar contra el gobierno. Ellos mismos casi nunca acudían a la misa y, cuando lo hacían, pretendían comulgar sin antes confesarse. Para ellos, la confesión era algo del pasado. Decían pertenecer a las “Comunidades Eclesiales de Base”. En la práctica, desde que su predecesor dejó el ministerio y desapareció de la región, habían dejado de reunirse.

Estando así las cosas y no sabiendo qué hacer ante una situación que le pareció demasiado complicada, el padre Tomás optó por encerrarse cada vez más en sí mismo, con sus devociones de siempre, entre las cuales destacaba la adoración al Santísimo.

–Ésta fue mi tabla de salvación, mi querido amigo –me confesó cándidamente el padre Tomás–. No contando con algún hobby en especial y teniendo en cuenta el hecho que casi nadie me iba a visitar al curato, me pasaba buena parte del día delante del sagrario, orando o leyendo la Biblia y la Imitación de Cristo. Y durmiendo también. Ni modo, tengo mi edad. Cuando menos me lo espero, me doy cuenta de que me estoy durmiendo. De todos modos, no faltó gente que se enteró de mi trajín diario y quiso seguir mis pasos.

–¿En qué sentido? –le pregunté.

–Poco a poco empecé a notar que, mientras me encontraba en adoración delante del sagrario, se oía algún

ruido en el fondo del templo parroquial. Quise averiguar la causa y descubrí que continuamente había algunas viejitas que rezaban el rosario, cada una por su cuenta. Evidentemente era lo único que sabían hacer. Les enseñé a orar en silencio delante del sagrario, como era mi costumbre. Pues bien, el grupo fue en continuo aumento, hasta que alguien me sugirió que reorganizara la Asociación del Santísimo Sacramento, que mi predecesor, como era su costumbre, se había encargado de desbaratar por completo. Fíjate que actualmente hay más de doscientas socias, que se turnan en la adoración al Santísimo día y noche.

Le pregunté acerca de la organización de la Asociación del Santísimo Sacramento y de los demás grupos apostólicos, cuya presencia era atestiguada por el número de banderas que se encontraban a los lados del altar mayor.

—Fíjate que acerca de todo esto no sé nada. Pregúntale más bien al padre Rodolfo, que cada fin de semana viene a darme una mano, atendiendo a todas las asociaciones y grupos apostólicos que tenemos en la parroquia. Son un montón. Fíjate que ni sus nombres recuerdo bien. Pues bien, él se encarga de darles seguimiento. Yo nada más sigo con lo de siempre, con la novedad que, desde hace algún tiempo, casi continuamente viene gente para confesarse o pedir algún consejo.

Intrigado por lo raro de la situación, me apresuré a entrevistarme con el padre Rodolfo.

—¿El padre Tomás? — fue su primera reacción—. En campo pastoral es un verdadero desastre. Se la pasa todo el día durmiendo en la capilla del Santísimo. Durmiendo y dando consejos a cualquier bobo que se le acerque. Así que, prácticamente, un servidor tiene que hacerse cargo de toda la organización pastoral. Y no le digo qué carga todo esto representa para mí, puesto que, aparte, soy maestro de filosofía en el seminario mayor.

Me explicó que, aparte de los renovados, que nunca faltan en ninguna parroquia, le tocaba atender a los cursillistas, los cruzados, las distintas ramas de la Acción Católica, un sinfín de asociaciones piadosas y a las damas

católicas, cuyo papel nunca me supo explicar a cabalidad, aparte de los encargados de la catequesis presacramental.

–Un verdadero rompecabezas –se quejaba el padre Rodolfo–. Y fíjese que el padre Tomás dice siempre sí a cualquiera que se le ocurra una idea. Y siguen aumentando los grupos.

–¿Y qué pasó con las Comunidades Eclesiales de Base?

–Los pocos que se quedaron, se integraron a la Comisión de Pastoral Social. En concreto, se encargan de la Cáritas parroquial.

–¿Y cómo hace usted para atender a tanta gente? ¿Cuáles son los compromisos básicos de los que integran todos estos grupos que me acaba de mencionar?

–Misa dominical obligatoria para todos y después algún retiro o curso de formación, como el que acaba de impartir usted.

Por fin entendí “el secreto del éxito pastoral” del padre Tomás. Algo tan sencillo y al mismo tiempo tan difícil de entenderse y aplicarse.

COMENTARIO

A veces se oye decir: “No hay que permitir que se establezcan en la parroquia más grupos de los que se pueden atender”. Y con eso se impide el establecimiento de nuevos grupos, coartando la libertad de los feligreses, garantizada por el mismo Derecho Canónico (cc. 214-215).

Se trata de un rezago de antiguas maneras de gobernar, propio de los regímenes totalitarios. Como pasa con el texto único obligatorio en la catequesis presacramental. ¿Y la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, basada en los carismas que el Espíritu Santo distribuye a cada discípulo de Cristo cómo y cuándo quiere? “¿Qué es eso?”, dirá alguien. Aquí está el problema: en el alejamiento de las Escrituras. ¿Qué sería de nuestra Santa Madre Iglesia, si, al contrario, nos apegáramos más a las Escrituras y menos a las costumbres y a la sabiduría humana?

PREGUNTAS

1. *Teniendo en cuenta esta historia, ¿dónde estaría el “secreto del éxito pastoral”?*

–Según el padre Tomás: _____

–Según el padre Rodolfo: _____

–Según tu opinión: _____

2. *¿Por qué en algunas parroquias hay pocos grupos apostólicos y asociaciones piadosas?* _____

5. EL BUEY QUE TRILLA

–Una triste historia–

La triste historia del catequista Juan. Un catequista modelo, muy apreciado y querido por todos. El ídolo del pueblo, siempre dispuesto a servir. No faltaba a ningún curso de formación.

Un día, encontrándome en la cabecera diocesana para impartir unas clases de Biblia a los agentes de pastoral, se me presentó, muy afligido, desanimado y deprimido:

–Permítame, padre, que me desahogue de una vez o reviento.

–Adelante, Juan. Estoy a tu completa disposición.

Y me contó su triste historia.

–Mire, padre. Lo que le voy a contar, es la mera verdad. Hasta me da vergüenza contarle estas cosas. Es la primera vez que lo hago. Es que yo no quiero que la gente vaya a pensar mal de los curas.

–Cuéntame todo, Juan. Como si fuera una confesión.

–Sí, padre; como si fuera una confesión, una verdadera confesión. Es que me siento tan mal, que si no me confieso ahora mismo, me muero. Soy un gran pecador; a veces el demonio me tienta fuertemente y por poco me caigo. Fíjese que esta vez me metió en la cabeza un odio tan grande contra el señor cura, que hasta pensé pegarle y salirme para siempre de la Iglesia.

–¿Qué te pasó, Juan? Tú que siempre fuiste un catequista ejemplar, totalmente entregado a la evangelización, ahora me sales con esas cosas. Cuéntame: ¿qué te pasó?

La historia de siempre: un pobre diablo, que hace todo lo posible por ayudar a la Iglesia como catequista y al final descubre que todo fue una farsa: él trabajando como

un burro y el señor cura quedándose con todo el fruto de su trabajo, pasándosela bien y tomándose sus buenas vacaciones hasta en el extranjero, con “sus” amigos.

—No vaya a pensar, padre, que yo, por venir siempre a estos encuentros, tenga mucho dinero. Yo no tengo nada. Yo rento la tierra que trabajo. Tengo familia; los niños van a la escuela; para todo hay que pagar. Y las cosas cuestan: el lapicero, los cuadernos, el uniforme... A veces pienso retirarlos de la escuela. Es que la cosecha no me da para tantos gastos. Y como si fuera poco, soy también el catequista de la comunidad. Claro que en la comunidad hay algunos que me dan una mano. No vaya a pensar que todo lo hago yo solo. Pero yo llevo la carga más grande. Cada dos meses tengo que venir a las reuniones, donde nos enseñan muchas cosas que nosotros de la sierra no conocemos. El problema es que tengo que pagar el pasaje para venir a la reunión y regresar a mi pueblo, tengo que dar la aportación para la comida... Ciertamente, la comunidad me ayuda un poco para estos gastos, pero no siempre alcanza. Aparte, tengo que dejar de trabajar en la milpa durante unos días. Créamelo, padre, para nosotros de la sierra, ser catequista es muy pesado.

¡Como si yo no lo supiera! Les confieso que, cada vez que escucho esas cosas, se me ponen los pelos de punta, al notar al respecto la total insensibilidad de parte de algunos colegas míos.

—Bueno —siguió don Juan—; yo pensaba que así estaban las cosas y no había nada que hacer para remediarlas, como si todo esto fuera voluntad de Dios. Pero, ¿qué pasó? Que el otro día, leyendo la Biblia (cada día yo leo la Biblia por lo menos una media hora. Leo y oro; así es mi costumbre), me llamó la atención lo que encontré en 1Cor 9, 7–9. No sé si fue el mero demonio que me puso delante de mis ojos aquella parte de la Biblia, que me hizo enojar tanto contra el señor cura, que usted ni se lo puede imaginar. Después pensé: “También ésta es Palabra de Dios. ¿Por qué no le voy a hacer caso?” Así que me armé de valor y fui a ver al señor cura. ¿Y qué cree usted? Que el señor cura se rió de mí y me mandó a la fregada. Me dijo que no tenía tiempo para

discutir con un pobre ignorante como yo. Cuando le dije que por lo menos me ayudara con los gastos de pasaje, me contestó: “Mira, Juan; si ves que no puedes con tus gastos, deja a otro el cargo de catequista y todo arreglado”. Se lo confieso, padre; cuando escuché estas palabras del padre, se me revolieron las tripas y por poco no le daba un buen trancazo.

Ante tanto cinismo, les confieso que yo seguramente no me hubiera aguantado y le hubiera dado una santa paliza, no solamente un trancazo. Pero me controlé y le pedí a Juan que me leyera el texto bíblico en cuestión. Don Juan de inmediato abrió el morral, sacó la Biblia y me leyó 1Cor 9, 7–9: “¿Quién ha servido como soldado, pagando sus propios gastos? ¿Quién planta una viña y no come sus frutos? ¿Quién cuida de un rebaño y no se alimenta de su leche? (...) En la ley de Moisés está escrito: “No pongas el bozal al buey que trilla”.

—Como ve, padre, más claro ni el agua. Me pregunto: ¿Es posible que solamente los curas no entienden esto? Usted dirá que también ellos a veces andan muy escasos de plata. Es cierto: yo mismo conozco a un cura realmente pobre, que se tiene que apretar el cinturón como muchos catequistas de la sierra, puesto que con las limosnas y los sacramentos apenas alcanza a pagar el teléfono, el agua y la luz. Yo mismo en alguna ocasión le he llevado un poco de maíz y frijol para la comida. Pero no me dirá que éste sea el caso de mi señor cura. Todos sabemos que cada año se toma sus buenas vacaciones, gastando todo un dineral. Así que, para sus vacaciones hay dinero y para ayudar a un pobre catequista como yo, aunque sea con el solo pasaje, no hay dinero. ¿Le parece justo todo esto? Dígame, padre: “¿Existe una ley que diga que hay que poner el bozal al buey que trilla? ¿Quién la hizo? ¿Quién dijo que en la Iglesia todos tenemos que trabajar para entregar a los curas todito el fruto de nuestro trabajo? ¿O creen ustedes que todos nosotros somos una bola de bueyes, que no entendemos nada?”

–Mi querido don Juan –le contesté con mucha pena–, no hay ninguna ley que diga esto. Es una costumbre y nada más, una costumbre maldita, que actualmente nos está causando en la Iglesia un montón de problemas.

–Si esta costumbre –rebatí don Juan– está en contra de la ley de Dios, ¿cómo es que se metió en la Iglesia? Y una vez que se metió, ¿por qué no la quitan? ¿Acaso los curas no conocen la ley de Dios?

¡Santa ingenuidad! ¡Si don Juan supiera que éste es precisamente el grande problema que hoy en día tenemos en la Iglesia, el alejamiento de las Escrituras, ciertamente quedaría horrorizado! Por eso, preferí salirme por la tangente.

–Mira, Juan: el asunto es muy complicado. ¡Qué bueno que viniste a platicarme todo eso! Verás que en el próximo curso todo quedará claro. Voy a tratar el tema de los “derechos y deberes” de cada fiel católico. ¿Cómo la ves?

–Muchas gracias, padre. Ahora que saqué todo lo que tenía dentro, ya me siento mejor; ya no siento odio contra el señor cura de mi parroquia. Estoy seguro que el próximo curso será muy bueno. Por fin se nos hablará claramente de nuestros “derechos y deberes”. Fíjese que hasta ahora nos hablaron solamente de nuestros deberes. Nunca nos hablaron de nuestros derechos. Muchas gracias, padre. Le agradezco todo lo que está haciendo a favor de los pobres y especialmente a favor de nosotros, los catequistas.

Y nos despedimos. El catequista Juan había recobrado el entusiasmo y la confianza de siempre.

PREGUNTAS

1. ¿Qué te parece lo que dice San Pablo en 1Cor 9, 7–9?

2. ¿Te parece correcto que los curas acaparen todas las entradas, dejando sin nada a todos los demás agentes de pastoral, hasta los encargados de los pueblos y a los diáconos permanentes? _____

6. DEL ALTAR AL POTRERO

–¿Y el compromiso de evangelizar?–

De vez en cuando me entero de cosas realmente increíbles. Es como despertar de un sueño y toparse con una realidad totalmente diferente. Uno se pregunta: “¿Es cierto lo que me están diciendo o me quieren tomar el pelo? ¿No será que alguien me quiere meter en una bronca, que no tiene nada que ver conmigo?”

Un día una catequista me pregunta: “¿Es correcto que, mientras nosotros hacemos todo lo posible para preparar a la gente a recibir los sacramentos, nuestro señor cura se la pasa todo el día en el potrero, cuidando vacas y caballos?” Caí de las nubes. Me informé acerca del asunto y resultó que era cierto.

En otra ocasión, encontrándome en una parroquia rural para apoyar al párroco con las confesiones, un agente de pastoral se quejaba del total abandono en que se encontraba toda la feligresía. “Nos sentimos como ovejas sin pastor” (cf. Mc 6, 34) –declaró con toda franqueza. De hecho, me explicó, el párroco se hace presente en la parroquia solamente los domingos. ¿Y los demás días de la semana? “Se la pasa enseñando en los colegios de la ciudad”.

Al comentar el asunto con el vicario general de la diócesis, me confirmó que se trata de casos reales aunque bastante aislados. Y añadió: “Mientras el lobo se come las ovejas, no faltan pastores que siguen durmiendo tranquilamente. ¿Qué le vamos a hacer? Esos bueyes tenemos y con esos bueyes vamos a arar”. Tan de simple. Me pregunto: “¿Y la misión del pastor?”

–¿Cuál misión? –me contestó en cierta ocasión uno de esos curas, que se pasa todo el tiempo enseñando en los colegios. Primero lo primero.

–Y para usted ¿qué sería lo primero? –le pregunté.

–¿No recuerda el refrán latino? “*Primum manducare et deinde filosofari* = antes que nada comer y después hacer filosofía”. ¿Qué cree usted que uno vive de aire? Claro que, para ustedes que viven en la ciudad, todo es más sencillo. Al contrario, para nosotros del campo, las cosas se hacen cada día más complicadas. Fíjese que en distintas ocasiones me he quedado durante toda una semana sin ninguna intención de misas. La gente cada día se está volviendo más indiferente en el aspecto religioso. Ya no es como antes, cuando uno tenía que matarse para poder satisfacer todas las necesidades del pueblo. Ahora que muchos ya se cambiaron de religión y otros se volvieron indiferentes, conseguir alguna intención de misa es una verdadera hazaña, mientras sigue el compromiso de pagar las boletas de la luz, el agua y el gas. Por lo que se refiere a la secretaria y a la cocinera, por la misma razón ya me deshice de ellas desde hace mucho tiempo.

Le hablé de la necesidad de evangelizar primero a los feligreses para poder en un segundo tiempo sensibilizarlos acerca del compromiso que tienen de sostener económicamente a sus pastores.

–¿Qué es eso de evangelizar? –fue su respuesta. A mí en el seminario nunca me enseñaron cómo evangelizar. Por lo tanto, lo único que sé hacer ahora es celebrar la misa y administrar los sacramentos. Fuera de eso, no sé hacer nada. Por eso me dedico a la enseñanza en los colegios.

Más claro ni el agua. De hecho en el seminario se enseña pura teoría. ¿Y la práctica pastoral? Después, es la respuesta de siempre. ¿Y qué pasa? Que, cuando llega el momento de la ordenación y uno ya tiene que enfrentarse a la realidad, no sabe qué hacer. Por eso estamos como estamos, con guías que no están entrenadas para realizar las visitas domiciliarias, dialogar con la gente, catequizar y hacer tantas cosas más, que representan la esencia de la

acción evangelizadora de la Iglesia en el momento actual, un momento de profunda crisis para toda la Iglesia, que la competencia está aprovechando a lo máximo en el intento de hacernos desaparecer del mapa.

¿Por qué entonces, me pregunto, no tratamos de mover las aguas estancadas, empezando desde los seminarios y teniendo en cuenta la situación concreta en que se encuentra hoy nuestra Iglesia? En realidad, ya no estamos viviendo como al tiempo de la abuelita cuando todos eran católicos y por lo tanto no había muchas dificultades para vivir la fe tranquilamente. Hoy necesitamos otro tipo de curas, que sepan guiar oportunamente al pueblo de Dios, ayudándolo a madurar en la fe de tal manera que no se deje fácilmente distraer por cualquier canto de sirena.

O seguiremos teniendo curas que, no obstante las enormes necesidades que haya en el campo de la pastoral, para poder encontrar el sustento de cada día, pasarán gran parte de su tiempo cuidando vacas en los potreros o enseñando en los colegios por el simple hecho de no saber hacer otra cosa. ¿Cómo la ves?

PREGUNTAS

1. ¿Has conocido o has oído hablar de curas que se dedican a cuidar fincas o enseñar en los colegios? En caso afirmativo, ¿qué te parece todo esto, teniendo en cuenta las grandes necesidades que tenemos en campo pastoral? _____

2. ¿Qué tal si desde el seminario el futuro presbítero empezara a entrenarse en las visitas domiciliarias, el diálogo personal con gente necesitada de ayuda espiritual, los retiros espirituales y tantas cosas más que hoy en día representan la esencia de la misión? ¿Cómo ves esta nueva imagen de seminarista en consonancia con los tiempos actuales? _____

7. ¿ES SUFICIENTE ACOMPañAR A LOS INDÍGENAS? –¿Y el anuncio del Evangelio?–

Parecía una reunión normal con tópicos que nadie se atrevía a discutir, frases que parecían inocentes y al contrario escondían un veneno mortal. Qué bueno que a un cierto momento descubrí la trampa y tuve el valor de intervenir, callando al orador de turno que no se cansaba de despotricar contra los ricos y los poderosos, haciendo de ellos los principales culpables de todos los males habidos y por haber, hasta de la muerte de Cristo. No se cansaba de repetir que “los ricos mataron a Cristo”. Con eso parecía que estaba a favor de los pobres, cuando en realidad los estaba llenando de odio contra los hacendados con miras a empujarlos a la guerrilla.

Puesto que se trataba de auténticas barbaridades en campo teológico, no me resultó difícil callarlo, dejándolo lleno de vergüenza delante de todos. En realidad, estaba hablando como si nosotros fuéramos una bola de ignorantes en espera de algún oráculo mesiánico.

Naturalmente mi intervención le cayó como un balde de agua fría, despertando en él un profundo rencor contra mi persona. Ni modo. No era la primera vez que me pasaba esto. Por lo tanto, no me afectó mínimamente. Lo que sí me quedó claro, fue que desde entonces los presentes se pusieron en estado de alerta, empezando a medir distancia con este tipo de gente, cuyos planteamientos están totalmente al margen del sentir cristiano.

Claro que, al verse descubierto, el fulano no tuvo más remedio que alejarse de la diócesis, en busca de gente más fácilmente manipulable y decidida a todo, con tal de

alcanzar el paraíso en la tierra, dejando a los ricos sin nada y adueñándose de sus bienes. En el fondo, se trataba de un vendedor de ilusiones, en busca de fama y aventuras. Se decía que era consejero de un comandante de la guerrilla, con el cual estaba en contacto constante por internet.

Por eso muchos lo consideraban como un héroe, hasta que alguien descubrió que se paseaba tranquilamente por el mundo, hospedándose en los mejores hoteles y disfrutando de las mejores viandas, mientras sus fans se desangraban en las montañas. Con eso y el fracaso de la guerrilla, desapareció de la escena política, regresando a su trabajo de siempre y viviendo a espaldas de los pobres (administrándoles sacramentos al por mayor).

Pasaron los años y volví a encontrarlo: ya anciano, borracho empedernido y teórico de la nueva manera de trabajar a favor de los indígenas, los más pobres entre los pobres, utilizando una nueva palabra: “acompañamiento”, una palabra mágica como las antiguas palabras de “revolución” y “guerrilla”, ya pasadas de moda.

En su nueva versión del compromiso con los pobres, el papel de la Iglesia, del sacerdote y de la religiosa según él tenía que consistir sencillamente en “acompañar” a los indígenas, conviviendo con ellos especialmente en sus fiestas religiosas. Conviviendo y tomando con ellos evidentemente, como uno cualquiera. De ahí su nueva adicción al alcohol, que según él representaba la prueba máxima de su “inserción” en el ambiente y la cultura indígena.

– ¿Y los reclamos del Evangelio?– le pregunté.

– El Evangelio –fue su respuesta– no tiene nada que ver con el mundo indígena, puesto que la visión religiosa de los indígenas y sus prácticas de culto no tienen nada que envidiar al mundo cristiano, aparte de representar algo propio en comparación con el cristianismo, algo impuesto por extranjeros.

– ¿Y qué tal la costumbre de emborracharse, cometer adulterio y matarse el uno al otro como si fueran animales de la selva?

– Ni modo. Es su cultura. Nadie tiene derecho a meterse en la cultura ajena.

La “cultura”: otra palabra mágica, cuyo contenido no podía ser sometido a discusión; algo sagrado, como si se tratara de un oráculo o un tabú. Hasta que... Siempre hay un “hasta que”, máxime cuando se trata de un pretexto y nada más, para esconder algo que no se quiere expresar claramente, como en nuestro caso.

“Hasta que” llegaron los de la competencia y todo su teatrillo se le fue abajo. Sin más ni más, esos amigos con la Biblia en la mano les presentaron a los “inditos” un panorama totalmente diferente del que les habían pintado hasta la fecha, haciéndolos despertar a una nueva vida, dejando a un lado ciertos vicios “culturales” y aprendiendo a relacionarse mejor entre sí y con el único Dios vivo y verdadero.

Así el ex guerrillero de salón e ideólogo “cultural” quedó solo, ya decrépito. Pero no se dio por vencido. A los que le pedían alguna explicación acerca de la nueva situación que se había creado con la presencia de los recién llegados, sencillamente les contestaba:

–Los indígenas son libres de hacer lo que les dé su regalada gana. Nadie los puede obligar a ser católicos a la fuerza.

Así que... todo es bueno, menos ser auténticos católicos. Desde un principio no tuve la menor duda de que en todo el asunto había gato encerrado.

Preguntas

1. *Teniendo en cuenta tu experiencia personal, ¿qué te hace recordar esta historia?* _____

2. *Según tu opinión, ¿cuál tiene que ser la relación entre la cultura y el Evangelio?* _____

8. LA IDOLATRÍA DE LA CULTURA

–Una trampa más para la fe–

Un día se me presentó un seminarista de preparatoria, muy desanimado y totalmente escandalizado por lo que le había dicho el rector del seminario, al descubrir que era indígena.

–¿Qué te pasa?–le había dicho–. Si tú eres indígena y hablas un dialecto indígena, ¿qué estás haciendo en el seminario? ¿No te da vergüenza abandonar la religión de tus antepasados?

–Y tú ¿qué le contestaste? –le pregunté.

–Le contesté que desde hace muchas generaciones en mi familia todos somos católicos practicantes. De todos modos, el rector del seminario insistió en que era mi deber regresar a la religión de mis ancestros, que, según él no tiene nada que envidiar al cristianismo, que por demás es una religión importada.

–Mira nomás –pensé en mis adentros–. Siendo rector del seminario, se sale con esas babosadas.

El asunto me pareció de tal importancia, que de inmediato telefoneé al rector del seminario, solicitando una cita. Éste, imaginándose que un servidor fuera simpatizante de la Teología India, me invitó a un encuentro, en que iba a estar presente un experto en la materia. Acepté de inmediato, devorado por la curiosidad.

Desde el primer momento noté en todo el ambiente algo muy raro, difícil de definirse. Lo único que me quedaba claro, era que en absoluto los participantes en el evento parecían curas o monjas. Entre ellos se llamaban “compañeros” y “compañeras”, aunque fueran sacerdotes o religiosas. Casi todos vestían y se comportaban como *hippies*, luciendo

algún atuendo indígena y utilizando un lenguaje propio de las vecindades; no se cansaban de fumar y a cada rato repetían las palabras “cultura”, “ecología”, y “proyectos”, refiriéndose por supuesto a iniciativas financiadas por el extranjero. En todo el ambiente no se notaba nada de propiamente cristiano, ni una oración inicial (según ellos, no se necesita orar, puesto que todo es oración) ni referencia alguna a los valores propios de nuestra fe.

Sinceramente me sentí como un pez fuera de agua; nunca me había imaginado ver algo semejante entre gente muy metida en la Iglesia. Así que pronto me arrepentí de haber aceptado la invitación del rector del seminario, máxime cuando noté que empezaban a sacar cartones de cerveza y a brindar por esto y aquello. Sencillamente me retiré, sin despedirme de nadie.

Tuvieron que pasar algunas semanas para que pudiera reponerme del enorme impacto que me había causado aquella triste experiencia. Me preguntaba: “¿Es posible que en la Iglesia se den cosas de este tipo, sin que nadie se dé por enterado? ¿Qué nos está pasando? ¡Y después nos quejamos si muchos dejan nuestra Iglesia, en busca de aire más puros!” En realidad, entre los “despistados” que habían acudido al encuentro, no había solamente simples curitas de la sierra, fácilmente expuestos a todo tipo de desgaste y por lo mismo muy afectos a la crítica y la protesta, sino también superiores y maestros de seminarios, titulados en las mejores universidades europeas.

En el intento de aclarar aunque fuera mínimamente mis ideas, fui a ver al cura de la parroquia vecina, que, según lo que me habían dicho, estaba muy comprometido con el mundo indígena. La conversación que tuve con él, me ayudó bastante para ver las cosas con más calma. En realidad, ya estaba por caer en una tremenda depresión.

—¿Qué pasó contigo, mi querido amigo? —Fue su primer comentario a mis quejas— ¿Con tan poco te das por vencido? ¿Qué tal, si me hubieras acompañado a la sierra conviviendo algunos años con ese tipo de gente? Estoy seguro de que te

hubiera dado un infarto al solo ver cómo por allá se están llevando las cosas.

Y me explicó que lo único que saben hacer esos amigos de la Teología India es vivir a expensa de los indígenas (y vivir bien, con sus buenas camionetas y a veces con sus buenas vacaciones), pidiendo continuamente dinero al extranjero para realizar proyectos de tipo social, como si la Iglesia fuera una organización no gubernamental cualquiera. A nivel religioso, aparte de tratar de revivir algún rito, supuestamente utilizado por los antiguos indígenas, todo su trabajo pastoral se reduce a un simple “acompañamiento” (una palabra mágica para ellos), que consiste esencialmente en la administración rutinaria de los sacramentos, sin ningún tipo de preparación y compromiso cristiano, y la participación en sus fiestas religiosas, bailando y tomando como cualquiera.

—¿Y la evangelización? —me atreví a preguntarle.

—¿Cuál evangelización? Según ellos, los indígenas no necesitan ninguna evangelización de parte de nosotros, puesto que su manera de entender a Dios y relacionarse con Él es sin duda superior a la nuestra. Al contrario, según ellos, nosotros tendríamos que ser evangelizados por los indígenas.

—¿En qué sentido?

—En ningún sentido. Se trata de pura palabrería y nada más, una manera fácil de no hacer nada y sentirse abiertos y progresistas. Fíjate que en sus comunidades ya desapareció la confesión; todos pueden comulgar, aunque estén borrachos y no sepan nada de lo que representa la Eucaristía. Parece que esos amigos de la así llamada Teología India, último engendro de la Teología de la Liberación, lo que buscan es acabar con la Iglesia Católica. Y todo esto en nombre de la cultura, como si la cultura fuera una divinidad, a la que se tiene que someter todo. Hasta que ...

—¿Hasta qué? —me apresuré a preguntar.

—Hasta que no llegan los de la competencia y todo el sistema se empieza a tambalear. Fíjate que en alguna parroquia los de la competencia ya son mayoría y no dejan

de acusar a sus antiguos pastores de irresponsabilidad y flojera, al haberlos dejado languidecer espiritualmente, sin ningún apoyo de su parte.

–Estando así las cosas, ¿qué podemos hacer para que a nuestros hermanos indígenas no se les cierre el camino del Evangelio, evitando que sigan siendo asfixiados espiritualmente por los seguidores de la Teología India?

–Buena pregunta –me contestó mi antiguo condiscípulo a manera de conclusión. Yo mismo muchas veces me he puesto la misma pregunta, sin encontrar respuesta alguna. En realidad, esos amigos aparentan ser muy liberales, pero en la práctica son verdadero dominadores, considerándose dueños de su gente y no permitiendo que alguien entre en sus territorios. A menos que no surja una seria dificultad entre ellos y la gente o no haya un cambio masivo de religión. Lo que ya está sucediendo en muchos lugares. En este caso, para no asistir impotentes al derrumbe de sus sueños hegemónicos, lo que hacen es agarrar sus chivas y de una vez desaparecer de la circulación. Solamente entonces otros tienen la posibilidad de meter pié en sus territorios, fuertemente custodiados.

Ahora bien, ante esta situación, me pregunto: "¿Es absolutamente necesario llegar a estos extremos para que la Palabra de Dios pueda llegar libremente también a nuestros hermanos indígenas, sin tantas trabas de parte de los que tendrían la obligación de educarlos en la fe auténtica? Ante un abuso tan evidente de parte de sus pastores, ¿no habría alguna manera de intervenir para garantizar también a los indígenas el derecho a conocer la Palabra de Dios?"

Una inquietud que quiero transmitir a todos ustedes, mis amables lectores.

COMENTARIOS

Gracias a Dios, los partidarios de la Teología India son cada día menos y por lo visto pronto se van a quedar sin trabajo, puesto que su gente no deja de abandonarlos continuamente en busca de algo más auténtico. De todos modos, es importante que toda la comunidad eclesial vaya

tomando conciencia acerca del enorme daño que esos amigos están causando al pueblo de Dios, alejándolo de las fuentes de la salvación, como son la Palabra de Dios y la Eucaristía, celebrada y vivida correctamente.

Posiblemente se trata de un intento de venganza de parte de los seguidores de la Teología de la Liberación, por no haber sido apoyados en su tiempo en orden a la realización de su proyecto político de tipo marxista. De ahí su enorme parecido con los gobiernos totalitarios, que se caracterizan por la manipulación, la imposición y la represión, lo que ha favorecido el éxodo silencioso de su gente hacia otras propuestas religiosas.

En el caso concreto de la cultura, ¿resulta tan difícil entender que ésta representa un simple medio para transmitir adecuadamente el Evangelio? ¿Qué es eso de querer someter el Evangelio a la cultura? ¿Acaso la cultura no es el reflejo de la naturaleza humana, profundamente afectada por el pecado? ¿Por qué, entonces, tanta resistencia, al mismo interior de la Iglesia, ante los cuestionamientos y las propuestas del Evangelio?

PREGUNTAS

1. ¿Has tenido alguna experiencia parecida a la que se relata en esta historia? Cuéntala: _____

2. ¿Cómo ves la relación entre la cultura y el Evangelio?

3. Según tu opinión, ¿qué mecanismos se tendrían que adoptar en la Iglesia para evitar ciertos abusos o desviaciones en el campo doctrinal o disciplinario, como se desprende del caso relatado anteriormente? _____

9. MISIONES DE SEMANA SANTA –Cada quien a lo suyo–

Se acercaba la semana santa y, como siempre, había una enorme efervescencia entre los jóvenes por apuntarse en algún grupo destinado a pasar los días santos en la sierra, entre los más pobres y abandonados de la región.

–¿Para qué? –le pregunté al padre encargado de la organización, que me acababa de invitar a encabezar uno de esos grupos.

–Para repartir ropa y comida entre los más necesitados – fue su respuesta.

Entonces decidí aclarar de una vez las cosas con el encargado de organizar esos eventos, un viejo lobo de mar, acostumbrado a revolverlo todo, con tal de salirse siempre con la suya. Y salieron a relucir ideas totalmente descabelladas, al margen del dato revelado, como si la promoción humana fuera el eje fundamental de la misión de la Iglesia.

–¿Qué hizo Jesús? –insistía–. Sanó a los enfermos, dio de comer a los hambrientos, luchó contra los explotadores; en fin, vino a establecer el Reino de Dios, que consiste esencialmente en un mundo de paz, solidaridad y hermandad entre todos.

De ahí su gran preocupación por recolectar ropa y víveres para distribuirlos entre los más pobres y necesitados de la región. Y concluyó:

–En el fondo, en esto va a consistir algún día el juicio final, en averiguar si hemos optado o no por los pobres y necesitados (Mt 25, 31-46).

Le pregunté cómo era posible llegar a un tal desprendimiento, sin una previa conversión. Además, le objeté que la opción preferencial en favor de los pobres ni reflejaba adecuadamente el quehacer de Jesús ni agotaba el dato revelado ni era lo fundamental del mensaje evangélico. Ante este cuestionamiento, el padre encargado de las misiones de semana santa pareció perder los estribos (una de sus mañas para salirse siempre con la suya):

–Palabras, palabras – rebatió–. Yo hago lo que hizo Jesús y ya. Ustedes sigan con sus razonamientos huecos y vamos a ver hasta dónde van a parar.

–¿Usted hizo lo que hizo Jesús? – le contesté–. A ver: ¿cuáles fueron las instrucciones, que Jesús dio a los apóstoles (Mt 10, 5-15) y a los setenta y dos discípulos (Lc 10, 3-12), cuando los entrenó para la misión? ¿Acaso les dijo que llevaran comida y ropa para ayudar a los pobres? Por otro lado, ¿en qué consiste la misión, siempre según el dato bíblico? ¿Acaso no consiste en anunciar el Evangelio (Mc 16, 15)?

Como era de esperarse, en lugar de contestar a mis preguntas, se salió con el cuento de siempre: no se puede anunciar el Evangelio a uno que tiene el estómago vacío. Tuve que aclararle que, teniendo en cuenta la experiencia de las primeras comunidades cristianas, el Evangelio es para todos y, de una manera especial, para los que menos tienen y menos valen a los ojos del mundo (Lc 4, 18 y 1Cor 1, 28).

Otra vez fingió enojarse, con el fin de escabullirse, sin dejar nada en claro:

–Así que, según usted, no hay que ayudar a los pobres.

–Claro que hay que ayudar a los pobres en la medida de lo posible. El problema está en evitar la confusión entre una ONG (Organización No Gubernamental) y la Iglesia, la promoción humana y la evangelización, el apoyo material y la predicación del Evangelio, el promotor social y el misionero. En nuestro caso concreto, que bueno que haya alguien que se encargue de llevar a los pobres alguna ayuda material. Lo importante es que haya también alguien que se encargue de llevarles la Palabra de Dios. Y no vaya a

pasar lo que actualmente está pasando en muchos lugares, que se preocupen solamente por lo material, olvidándose de lo espiritual, sin importar si uno es creyente o no, a tal grado que alguien se considere misionero, sin fe ni práctica cristiana alguna.

Aparte de esto, lo invité a reflexionar seriamente sobre lo que hicieron los apóstoles cuando se vieron agobiados por las tareas asistenciales. Sencillamente delegaron a otros estas tareas, para dedicarse exclusivamente a lo propio de su ministerio, es decir a la “predicación y la oración” (Hech 6, 4). Y concluí:

–Esto es precisamente lo que tendría que hacer usted, en lugar de dedicarse a tantas cosas, que no tienen nada que ver con el ministerio sacerdotal, como son el asunto de los pobres y de los inmigrantes. Para eso, podría haber laicos posiblemente más preparados y más disponibles que usted. ¿Acaso para usted no sería suficiente dedicarse enteramente al cuidado pastoral de su inmensa parroquia?

Al mismo tiempo le aclaré que de mi parte estaría dispuesto a encabezar un grupo de misioneros, a condición que se dedicaran antes que nada a llevar la Palabra de Dios a los pobres de la sierra. Ante este cuestionamiento y esta propuesta, como era su costumbre, el padre encargado de las misiones de semana santa y de los inmigrantes, me dejó plantado y se alejó sumamente enojado. Después supe que las misiones de semana santa y la pastoral de los inmigrantes eran patrocinadas por una institución extranjera, con presupuesto y todo, algo de lo cual solamente él y unos cuantos amigos de la curia episcopal estaban enterados.

PREGUNTAS

1. *En tu parroquia, ¿hay gente que sale de misión durante la semana santa? ¿Qué hacen en concreto?* _____

2. *¿Qué sugieres para mejorar la misión de semana santa?* _____

10. VIVIR DE HERENCIA

–Vocación suicida–

Un día se me presenta un joven totalmente decepcionado de la manera de llevarse las cosas en su parroquia:

–Mi señor cura no se cansa de repetir: “Que se haga la voluntad de Dios”. Para todo, se sale siempre con lo mismo: “Que se haga la voluntad de Dios”. Y en la parroquia todo va de mal en peor: menos gente acude a la misa dominical y las sectas avanzan cada día más. Parece que nosotros católicos nos encontramos ya en caída libre. Y para colmo de males, el señor cura (según él, para cubrir los enormes gastos de la parroquia) no deja de apretarnos cada día más con aranceles siempre más elevados. Pues bien, al hacerle notar lo absurdo de la situación, se sale siempre con lo mismo: “Que se haga la voluntad de Dios. Todo depende de él. Si quiere que avancen las sectas, avanzarán y, si quiere que se paren, se pararán. En fin de cuentas, es Dios que lo hace todo. Es él que salva a quien quiere, como quiere y cuando quiere. Nosotros no somos nada más que simples instrumentos en sus manos”. Y con esos argumentos, según él altamente teológicos, nos deja cada día más confundidos y desanimados. ¿Qué podemos hacer ante esta situación?

Evidentemente no es la primera vez que se me presentan casos parecidos, en que se pretende resolver cualquier problema, descargando en Dios toda responsabilidad. ¿Alguien muere atropellado por un conductor borracho? “Así lo quiso Dios”. ¿Ya es poca gente que acude a la misa? Los niños y muchachos del catecismo, una vez recibido el sacramento, ¿ya dejan de frecuentar la Iglesia? No pasa nada. No hay que buscar ninguna causa. Así son las cosas. Dios sabe lo que hace.

Siempre Dios y todo Dios: una manera fácil de escabullirse de los problemas y dar la impresión de ser muy espirituales. Teniendo siempre a Dios en los labios y preocupados esencialmente de ver la manera concreta de conseguir el pan de cada día. De hecho, ¿qué pasa cuando las cosas empeoran y ya escasean las entradas? Sencillamente se pide un cambio de parroquia, en busca de gente que siga solicitando misas y sacramentos. En otras palabras, se busca la mesa ya servida. La pregunta es: “¿Qué pasará cuando ya no habrá gente que siga pidiendo sacramentos y misas a cambio de un estipendio?”

Al externar al joven estas reflexiones, el joven se manifiesta totalmente de acuerdo.

—De hecho —comenta—, el señor cura ya nos amenazó con transferir a otro lugar la sede parroquial, si siguen bajando las intenciones de misas.

—¿Ya viste? Ni modo. Así están las cosas entre nosotros. Estamos acostumbrados a vivir de herencia. Mientras los demás tienen que sudar (Gén 3, 19) para sembrar y cosechar, nosotros queremos cosechar donde sembraron otros. La pregunta es: “¿Hasta cuándo durará la fiesta?” Gracias a Dios, que, en un panorama tan sombrío, ya aparecen signos esperanzadores. De hecho, ya hay gente que aprendió a sembrar para cosechar. Son el futuro de la Iglesia. Así que no todo está perdido, mi querido amigo. Si no quieres perder tiempo, busca donde sea a esos sembradores, júntate con ellos y ponte a trabajar.

—¿Y el señor cura?

—Que se haga la voluntad de Dios.

PREGUNTAS

1. *Teniendo en cuenta lo anterior, ¿cómo ves la situación de tu parroquia?* _____

2. *¿Cuáles son los signos esperanzadores?* _____

11. VÍCTIMAS DE LA FE

... malentendida. Como si, mediante la fe, uno pudiera mandar a Dios. Claro que, para los que se sirven de la fe como medio para favorecer sus intereses personales, es fácil decir: “Reclama a Dios lo que te pertenece por la fe”, exigiéndole el milagro. Para ellos, lo que importa es impactar a los ingenuos y conseguir siempre más seguidores, y con eso asegurar más entradas económicas. ¿Y qué tal, si después el milagro no llega? Empiezan las recriminaciones contra Dios: un camino muy peligroso, que puede llevar a la depresión y de la depresión a la pérdida de la misma fe. Es lo que les ha pasado en distintas ocasiones a quienes pretendían mandar a Dios, sirviéndose de la fuerza de la fe, y a la mera hora no se les hizo. Veamos.

Conocí a un doctor, fiel colaborador de un sacerdote totalmente entregado a las cosas de Dios. Era su ayudante en el ministerio de sanación. Oraba con él y con él se la pasaba gran parte del día, siempre metido en las cosas de Dios. Pues bien, un día dicho doctor se enfermó gravemente:

–Sin duda, en esto el diablo tiene mucho que ver – pensaron los dos–. Seguramente se trata de una de sus tretas para asustarnos y obligarnos a dejar nuestro ministerio, que sin duda le está causando grandes daños.

Alguien les habló de análisis clínicos y tratamiento especializado. Nada.

–Van a ver cómo Dios va a intervenir en todo eso –era siempre su respuesta–. Si es necesario, hará el milagro. De otra manera, ¿dónde está la fe, de la que hacemos tanto alarde? Verán que todo se va a resolver por la fe.

Pero las cosas empeoraron hasta que el doctor se murió. En la autopsia resultó que tenía cáncer. Entonces uno se pregunta: “¿Cómo es que suceden esas cosas con gente muy

entregada a Dios?” La respuesta es muy sencilla: “Esa gente, muy entregada a Dios, no tiene ideas correctas acerca del poder de la fe. Según ellos, por la fe uno puede conseguir todo lo que quiere, sin tener en cuenta la voluntad de Dios.” Sin duda, un absurdo. Con las consecuencias que conocemos.

En otra ocasión, el líder de un movimiento católico muy conocido se enfermó gravemente. En lugar de acudir pronto al médico, se refugió en la oración, de acuerdo con la enseñanza que siempre había impartido a sus seguidores. Estaba tan seguro de que se iba a recuperar pronto, por milagro, un milagro conseguido por el poder de la fe, que se adelantó a los hechos, dando testimonio de su completa recuperación en un encuentro multitudinario de oración por los enfermos, en que se dieron muchas sanaciones milagrosas.

¿Y qué pasó? Que el día siguiente se encontraba peor que antes. Vergüenza, escándalo y confusión general. Ni modo. No había entendido cómo son las cosas de Dios. Por fin acudió al médico. Demasiado tarde. Murió poco después, entre dolores atroces, siempre soñando en una pronta intervención de parte de Dios, intervención que nunca llegó.

Otro caso peor. Una católica practicante tuvo un descalabro económico. Haciendo caso a la propaganda televisiva de una secta, experta en embaucar a la gente, se fue con ella, convencida de que, entregándole lo poco que le quedaba de su negocio, pronto iba a retomar vuelo. Lo que le sucedió puntualmente.

El problema vino después, cuando su hijo único se enfermó de cáncer y ella, para salvarlo de una muerte segura, repitió lo de antes, firmemente convencida en una pronta intervención de Dios como respuesta a su petición, hecha con fe y avalada por la paulatina entrega de sus bienes a los dirigentes de la organización religiosa. Pero, ¿qué pasó? Que se acabaron todos sus bienes y su hijo se murió. Al preguntar la causa a los jefes de la secta, su respuesta fue muy sencilla: “Te faltó fe”. Ante tanto cinismo, la señora por fin descubrió la trampa y se sumió en una profunda depresión, hasta perder totalmente su fe en Dios.

Conclusión: la fe no es un medio para sujetar a Dios a los propios caprichos. Todo lo contrario: ayuda al creyente a confiar totalmente en el amor y la misericordia de Dios. Por lo tanto, cuando alguien se dirige a Dios y con fe le pide algún favor, lo hace siempre anteponiendo la voluntad de Dios a su deseo, convencido de que sin duda Dios le tiene preparado lo que más le convenga para conseguir la verdadera felicidad. Pedir a Dios lo que uno considere útil para su bien espiritual y material, sí; exigirlo, nunca; siempre anteponiendo el cumplimiento de voluntad de Dios a la propia voluntad.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece todo esto?* _____

2. *Comenta alguna experiencia al respecto.* _____

12. FORMADOR DE LÍDERES

–O entrenador de esclavos–

Todo depende de cómo se entiende el papel de la autoridad: como servicio o como poder. Y para eso el carácter juega un papel fundamental: un carácter bien forjado a la luz de un ideal o un carácter dejado a la deriva, manejado solamente por el instinto del momento. Como en el caso de Luis y Ángel.

Dos primos, tan amigos y tan diferentes. Los llamaban “los amigotes”, siempre unidos, cuando las circunstancias se lo permitían, a tal grado que los compañeros y los mismos superiores del seminario empezaron a sospechar algo turbio entre los dos, algo que nunca se pudo comprobar. Los acusaban de “amistad particular”, un eufemismo para decir “homosexualidad”.

Pero en realidad, no había nada de todo eso. Sencillamente se trataba de una manera muy peculiar de relacionarse entre los dos, por ser primos y haberse frecuentado desde la infancia. Una infancia muy diferente en los dos casos, por ser Luis el benjamín de la familia, apapachado por todos, y Ángel, la oveja negra, marginado por todos por su manera de ser, siempre a la defensiva, sospechando de todo y de todos.

El problema empezó cuando los dos, una vez ordenados sacerdotes, fueron enviados a trabajar en la periferia de la ciudad en dos parroquias contiguas. Al principio, los dos siguieron visitándose el uno al otro, comunicándose sus experiencias y apoyándose mutuamente. Pero pronto salieron a relucir las diferencias entre los dos y su relación poco a poco se fue enfriando, hasta desaparecer por completo. Cuando alguien a cualquiera de los dos le

preguntaba el porqué de un cambio tan radical, la respuesta era siempre la misma:

–No me gusta su manera de llevarse con la gente.

En concreto, Luis (el padre Luis) confiaba en todos y a todos les ofrecía la oportunidad de desarrollarse según la capacidad de cada uno y el tipo de servicio que estaba dispuesto a prestar a la comunidad. Por eso, en poco tiempo ya contaba con un gran número de agentes de pastoral, que poco a poco se iban formando con el apoyo de sus mismos compañeros más adelantados. Prácticamente, el que sabía más, enseñaba al que sabía menos, aparte evidentemente de las clases oficiales, que impartía el mismo padre Luis o algún amigo suyo, especializado en tal o cual materia. Y con eso, cualquiera se sentía impulsado a volverse agente de pastoral.

Ya contaba con algunos candidatos al diaconado permanente, que lo ayudaban de una manera especial en el cuidado pastoral de los enfermos y los presos; una vez ordenados, se iban a encargar cada uno de un sector de la parroquia con su respectiva capilla, de la dirección de la catequesis, la pastoral juvenil y un montón de otras actividades. Saltaba a la vista el hecho que, con la llegada del padre Luis, la parroquia se había vuelto en un hervidero de ideas e iniciativas y cada uno de los agentes de pastoral se sentía realmente satisfecho y responsable del servicio que estaba prestando a la comunidad.

Mientras la parroquia del padre Ángel languidecía con la rutina de siempre, sin grandes sobresaltos ni perspectivas para el futuro, con la diferencia que, con su llegada se notaba más formalidad en todo el quehacer parroquial, especialmente en el aspecto litúrgico y en el trato que los feligreses tenían hacia él y los que ostentaban algún cargo especial en la comunidad, como por ejemplo la distribución de la Eucaristía o la preparación para los sacramentos; no se dejaba nada a la improvisación y la espontaneidad; todo estaba bien planeado y ensayado hasta en los más mínimos detalles, de manera que los agentes de pastoral, bajo el cuidado del padre Ángel, se habían vuelto en verdaderos autómatas sin ideas ni personalidad propia.

De todos modos, según él, todo marchaba bien, de acuerdo con las normas establecidas por la Iglesia. Por eso no dejaba de criticar la manera muy poco ortodoxa de llevarse las cosas en la parroquia vecina. Lo mismo que hacía el padre Luis, criticando sistemáticamente la manera de proceder de su antiguo amigo, que solía definir como “el entrenador de esclavos”.

Así las cosas, hasta que un acontecimiento llegó a perturbar profundamente el frágil equilibrio, que aún existía entre los dos viejos amigos, volviéndolos enemigos irreconciliables: el padre Luis fue nombrado vicario de pastoral con la encomienda de dinamizar el apostolado de los laicos en toda la diócesis, haciéndolo más ágil y efectivo.

Era lo que siempre había esperado el padre Luis, que, ni tardo ni perezoso, de inmediato se dio a la tarea de organizar talleres de superación personal y liderazgo, exhortando a todos los párrocos a preocuparse por la formación de sus agentes de pastoral, enviándolos a sus cursos, bien consciente de lo que esta iniciativa iba a representar para su viejo amigo. Lo peor del caso fue que pronto algunos de los mejores elementos del padre Ángel, sin su consentimiento, empezaron a frecuentar los cursos del padre Luis, volviéndose en sus fans incondicionales, decididos a romper definitivamente con el sistema impuesto por su párroco.

Fue tanto el enojo del padre Ángel contra esos inconformes que se descontroló por completo, hasta volverse irreconocible, gritando y amenazando a todos con la excomunión en caso de desobediencia. No había homilía, sin que hablara de rebeldía, excomunión y perdición eterna, fastidiando a todo mundo, con el resultado de desalentar siempre más a los pocos seguidores que aún le quedaban, orillándolos a desparramarse cada día más por las parroquias vecinas.

Las cosas empeoraron a tal grado que la noticia llegó a oídos del obispo, que se vio obligado a tomar cartas en el asunto antes que pasaran a mayores, causando un gran escándalo en toda la diócesis. Qué bueno que se trataba

de un obispo muy conocedor de las humanas flaquezas y extremadamente comprensivo hacia todos, pero de una manera especial hacia los curas, que quería más que a las niñas de sus ojos. Él tomó tanto a pecho la situación que, mediante encuentros semanales con el padre Ángel (se decía que el obispo contaba con una maestría en psicología), no sólo logró hacerle tomar conciencia de sus traumas y complejos (lo que los superiores del seminario nunca habían logrado durante tantos años), sino que lo convenció a someterse a una larga terapia hasta que no volviera a la antigua amistad con el padre Luis.

Naturalmente todo esto causó un fuerte impacto en la comunidad diocesana, que desde entonces, ante la evidencia de los hechos, empezó a entender y experimentar el papel insustituible del obispo como principal factor de unidad entre todos, pero de una manera especial entre los presbíteros, sus primeros colaboradores, tan expuestos a todo tipo de autoritarismo y arbitrariedades.

PREGUNTAS

1. Si lo conoces, relata algún caso parecido a éste.

2. ¿Con qué tipo de cura te gustaría trabajar: un cura parecido al padre Luis u otro parecido al padre Ángel? ¿Por qué? _____

3. ¿Cuál tiene que ser el papel del obispo? _____

13. ACREDITADO POR DIOS

–Una manera diferente de ser y actuar–

El padre Santos no llevaba ni alzacuello ni cruz ni nada que lo distinguiera de los demás, pero todos de inmediato se daban cuenta de que se trataba de un sacerdote. Casi siempre llevaba huaraches, excepto cuando arreciaba el frío y ya no podía soportar el dolor de los pies. Solamente entonces usaba zapatos. Casi parecía un pordiosero. A veces, juntamente con la ropa acostumbrada, estrenaba alguna prenda, que representaba el último grito de la moda. Sencillamente usaba lo que le regalaban y necesitaba al momento, sin fijarse si combinaba o no (en su diccionario no existía la palabra combinar).

Por su manera de ser, algunos lo consideraban un santo y otros un aguafiestas o el demonio en persona. Su estilo de vida era pan al pan y vino al vino, sin medir consecuencias. Su fuente de inspiración: la Palabra de Dios. Por eso no faltaba quien lo tildara de fundamentalista e integrista o ignorante y fanático. De hecho, estaba siempre rodeado de gente sencilla, que fácilmente intuía el secreto de una vida tan diferente.

Lástima que no tuve la oportunidad de conocerlo personalmente y lo peor del caso es que fue por mi culpa, por hacerles caso a las malas lenguas, que por desgracia nunca faltan. Solamente después de su muerte, no obstante todas las críticas de sus opositores, quise profundizar el asunto y llegué a conclusiones realmente sorprendentes.

Un día, por casualidad, en una charla de sobremesa me tocó presenciar una airada discusión entre dos colegas

míos, que, según parecía, habían tenido mucho que ver con el padre Santos y por lo tanto estaban bien enterados acerca de su manera de ser y actuar.

—¿Padre Santos?— sentenció con toda seguridad el que parecía ser el abogado del diablo en persona—. Un auténtico ignorante. Fíjese que un día lo fui a ver para discutir con él acerca de una opinión totalmente descabellada, que había vertido en una entrevista que pasaron por radio repetidas veces y que representaba la comidilla de las socias de la Vela Perpetua y los más ignorantes y fanáticos de la comunidad. ¿Y qué pasó? Que lo encontré resolviendo un crucigrama en una revista infantil, gozándose como un niño. Estaba tan metido en el asunto que ni se fijó en mi presencia, hasta que lo dejé solo con sus tonterías y me regresé totalmente molesto y decepcionado por su manera tan grosera de portarse con la gente.

—¿Viste? Tú también caíste en la trampa y te crees tan inteligente. Estoy seguro de que lo hizo a propósito, al verte cómo andabas. No era la primera vez que, en circunstancias parecidas, se portaba de esa manera, para evitar pleitos inútiles dando mal testimonio a la gente.

—Es que el padre Santos era un auténtico ignorante y maleducado. Más de una vez me dejó con la palabra en la boca, sin ni siquiera dignarse de darme una respuesta.

—¿Ignorante el padre Santos? ¿Sabías que el padre Santos contaba con dos licenciaturas, conseguidas en las mejores universidades romanas?

—¿ii!?

—¿Te dijeron qué clase de biblioteca a su deceso encontraron en su casa? ¿Quién se iría a imaginar que el padre Santos estuviera tan familiarizado con los mejores autores de la literatura actual? Acuérdate, mi querido amigo, la cultura no está peleada ni con la humildad ni con la santidad.

Al oír hablar de humildad y santidad, noté mucha sorpresa y disgusto de parte del más aferrado opositor del padre Santos. Por eso de inmediato se levantó con cualquier

pretexto y se fue. Su amigo comentó:

–¡Pobre intelectual frustrado! Se consideraba la divina garza en el ámbito eclesiástico y civil, siendo al mismo tiempo el cronista de la ciudad y el encargado de construir la nueva catedral, aparte impartir algunas clases en el seminario y la universidad. Posiblemente se imaginaba que con eso se iba a volver en el polo de atracción para todos, cuando en la práctica nadie lo pela. Todo lo contrario del padre Santos: extremadamente culto, pero al mismo tiempo sencillo en extremo y siempre entregado a lo suyo, sin enfrascarse en asuntos que no tienen nada que ver con su misión.

–¿En qué sentido el padre Santos estaba siempre entregado a lo suyo? –me permití preguntar.

–En el sentido de que siempre estaba metido en su papel de sacerdote, no como mi supuesto amigo que se acaba de despedir, que se siente orgulloso cuando la gente lo confunde con un profesionista cualquiera. De hecho, no se cansa de repetir: “En el templo yo soy sacerdote y fuera soy un hombre cualquiera”. Y con esas ideas chuecas, ¡hasta aspira a ser nombrado obispo!

Puesto que contaba con bastante tiempo a disposición, aproveché para preguntar algo más acerca de la figura del padre Santos, del que tanto se hablaba.

–Nada especial –fue su respuesta–. Hacía todo lo posible por confundirse con la gente, en el mercado, por la calle, en el templo, en las reuniones del clero y en las asambleas diocesanas. Pero de inmediato la gente lo distinguía, se le acercaba y le pedía alguna oración para resolver tal o cual problema. A veces sencillamente le pedían su bendición. Y todos, al solo tener algún contacto con él, experimentaban algo especial en su vida, como una respuesta del cielo a sus necesidades. No faltaba gente que aseguraba haber quedado sanada con solo recibir su bendición. Hasta la fecha mucha gente asegura haber resuelto algún problema con solo besar la tumba del padre Santos o pedir su intercesión. Fanatismo popular, algo sicológico, comentan sus detractores. Puede ser; de todos modos, se trata de algo, que no pasa con todos

los curas. A mí sinceramente me gustaría ser como el padre Santos y contar con su misma capacidad de acercarme a la gente y ayudarla a resolver sus problemas.

Lo vi tan emocionado y pensativo que no quise seguir molestando y me despedí sumamente intrigado por la figura del padre Santos. Después de algún tiempo, por fin entendí las cosas, cuando, en una conversación informal, a un amigo, tal vez sin pensarlo, le salió esta expresión: “El padre Santos era un hombre acreditado por Dios”. Pronto mi mente se fue a Jesús, a san Pedro, san Pablo y a tanta gente que a lo largo de la historia fueron “acreditados por Dios”. Y pensé: “¡Qué bonito sería si yo también fuera alguien “acreditado por Dios”!

PREGUNTAS

1. En tu vida ¿has tenido alguna experiencia parecida? Cuéntala. _____

2. Según tu opinión, ¿qué se necesita para que uno sea “acreditado por Dios”? _____

14. ALEJAMIENTO DE LAS ESCRITURAS

–Y coqueteo con la sabiduría humana–

Después del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962–1965), la Iglesia tomó el camino del diálogo no solamente con todo tipo de creencias sino también con la cultura profana y una de las estrategias empleadas fue la de enviar a estudiar en las mejores universidades a los clérigos que consideraba más aptos para esa tarea. ¿Y qué pasó? Que por lo general esos amigos, en lugar de mantener la debida distancia de la cultura profana para estar en condiciones en un segundo momento de dialogar con ella, poco a poco se fueron dejando fascinar por su manera de ver las cosas hasta identificarse completamente con sus valores, perdiendo así el “sabor” del Evangelio.

–Es que, para poder estudiar en la universidad – me confesaba uno de ellos–, es necesario entrar en el mismo corazón de la cultura profana y no limitarse a verla desde afuera como algo extraño. Lo que pasa es que, poco a poco, lo que en un principio representaba una necesidad metodológica, con el pasar del tiempo se volvió en una opción de vida, aceptando completamente los valores y criterios del mundo, que muchas veces no coinciden con los valores y los criterios del Evangelio.

Eso explica la aparición en la Iglesia de ideas y prácticas, otrora totalmente inaceptables, por contradecir abiertamente el sentir cristiano. Veamos solamente algunos aspectos, que representan sencillamente la punta del *iceberg*, representado por una manera de vivir la fe al margen del auténtico sentir cristiano, que se basa esencialmente en la Palabra de Dios y la experiencia de los santos.

–El ecumenismo.

Perfecta la doctrina, como aparece en el documento conciliar “*Unitatis redintegratio*” (restablecimiento de la unidad). ¿Y qué pasó? Que pronto, en nombre de un mal entendido ecumenismo, se eliminó la apologética de los seminarios y se abandonó a su suerte a las masas católicas, con el pretexto de que “en fin de cuentas todo es lo mismo” (irenismo-espíritu mundano). Y muchos sucumbieron, complicando siempre más el asunto de la división entre los discípulos de Cristo.

–La Teología de la Liberación.

El papa Juan XXIII desde antes del Concilio había empezado a manejar el tema de los pobres, hablando de “la Iglesia de los pobres”, una Iglesia en que no hubiera discriminación en contra de los pobres y en que los pobres se encontraran a gusto, respetados en toda su dignidad. ¿Y qué pasó? Que con la Teología de la Liberación se intentó sistematizar el problema de la pobreza a la luz de la doctrina marxista, la doctrina vigente en aquel momento, y todo se echó a perder, adquiriendo en la Iglesia derecho de ciudadanía la violencia, la manipulación y la represión, al estilo de los gobiernos totalitarios, surgidos de la teoría y la práctica marxistas. En nombre de la liberación, se llegó al absurdo de suprimir la libertad (yo te libero, me pertenesces, me tienes que obedecer).

Recuerdo el reclamo que hacían algunos indígenas en un lugar regido por la Teología de la Liberación: “No queremos liberación; queremos libertad”. Actualmente es suficiente ver la situación en que se encuentran los feligreses en aquellos lugares en que los pastores son de la Teología de la Liberación. No hay nada de libertad. Sistema único, al estilo del partido único en los regímenes totalitarios. Nada de Movimientos Apostólicos o Eclesiales; solamente Comunidades Eclesiales de Base, que sean caja de resonancia de la manera de ver las cosas de parte de los de arriba. Asfixia espiritual.

¡Qué bueno que poco a poco muchos pastores están tomando conciencia del abismo en que cayó la fe con la Teología de la Liberación y están haciendo el esfuerzo por liberarse de sus ataduras, abriéndose siempre más al influjo del Espíritu, que es esencialmente libertad!

–Religiosidad Popular.

Nadie niega sus méritos en el pasado. Sin embargo, hoy en día, teniendo en cuenta el contexto plural en que vivimos, la Religiosidad Popular representa un verdadero problema para nosotros católicos, puesto que en muchas ocasiones raya en paganismo puro. De ahí el complejo de inferioridad del pueblo católico ante la arrogancia de los grupos proselitistas, extremadamente críticos hacia la manera de entender y vivir la fe de parte de las masas católicas.

Una pregunta: ¿Acaso no nos dice nada la actitud de los israelitas al ser deportados a Babilonia y tener que vivir en un contexto religioso totalmente diferente? Su preocupación por evitar que el nombre de Dios fuera profanado por los paganos, los llevó a sustituirlo con otro nombre, “Adonay” = el Señor.

Y nosotros, ante el nuevo contexto religioso que se ha ido creando, queremos seguir como si nada, hasta volvernos ridículos a causa de ciertas manifestaciones religiosas que no tienen nada que ver con la fe auténtica (por ejemplo, cierta manera de entender y practicar el culto a las imágenes y celebrar las fiestas religiosas).

–Miedo a la Palabra de Dios.

En lugar de ayudar al católico a familiarizarse con la Biblia, se prefiere darle migajas, utilizando una que otra cita bíblica según el tema que se está tratando. Pretextos: “No van a entender; se pueden confundir”. La mera verdad: no se quiere que el católico se entere del montón de anomalía que existen entre nosotros, comparando nuestra realidad con el texto sagrado.

Entre nosotros ciertamente no faltan expertos en la Palabra de Dios. El problema está en la manera de acercarse al texto sagrado, viéndolo con los ojos del creyente o del científico. Y lamentablemente por lo general nuestros expertos en la materia no toman la Biblia como fuente de inspiración para la vida de fe del creyente, sino como un libro antiguo, importante bajo el aspecto cultural. Siguiendo en esta línea, se llega al absurdo de impartir cursos bíblicos sin Biblia, utilizando algún folleto y nada más.

–Problemas sociales.

Claro que hay problemas sociales. Siempre hubo y siempre habrá. Todo está en ver cómo solucionarlos, a la luz de la Palabra de Dios o de alguna ideología ajena al sentir cristiano. Y desgraciadamente, tenemos que reconocerlo, también en este aspecto hemos fallado. Nos ha faltado un Gandhi o un Martín Luther King. Prevalció la sabiduría humana, cediendo a la tentación de responder a la violencia con la violencia.

Conclusión

Como Iglesia nos encontramos en una grande crisis. Es inútil tratar de ignorarlo. Basta fijarse en las estadísticas. Pues bien, ¿queremos salir de ella? Necesitamos regresar con urgencia al texto sagrado. Menos sabiduría humana y más sabiduría divina. O seguiremos en caída libre.

Tercera Parte

**LOS CAMBIOS
EN LA IGLESIA**

INTRODUCCIÓN

De todos modos, hagamos lo que hagamos, para nosotros católicos, si seguimos con el mismo tipo de organización, resulta imposible avanzar de una manera significativa; hay algo que nos impide dar el paso decisivo: las estructuras pastorales, que son totalmente inadecuadas para las circunstancias actuales, residuos de un mundo que ya pasó. Hoy en día, más que nunca, es necesario recordar la advertencia de Jesús: “Vino nuevo en odres nuevos” (Mt 9, 17).

Recuerdo con cuánto fervor desde mis primeros pasos en el ejercicio del ministerio me avoqué a la ardua tarea de promover el laicado, no solamente para animar cristianamente las realidades temporales, sino también para colaborar con el clero en la evangelización y conducción de las comunidades cristianas. Los éxitos que en este aspecto se han logrado en la Iglesia durante estos últimos decenios ya están a la vista de todos: catequistas mejor formados y celebradores de la Palabra presentes en casi todas las comunidades, hasta en los rincones más apartados de las parroquias, misioneros populares, movimientos apostólicos y asociaciones piadosas, etc.

Pero, en la mayoría de las comunidades cristianas falta algo esencial para que el católico pueda vivir plenamente su fe, algo que solamente los ministros ordenados pueden proporcionar: la celebración eucarística, que representa la fuente y el culmen de la vida cristiana. Por eso, actualmente nuestro catolicismo por lo general es demasiado débil, sea en orden a una auténtica vivencia de la fe sea en orden a su capacidad de resistencia ante un proselitismo religioso tan agresivo, sistemático y capilar.

Por lo tanto, si queremos mirar hacia el futuro con menos preocupación y más confianza, es extremadamente necesario y urgente resolver antes que nada este problema o corremos el riesgo de protestantizar la Iglesia, al separar en la práctica la Eucaristía de las Escrituras y hacer solamente de éstas el alimento normal para la vida espiritual del creyente.

¿Recuerdan lo que dijo Jesús con relación a los pastores de la Iglesia? Que un pastor tenía cien ovejas, se le perdió una y la fue a buscar (Lc 15,4). Pues bien, ¿cómo esto va a ser posible hoy en día entre nosotros, si un pastor, en lugar de tener bajo su cuidado a cien, tiene a 10 - 20 o 30 mil ovejas? Una locura. ¿Y por qué se da esto? No es porque entre nosotros no haya gente capaz y deseosa de acceder al ministerio ordenado, sino por la sencilla razón que a lo largo de la historia se establecieron tantos y tales requisitos que ahora para muchos resulta demasiado arriesgado pensar seriamente en esta posibilidad.

De ahí la gran escasez entre nosotros de presbíteros y al mismo tiempo la gran facilidad con que esos pocos faltan a sus compromisos, causando en toda la comunidad un enorme escándalo. Ante esta realidad, me pregunto: ¿Por qué no regresamos a la praxis apostólica y de las primeras generaciones cristianas, avalada por las Escrituras?

¿O de plano preferimos asistir impasibles al lento e inexorable colapso de nuestras comunidades cristianas, con tal de quedar fieles a una tradición que por lo visto con el tiempo perdió su razón de ser? (Mc 7,8). Tú ¿cómo la ves?

1. EL CAMINO DE LA EUTANASIA

–La peor opción–

Me encontraba de paso en una casa sacerdotal, una especie de posada para curas. Después de cenar, en lugar de dispersarnos como de costumbre para salir a pasear un rato en el parque de la pequeña ciudad o entretenernos en charlas de sobremesa, nos quedamos todos bien pegados a la televisión para asistir al debate entre los candidatos a la presidencia de la república.

Lo que más me llamó la atención sea en el debate que en los sucesivos comentarios de los periodistas fue el uso abundante de los números, las estadísticas y las comparaciones entre los distintos programas. Una mínima falla en alguno de estos aspectos de inmediato era aprovechada para descalificar al candidato que la había cometido.

Entonces, empecé a reflexionar:

–¿Por qué no hacemos lo mismo nosotros, dejando a un lado el discurso abstracto y empezando a fijarnos en lo concreto? ¿Por qué seguimos dando tanta importancia a los títulos y a los honores, descuidando casi por completo la práctica pastoral fijándonos en los resultados concretos? Por eso estamos como estamos.

–Es que los tiempos cambiaron –es el pretexto de siempre–. Ahora la gente se volvió religiosamente más fría e indiferente.

–Más fría e indiferente –es mi respuesta– hasta que no llega la competencia y entonces la gente se vuelve caliente, activa y entusiasta. Por algo será.

–Es que ellos reciben dinero del extranjero –otro pretexto.

—¿Acaso no pasa lo mismo con nosotros? ¿Acaso también nosotros no recibimos ayuda del extranjero? La pregunta es: ¿en qué la invertimos? En puras construcciones u obras sociales, poco o nada en la evangelización, como podrían ser programas de radio y televisión o apoyo económico a los laicos apostólicamente más comprometidos.

Tengo la impresión de que mentalmente nosotros vivimos aún en el pasado, cuando toda la población era católica y la gente acudía a la Iglesia por inercia. Ahora que las cosas cambiaron, ya no sabemos qué hacer, si pedir la intervención del gobierno para que detenga a los supuestos invasores o de una vez aliarnos con ellos a expensa de los más débiles, el camino que en la práctica escogieron muchos de nuestros pastores con el pretexto del ecumenismo.

Lo único que no se quiere entre nosotros, es hacer un buen diagnóstico de la realidad eclesial, aportar los ajustes necesarios a nuestro sistema pastoral y decidirnos a evangelizar seriamente, con metas y estrategias bien planeadas, avaladas por números y estadísticas precisas, con miras a revertir la tendencia actual, formando a verdaderos discípulos de Cristo, lo que, automáticamente, tendría como consecuencia un alto a la sangría constante de los católicos que continuamente se dejan absorber por los grupos proselitistas por su misma debilidad interna y el abandono en que se encuentran.

—Ni modo —me hacía notar en cierta ocasión un viejo amigo, que comparte muchas de mis inquietudes—. Escogimos el camino de la eutanasia y ahí están las consecuencias. ¿De qué nos quejamos ahora, si la competencia al contrario escogió el camino del empuje y el riesgo, alcanzando los resultados que todos ahora podemos fácilmente apreciar?

Ante un panorama tan desolador, alguien podría preguntar: ¿Entonces entre nosotros todo está perdido? No. Está el Espíritu Santo que nunca abandonó a su Iglesia y que hoy está manifestando su presencia entre nosotros de una manera especial mediante la acción de los Movimientos Apostólicos y los Movimientos Eclesiales, que están dando

la grande batalla de la evangelización y representan la esperanza de la Iglesia del mañana.

Por eso, no faltan pastores que, imbuidos de religiosidad popular, tienen dificultad en aceptarlos. Estando con ellos, como que se asfixian. Es que no están acostumbrados a los aires puros del Evangelio y quisieran que todo mundo se moviera entre estatuas, procesiones y novenas, como expresión de auténtica fe católica. No se dan cuenta de que muchas cosas están cambiando también en el panorama religioso, lo que exige de nosotros prontitud de reacción para hacer frente a tiempo a la nueva problemática que se nos está presentando.

Un punto de reflexión para todos, más allá de todo discurso elevado y políticamente correcto.

PREGUNTAS

1. ¿Qué te parece la pasividad del mundo católico ante la agresividad de los grupos proselitistas? _____

2. Según tu opinión, de seguir así ¿adónde vamos a parar? _____

3. ¿Qué sugieres para superar esta situación? _____

2. LA APOLOGÉTICA

–Y después, ¿qué?–

Nunca había entendido la razón por la cual el padre Oscar manifestaba un rechazo visceral hacia la apologética y en concreto hacia mi persona y mi método de trabajo. Nunca me atacaba directamente; simplemente me daba la vuelta cada vez que nos cruzábamos por el mismo camino.

Estando así las cosas, me extrañé cuando supe que en la catequesis muchos agentes de pastoral de su parroquia usaban tranquilamente los textos preparados por un servidor. Mi pregunta era: “¿Por qué el padre Oscar se porta de una manera tan rara? Por un lado parece ser mi peor enemigo, hasta dar la impresión de no quererme ver ni en pintura, y por el otro permite que sus agentes de pastoral usen, sin ninguna dificultad de parte suya, mi material de catequesis”.

Por fin tuve la oportunidad de aclarar las cosas. Fue un día en que lo vi más accesible, con ocasión de un retiro espiritual, dirigido por el mismo obispo, acerca de la caridad pastoral, que tendría que animar a todo auténtico pastor de almas, a imitación del pastor supremo, que llegó a dar la vida por las ovejas. Lo noté tan emocionado, que no me resultó difícil abordarlo directamente y preguntarle el motivo de una actitud tan contradictoria hacia mi persona y mi actividad. Su respuesta me dejó perplejo:

–¿Quién se cree usted? ¿Acaso fue usted que inventó la apologética? Para que sepa: un servidor manejó la apologética desde antes que usted naciera.

–Si es así –objeté–, ¿cómo es que no la sigue utilizando ahora? Al contrario, parece que la rechace por completo. Muy bien podríamos unirnos los dos para trabajar juntos

en la línea apologética y así garantizar un éxito mucho más grande en la defensa de la fe católica. ¿Acaso no se da cuenta del grande daño que nos están causando los grupos proselitistas, negando y atacando nuestras verdades fundamentales? De hecho, ya hay muchos pueblos en que la presencia católica se volvió casi insignificante o desapareció por completo.

Noté que el padre Oscar, a medida que un servidor iba explicando cómo estaban las cosas, se iba poniendo siempre más nervioso, manifestando un total escepticismo acerca de mi manera de proceder. Me interrumpió, preguntándome en tono sarcástico:

–Y después, ¿qué?

Notando que un servidor no comprendía el sentido de su pregunta, volvió a repetirla:

–Y después, ¿qué? Después que usted haya logrado convencer a tantos católicos a quedarse en la Iglesia, ¿qué va a pasar? ¿Les podrá garantizar una adecuada atención pastoral? ¿O va a pasar lo mismo que pasó en mi antigua parroquia?

–¿Qué pasó? – le pregunté.

–Que, una vez que llegó el nuevo párroco, toda mi labor de años se echó a perder. Sencillamente dejó de visitar sistemáticamente las comunidades hasta dejarlas en completo abandono. De ahí mi duda: ¿para qué ayudar a los católicos a quedarse en la Iglesia, si, antes que nada, no les garantizamos una adecuada atención pastoral? En lugar de luchar para que las ovejas no se salgan del redil, aunque se mueran de sed, ¿no sería mucho mejor dejar que por mientras se abreen en otros arroyos?

Y concluyó enfáticamente:

–Mi querido amigo, como ve, el asunto es más complicado de lo que usted se imagina. Si queremos que la Iglesia no se hunda, antes que nada tenemos que luchar para que, en la mayor brevedad posible, se realicen los ajustes necesarios de manera tal que esté en grado de atender debidamente a todos sus hijos. Después viene todo lo demás.

Fue cuando empecé a ver las cosas bajo una nueva perspectiva y, sin dejar de trabajar en la línea apologética, me decidí a luchar con todas mis fuerzas y no obstante todas las dificultades, para que se vaya perfilando un nuevo modelo de Iglesia, en que todos los católicos sean debidamente atendidos y no queden enormes vacíos pastorales, como está sucediendo actualmente, dejando a una gran cantidad de católicos completamente abandonados.

PREGUNTAS

1. ¿Cómo ves el planteamiento del padre Oscar y mi manera de enfrentar el problema del abandono pastoral de las masas católicas? _____

2. Según tu experiencia, en los encuentros de pastoral ¿se maneja esta problemática? Si no se maneja, según tu opinión ¿cuál es la razón? _____

3. Tú ¿qué puedes hacer al respecto? _____

3. CANDIL DE LA CALLE Y OSCURIDAD DE SU CASA –Cuando se usa una receta equivocada–

Un día se me presentó en busca de ayuda el padre Pablo, muy triste y deprimido. Al sólo verlo, me dio una grande lástima. El famoso conferencista, tan renombrado en los ambientes culturales de la región, parecía un niño totalmente desprotegido y confundido después de un regaño innmerecido.

–¿Qué le hice de malo – no se cansaba de repetir con profunda amargura–, yo que siempre traté de hacer lo mejor para él? Desde su niñez lo orienté hacia el seminario, lo ayudé con las colegiaturas, lo aconsejé acerca de la manera de llevarse con la gente... y ahora ¿me sale con esto? ¡Ingrato!

Le pregunté acerca de la persona en cuestión y el motivo de la queja.

–Estoy hablando de mi sobrino, Carlos, el seminarista que pertenece a su parroquia y que usted bien conoce.

–Muy bien. A ver: ¿qué le hizo de malo? Por lo que me consta, se trata de un muchacho muy sano y comprometido. Durante las vacaciones, nunca falta a la misa diaria y no se pierde ninguna oportunidad para realizar todo tipo de apostolado. Fíjese que se mete hasta en los mercados para hablar de Dios y “pescar”, como él mismo suele decir.

–Ahí está el detalle. Se mete en todo con tal de “conquistar almas para Cristo”, una actitud totalmente preconiliar, propia de los grupos proselitistas, que por desgracia proliferan por todos lados. Y con eso pretende ganar la estima y el cariño de todos. Mire nomás hasta

qué punto ha llegado su perfidia, que, con su manera de actuar, aparentemente muy devota y apostólica, ha logrado desplazarme totalmente del mismo corazón de mis seres queridos, acaparando para sí la simpatía de todos y metiendo en mi contra hasta a mis propios padres. ¿Sabe cómo me dicen ahora mis padres y hermanos? “Candil de la calle y oscuridad de la casa”. Mire qué me toca soportar ahora, después de tantos años de intenso trabajo apostólico y merecidos logros. Y todo esto, gracias al influjo maléfico, que Carlos está ejerciendo en contra de mí. Se aprovecha de todo para hacer resaltar su supuesto celo “por la salvación de las almas”, cargado de fanatismo e intolerancia, en contraposición a mi manera de evangelizar, más bien abierta y centrada esencialmente en la cultura, el respeto hacia todos y la tolerancia.

Al desconocer las razones reales del profundo disenso entre Carlos y el padre Pablo, me limité a escuchar y nada más. Al mismo tiempo, fue surgiendo en mí un cierto gusanito por averiguar cómo realmente estaban las cosas. De hecho, apenas me resultó posible, hablé con el papá de Carlos, hermano del padre Pablo, preguntando acerca de la conducta de su hijo y su relación con el padre Pablo.

–Por lo que se refiere a la conducta de Carlos –fue su respuesta–, no tengo ninguna queja, puesto que sigue como siempre, bien aferrado a su vocación y aprovechándose de todo para hablar de Dios a cualquiera que se le cruce por su camino.

–Entonces, ¿a qué se debe el profundo disenso entre Carlos y el padre Pablo? –insistí.

–Quién sabe. Posiblemente se debe a una antigua costumbre del padre Pablo de buscar para todo un chivo expiatorio. Lo conozco desde niño. Nunca quiere admitir sus errores.

Con eso, más aumentó en mí la curiosidad por descubrir las razones reales de un disenso tan profundo entre el tío y el sobrino. Lo que no me resultó tan difícil, puesto que el padre Pablo era muy conocido en el ambiente y contaba con una página web en Internet. Así que, hablando con algunos

amigos comunes y consultando la página del Internet, pronto pude llegar a la conclusión de que el padre Pablo representaba el típico cura moderno, muy experto en el uso de la lengua y el arte de la pluma y muy al pendiente de la moda del momento y los gustos de la gente. De ahí sus tan cacareados éxitos como escritor y conferencista. En pocas palabras, el padre Pablo encajaba perfectamente bien en la categoría de los falsos profetas, que se dedican a decir a la gente lo que la gente quiere escuchar, con la peculiaridad de que a un cierto momento tuvo la desdicha de caer en sus propias redes.

De hecho, contrariamente a la manera de actuar de Carlos, no quería que ni se le mencionara el nombre de la apologética, que consideraba como la máxima expresión del espíritu oscurantista del pasado. En sus escritos y conferencias, solía repetir: “Cada uno es libre de profesar el credo que más le agrade o no profesar ningún credo. Fíjense en los globos: una vez sueltos, todos van hacia arriba. Así pasará un día con nuestras almas: una vez sueltas de los lazos del cuerpo, todas irán derechitas hacia el mismo Dios, sin importar si hayan profesado o no un determinado credo religioso. Aquel día lo único que les valdrá, será el amor; será precisamente acerca de la ley del amor que todos seremos juzgados en el día del juicio”. Y con eso, por todos lados cosechaba aplausos.

Por lo tanto, consecuente con esa manera de pensar, nunca se preocupó por educar a nadie en la fe, ni a los miembros de su propia familia, formados a la antigua, con puras devociones populares. Una sola vez, que se le ocurrió impartirles alguna orientación en campo bíblico, urgido por el ejemplo de Carlos, tuvo que desistir pronto por haberse enfrascado con el problema de los géneros literarios y el origen del hombre, sin saber cómo zafarse y dejando a todos mareados, peor que antes. Desde entonces, no se cansó de tildar a todos de ignorantes e incapaces de adentrarse en el amplio mundo de la cultura, sea religiosa que profana.

Cuando algún hermano o el mismo papá le pedían alguna orientación acerca de algún ataque de parte de los

grupos proselitistas, se salía siempre con la misma respuesta: “Hagan como quieran. A mí no me gusta pelear con nadie: si quieren seguir católicos, sigan; si prefieren cambiarse de religión, háganlo igualmente. Para mí es lo mismo”. Y así poco a poco todos sus familiares se fueron cambiando de religión hasta quedarse solo, con las consecuencias que cada uno se puede fácilmente imaginar. Últimamente su papá ya le dio a entender que o se pasa con ellos (cambiándose de religión) o mejor se salga de la casa. No se cansa de repetirle: “A nosotros no nos está permitido vivir con un pagano”.

—Por eso, ahora que se siente perdido —me confesó Carlos con tristeza— no sabe a quién echarle la culpa de su fracaso y me anda acusando a mí de cosas puramente imaginarias. Según él, yo logré fanatizar tanto a la gente acerca de la importancia de la Biblia que ahora ni sus mismos familiares le dan crédito, acusándolo de haberles ocultado por tanto tiempo un tesoro tanpreciado como es la Biblia. Me pregunto: ¿qué culpa tengo yo, si siempre me ha gustado utilizar la Biblia, sea en mi vida personal que en mi apostolado, empezando desde mi hogar? Claro que por esa razón ahora todos me aprecian mucho y nadie se atreve a contradecirme con la Biblia en la mano. Mientras con el padre Pablo pasa todo lo contrario. A cualquiera le gusta fastidiarlo con las preguntas de siempre sobre las imágenes, el bautismo de los niños y tantas otras tonterías, sabiendo que sistemáticamente, en lugar de contestar utilizando la Biblia, el padre Pablo sigue saliéndose con el cuento de siempre de que “lo que vale no es la religión, sino el amor”. Claro que, haciendo esto, queda siempre en el más completo ridículo y da cabida a que todos se burlen de él.

Ni modo. Así es el padre Pablo: terco peor que una mula. No obstante el evidente fracaso de sus teorías pastorales, no se da por vencido. No quiere reconocer de haberse equivocado de receta. En realidad, cuando más urgía utilizar los recursos de la apologética, para fortalecer la fe de sus mismos familiares ante la agresividad de los grupos proselitistas, se dejó llevar por la moda del momento, hasta quedarse con las manos vacías. Y ahora, ante un

fracaso tan evidente, sigue con lo mismo, no reconociendo su error y tratando de echarles la culpa a otros. Ojalá que un día pueda recapacitar y reconquistar el aprecio y cariño de sus mismos papás, hermanos y amigos, cambiando de receta y reconociendo el papel fundamental de la Biblia y la apologética en la vida del católico, para madurar en la fe y sentirse seguro ante los ataques de los grupos proselitistas. Mejor tarde que nunca.

COMENTARIOS

El caso apenas relatado es emblemático. ¡Cuántos sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos han asistido impotentes ante el cambio de religión de parte de sus mismos parientes y amigos, sin saber qué hacer, hasta quedarse solos en la Iglesia que los vio nacer y a la que entregaron toda su vida! Y sin embargo, siguen con su terquedad, considerando fuera de moda la apologética. ¡Como si para nosotros fuera importante seguir los dictados de la moda!

Y después, con tal de no reconocer su fracaso, tratan justificarse afirmando que la religión no tiene importancia en orden a la salvación; que Cristo no fundó ninguna Iglesia; que lo que vale es el Reino de Dios o que basta quedarse en el tren que lleva hacia Dios y por lo tanto el cambio de religión puede ser visto como un simple cambio de vagón.

Lo que pasa es que, para tapar un hoyo, esos amigos tranquilamente escarban otro en una sucesión sin fin. Herejía tras herejía. Y pensar que se trata de sacerdotes y maestros de seminario, que tendrían la misión de enseñar la verdad. ¡Hasta qué punto puede llegar la terquedad en el campo de la fe!

PREGUNTAS

1. ¿Te has enterado de algún caso parecido? Preséntalo:

2. Según tu opinión, ¿a qué se debe el hecho que muchos rechazan la apologética, propio en el momento en que más se necesita, puesto que hoy más que nunca los grupos proselitistas están haciendo todo lo posible por conquistar a los católicos indefensos? _____

4. EL CELIBATO OBLIGATORIO

–Un compromiso difícil de vivirse–

Cuando tenía que acudir a las reuniones de decanato, normalmente lo hacía por deber y nada más. En realidad, nunca se trataban problemas serios. Siempre se hablaba de asuntos marginales y con extrema superficialidad, “tanto para tapar el ojo al macho” como se suele decir.

Pero aquella vez se iba a tratar de una situación muy rara, o única: un cura de nuestro mismo decanato, que desde hacía algún tiempo había dejado el ministerio, acababa de regresar a su parroquia, con mujer e hijos, como si nada. Hasta se decía que lo había hecho por expresa voluntad del obispo. Evidentemente, todos nos estábamos muriendo de curiosidad por saber cómo realmente estaban las cosas, puesto que el cura en cuestión iba a estar presente en la reunión.

–Efectivamente –fue su respuesta– el obispo insistió en que yo regresara a mi parroquia, que desde hacía más de un año había quedado completamente abandonada, por las razones que ustedes bien conocen (completo aislamiento por falta de carretera, luz, agua y teléfono). Pues bien, resulta que en distintas ocasiones representantes de la comunidad habían solicitado al obispo que se les enviara alguien que los atendiera. ¿Alguien? ¿Quién, más que un servidor? En realidad, nadie quería tomar mi lugar por tratarse de una parroquia demasiado complicada. Así que el obispo me mandó a llamar y me suplicó para que regresara a mi antigua parroquia, bien conociendo mi situación personal. “O regresas a tu antigua parroquia o toda esa gente se queda completamente abandonada”, fue el argumento definitivo. Así que, ante una situación tan grave, tuve que aceptar y

regresé a mi antigua parroquia, como si no hubiera pasado nada. No les digo la fiesta que me hicieron a mi regreso.

Evidentemente el hecho nos alegró a todos. Hubo porras y brindis en su honor. No hubo preguntas ni mayores explicaciones ante un acontecimiento tan inusual. Lo que me pareció muy raro. Solamente alcancé a escuchar la palabra “payasada”, pronunciada en tono sarcástico por uno de los presentes, que se encontraba a mis espaldas. Siendo nuevo en la región, sencillamente me callé, reservándome para después la posibilidad de alguna aclaración acerca del asunto.

Y la oportunidad pronto se me presentó. Al terminar el encuentro, el cura en cuestión me pidió un pasaje para la cabecera diocesana, donde iba a realizar alguna diligencia. Acepté con gusto y aproveché para pedirle que me ampliara la información que había dado en el encuentro.

—¿Qué le puedo decir? —me contestó con cierta pena. Usted bien sabe cómo son estas cosas. Todo empezó bien: muchas ganas de llegar a la santidad, entusiasmo por el ideal sacerdotal y un gran deseo de servir al pueblo, especialmente a los más pobres y necesitados. Fue precisamente esta buena disposición de mi parte que impulsó al obispo a enviarme a la parroquia más difícil de la diócesis.

—¿Y qué tal con el asunto del celibato? —le pregunté— Usted ¿estaba consciente del compromiso que asumía al acceder a las órdenes sagradas?

—Claro que sí. De hecho, en distintas ocasiones había comentado con mi director espiritual todo lo relativo a este compromiso y siempre su opinión había sido favorable: según él, un servidor tenía madera para ser un buen sacerdote, teniendo en cuenta también el compromiso del celibato.

—¿Cómo es, entonces, que llegó tan lejos?

—Poco a poco, sin darme cuenta, llegué a lo irreparable. ¿Las causas? Esencialmente dos: la soledad y la gran cantidad de tentaciones, que normalmente asechan a un consagrado. No sé qué pasa, pero es un hecho que un consagrado atrae mucho más que cualquier otra persona. Con la agravante

que, al mismo tiempo, falta alguien que lo ayude a “espantar las moscas”. Fíjese qué incongruencia: primero uno se forma entre mucha gente y en un ambiente sumamente protegido y después es aventado a vivir en otro totalmente diferente y en completa soledad. Aparte está la misma dificultad para vivir el celibato: para eso, una cosa es luchar contando con el relativo don del celibato y otra cosa es luchar, impulsado solamente por la fuerza del compromiso. En realidad, existe una enorme diferencia entre un “don” y un “compromiso”. Claro, para usted el asunto es muy diferente, puesto que vive en una comunidad.

–De todos modos, nadie lo obligó a comprometerse a ser célibe por toda la vida.

–Claro que nadie me obligó. Sin embargo, por lo menos en mi caso, la necesidad que tiene la gente de ser atendida espiritualmente, ejerció sobre mí una presión tal que me armé de valor y me aventé, no obstante todos los temores que me agobiaban a causa de mi debilidad natural y el desconocimiento de la realidad concreta, en que iba a desempeñar mi futuro ministerio. Le aseguro, padre, que todo esto a veces representa un verdadero martirio para uno que soñó volar en las alturas y se encuentra arrastrando en el lodo, con tal de servir a los hermanos.

Pasaron unos instantes eternos de silencio. Una vez controlada la emoción, continuó:

–¿Se fijó en los demás curas que participaron en la reunión? Pues bien, hay de todo. Algunos desde antes de la ordenación tuvieron una doble vida. Para ellos, el sacerdocio es una profesión como cualquiera, una manera como otra de ganarse la vida. Otros se encuentran como en mi caso; solamente que tienen más capacidad de aguante y no sucumben fácilmente ante la tentación de dejarlo todo por la paz y buscar otro camino más fácil para realizarse como ser humano, como hizo un servidor.

–¿Y el que estaba detrás de mí, que parecía totalmente ausente del encuentro? –pregunté.

–Ciertamente se trata de un caso muy especial. Casi todo el día se la pasa en la cantina del pueblo. Parece su

oficina parroquial. Si alguien lo quiere ver, va a la cantina y allá lo encuentra, casi siempre borracho. Algunos aseguran que es el dueño de la cantina. Evidentemente, como usted mismo habrá notado, tampoco faltan curas que representan la otra cara de la medalla, hasta en el aspecto del celibato. De otra manera, nosotros los curas estaríamos completamente perdidos.

–¿Y los dos anfitriones que nos atendieron? Parecían una parejita perfecta.

–Bueno. Éste es un capítulo aparte.

Mientras tanto, llegamos a la cabecera diocesana y nos separamos. Sin duda, me quedé muy pensativo.

PREGUNTAS

1. *¿Qué aspecto de esta historia te llamó más la atención?* _____

2. *¿En qué sentido esta historia te está ayudando a entender mejor la situación de la Iglesia?* _____

5. AMISTAD E IDONEIDAD

– No hay que confundir una cosa con otra –

Apenas el nuevo obispo tomó posesión de la diócesis, se dio a la difícil tarea de conocer personalmente el territorio con las fuerzas vivas de la Iglesia: presbíteros, religiosas y laicos más comprometidos. Como había aclarado desde un principio, antes de escoger a sus principales colaboradores (vicario general, rector del seminario, vicarios episcopales y secretario canciller) y definir su línea de trabajo, quería conocer personalmente la situación real en que se encontraba su diócesis y con cuales recursos contaba para enfrentar con éxito sus problemas y hacer realidad sus planes de pastoral. Evidentemente, cuando hablaba de recursos, se refería esencialmente a los recursos humanos, es decir a la cantidad y la calidad del personal con que contaba para el cuidado del pueblo de Dios.

Para lograr este objetivo, no pasaba día sin haber visitado por lo menos una parroquia y haber dialogado por lo menos con un presbítero y un dirigente de algún movimiento apostólico, pidiendo informes precisos de todo y solicitando alguna sugerencia acerca de la manera mejor de llevar las cosas en la diócesis. Algunos se aprovechaban de la confianza que inspiraba el nuevo obispo para presentarle el nombre concreto de alguna persona que, según ellos, podría cubrir alguno de los cargos más importantes de la diócesis. Al mismo tiempo trataban de no perderse ningún detalle en su manera de comportarse, con miras a descubrir algún tipo de simpatía o preferencia hacia tal o cual posible candidato.

Y no faltaban al respecto los comentarios entre los amigos de confianza:

–Sin duda, fulano será el próximo vicario general. ¿Te fijaste cómo lo trató durante la asamblea diocesana?

–Puede ser. De todos modos, yo estoy seguro de que será el actual canciller o el párroco de la catedral. Me han dicho que se llevan muy bien entre ellos y, desde su llegada, todos los lunes se van de paseo juntos.

–Claro. Son antiguos amigos de infancia y además estudiaron juntos en Roma.

Así que, para los entendidos, ya todo estaba claro: entre el canciller y el párroco de la catedral se iban a jugar la pelota, quedando uno como vicario general y el otro como rector del seminario. Se trataba solamente de esperar el momento del destape. Mientras tanto, las acciones de las dos estrellas subían siempre más. Todos se disputaban sus favores y no faltó alguien que, en público y en privado, empezaba a darles el título de “monseñor”. Y lo peor del caso fue que los mismos interesados se la creyeron y cada día se iban inflando siempre más.

Hasta que llegó el día del destape y todos quedaron decepcionados: ni el uno ni el otro salieron entre los afortunados. “¿Por qué?”, se preguntaban todos, entre el asombro general.

–Porque una cosa es la amistad y otra cosa es la idoneidad para un determinado cargo –contestó el obispo, cuando alguien se atrevió a preguntarle en base a qué criterio había hecho la elección. Y continuó: –Cuando quiero tomarme un día de descanso, me junto con mis amigos; al contrario, cuando tengo que asignar a alguien un cargo de cierta importancia, antes que nada me fijo en su idoneidad. Y, sinceramente, los dos presbíteros que acabo de elegir para los principales cargos de la diócesis, a mí me parecen los más idóneos, aunque su elección no satisfaga todos los gustos.

Pronto la respuesta del obispo pasó de boca en boca y todos quedaron profundamente admirados por su sabiduría y rectitud.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece esta historia?* _____

2. *En tu ambiente (parroquia, municipio, escuela, etc.), por lo general, ¿en base a qué criterio se distribuyen los cargos de mayor importancia: el criterio de la idoneidad o de la amistad?* _____

3. *¿Conoces algunos casos en que se distribuyen los cargos con el criterio de la complicidad?*

Sí No

Si la respuesta es positiva, presenta un caso concreto.

6. BIBLIA SÍ; BIBLIA NO

–Una guerra... santa–

Recuerdo cuando, en plena asamblea diocesana, el padre Onofre leyó un artículo mío acerca de la importancia de la Biblia en todo el quehacer eclesial. Se le veía totalmente diferente del padre que estábamos acostumbrados a tratar, muy amable, atento y comprensivo en extremo. En aquella ocasión, al contrario, parecía completamente fuera de sí, histérico y violento. A cada rato interrumpía su lectura para hacer algún comentario:

–¡Miren qué tontería: la Biblia hasta en la misa!

–¡Manicomio!

–¡He aquí al nuevo Lutero!

Con eso pensaba acabarme de una vez. Y yo, tranquilo como nunca, feliz por la grande oportunidad que por fin se me presentaba de dar respuesta a las principales objeciones, que se me hacían en contra de mi manera de ver el papel de la Biblia en la vida de cada católico y de la Iglesia en general, o aclarar de una vez los posibles malentendidos, que se pudieran dar en los ambientes eclesiales más reaccionarios. Se veía claramente como muchos de los presentes, por el hecho de ser generalmente gente de buena fe, acostumbrada a decir siempre “sí” al sacerdote, se estaban quedando completamente confundidos ante los argumentos del padre Onofre, un sacerdote muy apreciado y querido por todos a causa de su vida integérrima y su palabra franca e incisiva.

Éste, al notar que un servidor se quedaba impasible ante sus cuestionamientos, se fastidió aún más y encaró la dosis, invistiéndome directamente:

–A ver, usted que sabe mucho, conteste: “¿Cómo es posible que la gente lea en su Biblia lo mismo que está

leyendo el sacerdote cuando proclama el Evangelio? ¿No se da cuenta de que lo que uno está leyendo en su Biblia es diferente de lo que al mismo tiempo está leyendo el sacerdote?

–Bueno –le contesté–, son diferentes las palabras, pero el sentido es el mismo; en realidad se trata de diferentes traducciones de los originales que se encuentran en hebreo o en griego. Además, se lleva la Biblia a la misa, no tanto para leer lo mismo que está leyendo el sacerdote o el lector, sino para acostumbrarse a usarla siempre y tratar de profundizarla, teniendo en cuenta las explicaciones que da el sacerdote en la homilía.

A este momento, una gran cantidad de laicos aplaudió mi intervención y algunos se levantaron para dar su testimonio:

–Yo estoy completamente de acuerdo con el padre Amatulli. De hecho, acudo siempre a su misa. Me gusta mucho cuando el padre invita a la gente a decir qué versículo le gustó más y porqué. En distintas ocasiones yo he intervenido y he expresado lo que siento. Así le pongo más atención a la homilía, que se hace más entretenida, y entiendo mejor el texto bíblico.

–Lo mismo me pasa a mí. Yo casi no puedo leer, pero me gusta oír lo que dice la gente y la manera cómo el padre aclara las cosas. A veces voy a la misa de los niños y me gusta muchísimo ver cómo intervienen al momento de la homilía. Cuando el padre pregunta alguna cosa, muchos quieren contestar y levantan la mano. Es un gusto ver cómo los niños se sienten orgullosos de ir a misa con su Biblia en la mano y son muy listos para buscar los textos bíblicos. Al contrario de nosotros, que de Biblia no entendemos nada, porque antes se prohibía la lectura de la Biblia. Por lo menos, así me dijeron.

–Ni modo. Eran otros tiempos. Pero ahora las cosas cambiaron. Por favor, padre Onofre, póngase al día y déjenos seguir con nuestra Biblia en la mano, en la Misa y en todo lugar.

Un grupo de sacerdotes, al ver por dónde se inclinaba el asunto, empezó a dar muestras evidentes de insatisfacción. El padre Onofre retomó la palabra:

–¿Cuántas veces les voy a repetir que el uso de la Biblia en la misa es antilitúrgico?

–¿Y el uso de las hojitas y los misales mensuales?
–preguntó otro feligrés, fastidiado por la cerrazón y testarudez del padre Onofre. Éste, al verse derrotado, dio por terminada su intervención tachando a todos de ignorantes y presumidos.

Muchos protestaron; otros se quedaron más confundidos que nunca; algunos se me acercaron en señal de apoyo. Por fin el encargado de coordinar el encuentro, tomó la palabra, tratando de mediar entre las dos posiciones extremas.

–Sin duda –afirmó–, el influjo de la Biblia en la cosmovisión cristiana es determinante. De todos modos, no hay que ser extremistas como pretenden algunos. No hay que ser fundamentalistas, integristas o radicales. Como dice un refrán, “virtus in medio” = la virtud está en el justo medio. ¿Qué es eso de “Biblia para todos y Biblia para todo”? No hay que exagerar. De hecho, para que uno pueda comprender la realidad y situarse en ella, aparte de la Biblia están la filosofía, la teología y la cultura de la gente. Según mi experiencia, si alguien sabe manejar oportunamente la filosofía y la teología, respetando siempre la cultura de cada pueblo, puede ser un óptimo pastor de almas, evitando todos los escollos que se presentan para una correcta interpretación del texto sagrado.

Hubo un montón de protestas, mientras un grupo nutrido de presbíteros no se cansaba de aplaudir. Alguien se abrió paso hasta el frente, arrancó el micrófono de las manos del moderador y lo interpelló:

–¿Y los santos? ¿Cómo ve usted a los santos? ¿Qué le dice a usted la vida de San Francisco de Asís, de Santa Teresita del Niño Jesús y San Pio? ¿Acaso no fueron radicales en el seguimiento de Cristo? Ultimadamente, usted ¿qué pretende de nosotros? ¿Que nos quedemos burros como

siempre, metidos hasta el cuello en la religiosidad popular, para seguir explotándonos como siempre han hecho?

–Y los santos padres de la Iglesia –intervino otro laico más preparado– ¿de dónde sacaban su enseñanza? ¿Acaso no la sacaban directamente de la Biblia?

Las protestas fueron tantas que por poco se armaba un zafarrancho. Qué bueno que a tiempo llegó el obispo y todo regresó a una aparente normalidad. Al terminar el encuentro, alguien comentó:

–Ésta será la guerra de mañana al interior de la misma Iglesia: la Biblia como adorno o pretexto para justificar cualquier cosa o la Biblia como ley suprema y fuente de inspiración para toda la vida de la Iglesia.

Al salir del recinto de la Casa de la Iglesia, donde normalmente se realizan las asambleas diocesana, no se hablaba que de la Biblia y su papel dentro de la Iglesia. Sin duda, una nueva etapa estaba empezando en la vida de la diócesis.

COMENTARIOS

Alguien no logra entender el porqué de tanta resistencia de parte de muchos clérigos en contra del uso indiscriminado de la Biblia en todo el quehacer eclesial. Según mi opinión, la razón es muy sencilla: hasta que la Biblia no se vuelva en la ley suprema en todos los asuntos de la fe y la vida de la Iglesia, el señor cura seguirá siendo el árbitro supremo en todo, manipulando las cosas a su antojo; una vez que la masa católica tenga acceso a la Palabra de Dios, se acaba la fiesta; cualquiera puede decir: esto está mal, no se tiene que hacer. Con la Palabra de Dios en la mano, el feligrés se vuelve adulto y ya no puede ser tratado como niño.

Otra razón: por lo general el clero maneja conceptos abstractos acerca de la Biblia, a manera de introducción para entender correctamente el texto sagrado (géneros literarios, hermenéutica, época, etc.), mientras el pueblo maneja directamente el texto sagrado, fijándose en

los detalles. Por esta razón, en un encuentro directo entre los dos, el pueblo sale ganando, al saber manejar oportunamente los textos que se refieren a tal o cual tema específico (imágenes, cruz, bautismo, eucaristía, etc.). De ahí, cierto complejo de parte del clero cuando se trata de tener un diálogo con alguien (católico o no) sobre asuntos que tienen que ver directamente con la Biblia. Normalmente trata de escabullirse, apelando al principio de autoridad o utilizando argumentos de tipo filosófico, teológico o psicológico.

Me pregunto: ¿Qué estamos esperando para que también los seminaristas, los sacerdotes y las religiosas hagan de la Biblia su libro de cabecera, amado y escrudiñado en todos sus detalles?

PREGUNTAS

1. ¿Cuándo fue tu primer encuentro con la Biblia? ¿Qué experimentaste? _____

2. ¿Qué te parece el principio: “Biblia para todos y Biblia para todo”? _____

3. Según tu experiencia, ¿cuál es la actitud del clero, la vida consagrada y el laicado comprometido hacia el uso de la Biblia en todo el quehacer de cada creyente y de toda la Iglesia en general? ¿Es la misma o hay alguna diferencia notable entre una categoría y otra? Aclara este aspecto. ____

7. SI YO FUERA PAPA

–A propósito de la visita a México de Benedicto XVI–

Mucha gente, muchas porras, el papa sonrió: una verdadera fiesta popular. No faltaron los mariachis. Todo mundo pegado al televisor, viendo al papa y escuchando los comentarios que hacían los magos de la comunicación, atentos a los mínimos detalles en las palabras y los gestos del ilustre visitante: una sonrisa, una lágrima, un beso o un abrazo al niño inocente, a la anciana abandonada o al enfermo desahuciado.

Todos comentaban: “El papa, siempre formal y austero, fíjense como en esta ocasión rompió el protocolo, dejándose llevar por la espontaneidad, la devoción y el afecto del pueblo mexicano. Literalmente se dejó conquistar; se dejó querer, asombrado.” Tal vez por primera vez en su vida Benedicto XVI tuvo que enfrentarse al protagonismo de un pueblo creyente, siempre imprevisible. Y se dejó sorprender por su hechizo.

Todos contentos, todos felices, todos sonrientes. Menos yo, el aguafiestas de siempre. Ya sabía que, teniendo en cuenta la doble investidura del papa como Jefe de Estado (el simbólico Estado del Vaticano) y al mismo tiempo como Jefe de la Iglesia Católica, las cosas no podían ser de otra manera. Lo malo es que, estando así las cosas, el mensaje que la visita papal deja a la sociedad en general y a la Iglesia Católica en especial, queda confuso, totalmente sumergido en los moldes propios de la religiosidad popular, hecha de sentimiento y entusiasmos pasajeros, sin el aliento, el fervor y el empuje que emanan directamente del Evangelio

y forman al verdadero discípulo de Cristo, llamado a ser “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5, 13-14).

Al externar estas reflexiones ante gente de confianza, un amigo me pregunta:

–Y usted, ¿qué haría en este caso?

–Si yo fuera papa –le contesto sin titubear–, dividiría mi programa en dos partes: una parte para la sociedad en general y otra reservada exclusivamente para la Iglesia, reunida en un sínodo nacional, convocado a propósito para tomar las decisiones más trascendentales en orden a definir y poner en marcha todos los mecanismos necesarios para hacer realidad la Misión Continental, el grande sueño del catolicismo latinoamericano, el único que le puede garantizar salir airoso de una de las más difíciles encrucijadas de su historia.

–Y después –sigue el cuestionamiento– ¿qué haría a nivel masivo?

–¿Qué haría? Entre otras cosas, me dirigiría directamente a los narcotraficantes con todos sus cómplices (autoridades corruptas, militares vendidos y curas traidores), conminándoles con súplicas y lagrimas a desistir de su mala conducta, so pena de ser excluidos de la comunidad cristiana y tener que enfrentarse un día al juicio de Dios en total desamparo, corriendo el riesgo de una condenación eterna.

–¿Y qué tal con el asunto de la así llamada Santa Muerte, tan ligado al fenómeno del narcotráfico?

–Sería inexorable con relación a este tema, exigiendo a todos los católicos presentes una renuncia formal e inmediata a este tipo de creencias y otras parecidas (Niño Fidencio, Jesús Malverde, brujería, reencarnación, etc.).

Mientras tanto se acerca alguien que de por sí nunca ha estado de acuerdo con mi manera de ver las cosas. Al enterarse del asunto, comenta:

–Este cuate está loco de remate. No se imagina qué desastre provocaría con su manera de actuar. Seguramente, en lugar de flores, le aventarían piedras.

–Ni modo –le contesta otro de los presentes–. Es la suerte de los profetas.

COMENTARIOS

Lo que más me preocupa en este tipo de eventos, es su influjo mediático en el imaginario colectivo no solamente de los católicos del montón sino también del laicado comprometido, el clero y la vida consagrada, como si en esto consistiera la esencia del catolicismo, precisamente en el esfuerzo por tratar de llevarse bien con todos, a costa de ocultar, camuflar o manipular el mensaje evangélico, utilizando todo tipo de malabarismos intelectuales.

En este caso, el mismo Jesucristo hubiera sido el más grande fracasado de la historia por no haber sabido situarse en la sociedad de su tiempo, como había sucedido antes con los profetas y después con los apóstoles y los mártires.

De ahí para cada ministro de la Iglesia la tentación de repetir en su ámbito propio lo que se percibió acerca de la visita papal, según el enfoque dado por los medios de comunicación masiva y sus corifeos dentro y fuera de la comunidad eclesial.

Claro que los discursos del papa aclaran muchos aspectos. El problema es: “¿Hasta qué punto los discursos del papa llegan a la mente y el corazón de la gente?”

PREGUNTAS

1. En este caso, ¿qué harías tú si fueras papa? _____

2. ¿Qué haría San Pedro? _____

8. LA RELIGIOSIDAD POPULAR

–Un verdadero enredo–

En el fondo, ¿qué es la religiosidad popular? Una mezcla entre creencias y prácticas ancestrales y conceptos, valores y ritos cristianos, más todo lo que el amplio mercado religioso ofrece continuamente a todo tipo de creyente. Tiene mucho que ver con la brujería, la astrología, la Nueva Era, las religiones orientales, etc. Todo cabe en la religiosidad popular.

¿Qué hacer en este caso? ¿Tratar de eliminarla? ¿Para qué? ¿Para que la gente se quede sin apoyo alguno ante la adversidad, las normales dificultades de la vida o el más allá? En el fondo, la religiosidad popular representa el sentir más profundo de cada ser humano y una muleta más para enfrentar con cierta tranquilidad los problemas de la vida y el mundo de lo sobrenatural. Por lo tanto, hasta que no se sustituya con algo mejor, es preferible dejar las cosas como están.

Lo malo es cuando los responsables de la formación cristiana del pueblo católico viven sin más ni más de la religiosidad popular y se encargan de transmitirla a los demás así como es, sin ninguna preocupación por purificarla y así ayudar al creyente a dar un paso en adelante en su relación con Dios. Y lamentablemente no se trata de casos aislados, sino de una praxis muy generalizada entre nosotros. Tanto que los mismos textos de teología y los catecismos muchas veces eluden toda la problemática relacionada con la religiosidad popular (antiguas creencias indígenas, santa muerte, niño Fidencio, limpias, chaneques, espanto, mal de ojo), dejando a cada quien la responsabilidad de enfrentar bajo su propia responsabilidad una problemática demasiado

complicada con el resultado que todos conocemos, de un catolicismo demasiado débil, inseguro y expuesto a sucumbir ante la mínima dificultad, como ampliamente nos está demostrando la presencia entre nosotros del proselitismo religioso, que precisamente por esta situación está haciendo estragos en nuestras filas.

¿Se han preguntado alguna vez porqué la Misión Continental aún no logra despegar? Porque nuestra gente, incluyendo a los curas, las religiosas y el laicado comprometido, tiene que ver demasiado con la religiosidad popular y por lo tanto se siente totalmente incapaz de realizar algo tan serio como una verdadera Misión Continental. En realidad, dada la presencia de los grupos proselitistas, ésta necesita la participación de gente conocedora de su fe y practicante. Y es donde los seguidores de la religiosidad popular no la hacen. Por eso todos los intentos por realizar la Misión Continental, contando con la participación de este tipo de católicos, han fallado y seguirán fallando.

¿Hasta cuándo? Hasta que no surja un nuevo tipo de catolicismo con clero, vida consagrada y laicado comprometido, que vengan de los movimientos apostólicos y estén acostumbrados a vivir y manejar debidamente los temas de la conversión y el discipulado. Solamente entonces se darán las condiciones necesarias para poder organizar una verdadera Misión Continental, que logre hacer despertar a las masas católicas en orden a una vida realmente cristiana. Mientras tanto seguiremos con nuestras fiestas, procesiones, estatuas, ritos y devociones particulares, que constituyen lo propio de la religiosidad popular, aparentemente católica pero al mismo tiempo imbuida de elementos que no tienen nada que ver con el auténtico espíritu cristiano.

A veces me pregunto: ¿Qué haría hoy en día el profeta Isaías si volviera entre nosotros? Sus palabras, llenas de fuego sagrado, vuelven a resonar en mi mente y tiemblo:

“Detesto sus solemnidades y fiestas. (...)

**Aunque multipliquen sus plegarias,
no las escucho.**

Sus manos están llenas de sangre”. (Is 1, 14-15)

¡Cuántas veces he oído decir: “Yo me llevo muy bien con todos. Hasta los narcotraficantes me respetan”! Les contesto: “Para ti lo único que vale, es tu interés personal. Lo demás no te importa. No te importa que uno sea catequista o narcotraficante. Si paga, tiene derecho a lo que sea. Y visto que el narcotraficante cuenta con más dinero...”.

Pues bien, en esto consiste precisamente la religiosidad popular: en manejar las cosas de Dios con la mentalidad del mundo, sin fijarse en la profunda contradicción que existe entre la manera de pensar de Dios y la manera de pensar del mundo, la manera de ver las cosas con los ojos de Dios y la manera de verlas con los ojos del mundo. ¿Recuerdan lo que dice al respecto la Palabra de Dios? “Quien ama al mundo, no posee el amor del Padre” (1Jn 2, 15).

Conclusión: es tiempo de poner manos al arado, antes que sea demasiado tarde y nuestras masas católicas, completamente defraudadas, nos den la espalda y opten por otras propuestas religiosas en busca de agua más limpia y aire más puro.

PREGUNTAS

1. *¿Cómo ves a las masas católicas, sumidas en la así llamada Religiosidad Popular?* _____

2. *¿Cómo se siente el católico ante el acoso sistemático de los grupos proselitistas?* _____

3. *Sugiere alguna iniciativa práctica que pueda ayudar al católico a pasar de una fe de tradición a una fe de convicción.* _____

9. NUESTRAS FIESTAS RELIGIOSAS

–Una mezcla entre cristianismo y paganismo–

En aquella ocasión el obispo me sacó de quicio: primero me invitó a participar en la más grande fiesta patronal de la diócesis, con el señuelo de una conferencia magistral delante de diez mil feligreses, y a la mera hora me concedió apenas cinco minutos.

–Es que la gente viene a la fiesta para distraerse y divertirse –fue su explicación–; no viene para escuchar un sermón.

–Tratándose del tema de las sectas –repliqué–, la gente estaba bien atenta.

–Bueno; pero no tenemos que abusar de su paciencia.

Quedé anonadado. Nunca me hubiera imaginado que un obispo me hablara de tal manera. Después vino la misa en el templo parroquial, de por sí muy reducido. Todos desganados; durante la homilía, todos dormidos; la procesión de las ofrendas parecía un desfile de modas, luciendo cada participante un traje regional diferente y llevando en las manos una botella de licor de las mejores marcas. ¿Y la comida? Mejor le paramos. Borrachos por todos lados; hasta los curas perdieron la decencia.

Ante tanta hipocresía, opté por apartarme de la confusión y tomar los alimentos a solas, bajo un árbol, refundido al extremo de la huerta parroquial. Se dieron cuenta algunos viejos amigos de seminario (más viejos que amigos) y me alcanzaron.

–¿Qué te pasa, carnal? –empezó uno de ellos, medio maleado por algunas copas que había ingerido– ¿Por qué te apartas, ahora que viene lo bueno?

Al decir esto, me señaló la llegada de los mariachis. Y empezó el baile. El mismo amigo se fue a meter en la bulla y no lo volví a ver. Los demás, de por sí más recatados, se sentaron cerca de mí sobre una enorme piedra y empezamos a comentar los hechos.

–Ni modo –fue el primer comentario–; así es nuestro pueblo. Si no hay bulla y borrachera, no hay fiesta. Como dice un refrán: “Todos los salmos terminan en gloria”.

–Lo malo es que los mismos curas estén metidos en ella hasta el cuello –me atreví a opinar.

–Claro –añadió otro amigo–. ¿Acaso nosotros curas no formamos parte del mismo pueblo? Muchos de nosotros nascimos en este tipo de religiosidad y hasta la fecha nos alimentamos de ella con misas, procesiones, estatuas, novenarios y todo lo demás. Nos parece imposible pensar en una manera diferente de manejar lo sagrado.

–Y los estudios del seminario ¿para qué sirvieron? –me atreví a insistir.

–Los estudios son una cosa y la vida es otra, mi querido amigo –opinó otro antiguo compañero de seminario–. Para muchos, los estudios con la consiguiente formación seminarística fueron solamente un requisito para alcanzar la meta, sin lograr un influjo real en la propia vida de fe.

Al escuchar estos comentarios, más me deprimí.

–Así son las cosas –siguió el amigo de antes–. ¿No te enteraste del cambio de superiores que el año pasado hubo en el seminario? ¿Quieres saber la razón? Con ocasión del cumpleaños de uno de ellos, casi todos se emborracharon: alumnos, maestros y superiores. Alguien informó del asunto a los de arriba y llegó el cambio. ¿Y qué pasó? Que los nuevos superiores siguieron por la misma ruta. Hace unos días fueron a la fiesta patronal de la parroquia vecina y se empedaron peor que cualquier borracho de la calle. Me lo contó un seminarista de allá.

–Entonces, estamos perdidos –fue mi comentario, lleno de amargura.

–No, no estamos perdidos. Ven; te voy a enseñar algo interesante.

Nos despedimos de los curas que estaban sentados con nosotros sobre la enorme piedra y nos alejamos de la bulla. El amigo sacerdote me llevó a una capilla en las afueras del pueblo. ¿Y qué vi? Algo realmente inesperado: el vicario de la parroquia se encontraba en oración delante del Santísimo, rodeado por un buen número de jóvenes, pertenecientes a distintos movimientos eclesiales y al mismo tiempo aspirantes al seminario.

—Ni modo —nos confesó cándidamente, al darse cuenta de nuestra presencia, después de una abundante media hora de espera—. Aquí está el futuro de la Iglesia. Ya no podemos seguir así. Es urgente pensar en un cambio.

Era la respuesta que esperaba del cielo.

COMENTARIOS

¿Qué te parece esta historia? ¿Se trata de un caso aislado o de algo bastante común entre nosotros? ¿Qué se está haciendo para remediar este tipo de situaciones? Casi nada. El otro día se me presentó un muchacho totalmente decepcionado. ¿La causa? Acababa de participar en una jornada vocacional. ¿Y qué pasó? Que, después de haberse concluido el encuentro, descubrió que los padres encargados del mismo estaban tomando en el cuarto de uno de ellos. Fue el acabo. De inmediato decidió interrumpir su proceso vocacional.

Entre nosotros parece que no puede haber una fiesta, sin la presencia del licor y la bulla, alimentada por la música profana. Bautismo, primera comunión, confirmación, quince años, boda, fiesta patronal... siempre con el licor, el baile y la música pagana. Lo mismo pasa cuando se trata del aniversario de una ordenación sacerdotal u otro acontecimiento eclesial. Por lo menos tiene que haber algún conjunto con música profana. Parece imposible poder celebrar una fiesta religiosa con un estilo totalmente cristiano. Para nuestras masas católicas, incluyendo clero y vida consagrada, “gozar en el Espíritu” parece algo totalmente irreal.

De todos modos, algo hay que hacer a nivel masivo para que se acabe con estas situaciones, especialmente cuando se trata de algún evento relacionado directamente con la parroquia. Es tiempo de acabar con la mala costumbre de aprovecharse de las fiestas patronales para organizar bailes paganos con venta de licores. Máxime cuando se pretende obligar a los catequistas o miembros de los movimientos apostólicos a encargarse de todo esto con la amenaza de ser desconocidos como miembros de la comunidad eclesial, en caso de resistirse.

¿Qué se puede hacer en estos casos? Manifestar claramente el propio disenso y rehusarse rotundamente a volverse cómplices de algo que contradice abiertamente el sentir cristiano y, si se cumplen las amenazas, dirigirse directamente al obispo y pedir su intervención, y si el obispo se hace de oídos sordos, informar a la nunciatura apostólica. Ya no podemos seguir con esos abusos, que desprestigian nuestra Iglesia y son motivo de escándalo para los débiles en la fe.

Gracias a Dios que en este aspecto ya las cosas están empezando a cambiar con la presencia de los movimientos eclesiales. Así que no todo está perdido. Algo ya se está moviendo. Es la levadura que ya está empezando a fermentar la masa. ¿No te gustaría juntarte con esos valientes, que están decididos a dar la gran batalla por crear “un nuevo rostro de Iglesia?”.

PREGUNTAS

1. *¿Cuál es tu experiencia personal al respecto?* _____

2. *¿Cómo ves esta situación?* _____

3. *¿Qué sugieres para cambiarla?* _____

10. ¿SACRAMENTOS PARA TODOS? —¿Y la vida cristiana?—

En una ocasión, encontrándome con el clero de una grande diócesis por motivo de una conferencia, me tocó escuchar cosas realmente increíbles acerca de su manera de administrar los sacramentos, siguiendo estos principios básicos:

1. Todos tienen derecho a recibir los sacramentos.
2. Cada parroquia tiene que contar con un programa de preparación para administrar cualquier sacramento.
3. De todos modos, no se trata de algo obligatorio. El que quiera, puede aprovecharlo.

En conclusión, por lo que entendí, el único requisito obligatorio para recibir un sacramento era el pago de la cuota correspondiente; todo lo demás era optativo. En otro lugar, visto que muchos católicos, por influjo de las sectas, ya no bautizaban a sus hijos, se hizo una campaña de bautismos sin requisito alguno, con tal de que la masa del pueblo siguiera siendo católica por lo menos en apariencia.

Al notar mi extrañeza acerca de esa manera de proceder, un cura me habló de la eficacia de los sacramentos “de por sí” (la doctrina del *ex opere operato*):

—Solamente así se explica la “cristiada” de México, cuando el pueblo católico se levantó en armas en contra del gobierno perseguidor, movido por un auténtico fervor religioso, un pueblo por lo general sin grandes conocimientos teóricos, pero lleno de fe y del amor de Dios, hasta estar dispuesto a sacrificar la propia existencia por su religión. ¿Cómo explica usted todo esto? Esencialmente por los sacramentos del bautismo y la confirmación, recibidos

desde niños, sin preparación previa ni nada. Posiblemente usted no percibe suficientemente el sentido profundo de lo que significa “la fe del carbonero”, como se suele decir, una fe sencilla, sin tantos conocimientos abstractos, una fe sentida profundamente y vivida diariamente, que en todo ve la mano de Dios.

–No niego –fue mi respuesta– que en ciertas circunstancias sea tal vez oportuno proceder de esa manera. Pero ahora no. La competencia nos asecha por todos lados y muchos sucumben, precisamente por carecer de una adecuada formación cristiana. Muchas veces me pregunto: “¿Cómo vería todo esto san Pablo si hoy en día volviera entre nosotros y se topara con tanta gente bautizada, pero sin vida cristiana, que se pasa con toda facilidad del templo católico al templo espiritista o a la montaña donde siguen celebrando antiguos ritos paganos?”

–Es que no hay sacerdotes suficientes.

–Bueno, éste es otro problema que hay que resolver con urgencia, antes que sea demasiado tarde. O nos vamos a pique.

En otra ocasión, otro presbítero, encargado de la pastoral a nivel diocesano, se manifestó más optimista acerca de nuestra realidad eclesial.

–Bueno –fue su comentario–; no hay que ser tan pesimistas acerca de la situación en que nos encontramos actualmente. Todo es cuestión de saber involucrar a los laicos en la formación y conducción de las comunidades. En mi parroquia, por ejemplo, hay más de cien comunidades y todas son atendidas por laicos bien formados y comprometidos.

–Usted habla de cien comunidades –objeté–. Perfecto. ¿Se ha preguntado alguna vez en concreto cuántos son los feligreses que las integran? Una minoría. ¿Y los demás? ¿Y la Eucaristía?

–Claro que cada comunidad cuenta con la Eucaristía. Hay ministros designados para distribuirla a los feligreses.

–Cuando digo Eucaristía, me estoy refiriendo a la celebración eucarística, no al simple hecho de distribuirla durante la celebración de la Palabra.

Dialogando con distintos clérigos acerca de esta problemática, me di cuenta de que a este respecto muy pocos asimilaron debidamente el dato bíblico y teológico, mientras la mayoría se deja guiar por la costumbre: si siempre se ha hecho de esa manera, ¿cuál es el problema? Sigamos por el mismo camino, sea o no correcto. Por otro lado, está la ley de la demanda y la oferta: puesto que los curas, siendo tan pocos, no podemos satisfacer suficientemente la demanda de bienes espirituales que viene de parte de nuestros feligreses, ¿qué hay de malo que dejemos cancha libre a “otros” pastores (las sectas)?

Y así poco a poco el protestantismo sigue conquistando a nuestra gente más abandonada y la misma Iglesia se va protestantizando, tomando como norma la celebración de la Palabra en lugar de la celebración eucarística. Mi pregunta es: “¿Por qué no tratamos de resolver el problema de raíz, revisando todo el asunto del ministerio ordenado, de manera tal que todas las comunidades puedan contar con la celebración eucarística en lugar de la simple celebración de la Palabra y al mismo tiempo podamos atender debidamente a todos nuestros feligreses, evitando el peligro que se dejen absorber por los grupos proselitistas? ¿Por qué no regresamos a la praxis de la Iglesia primitiva?”

PREGUNTAS

1. *¿Cómo ves la costumbre de administrar los sacramentos a todos los católicos, sean o no practicantes?*

2. *Dijo Jesús: “No tiren las cosas santas a los perros, ni arrojes sus perlas a los cerdos” (Mt 7, 6).*

Según tu opinión, esto ¿puede ser aplicado a la costumbre generalizada de administrar los sacramentos con tanta superficialidad? _____

11. LATINOAMÉRICA

– ¿El continente de la esperanza o de la pesadilla? –

Acababa de leer en una revista extranjera un artículo de un antiguo compañero de seminario, ya toda una eminencia en el campo de la comunicación. Para conocer el punto de vista de la Iglesia Católica acerca de tal o cual asunto, bastaba dirigirse a él. Ya se hablaba de él como el próximo vocero oficial del episcopado, sueño dorado de todo buen periodista católico.

El artículo presentaba la situación del catolicismo en América Latina. Todo un panegírico en honor de la jerarquía y el laicado, “totalmente identificados con la problemática del pueblo y profundamente comprometidos con su evangelización”. Se subrayaban de una manera especial los “sensibles avances conseguidos en campo ecuménico y la originalidad de su organización pastoral”, cuyo eje fundamental estaba representado por las “comunidades eclesiales de base”.

¿Y el evidente colapso de las masas católicas? Ni una palabra al respecto. Solamente se aludía al “fenómeno del secularismo”, que, según él, ya había carcomido gran parte del tejido eclesial en el mundo occidental y a pasos agigantados se acercaba al ‘continente de la esperanza’, “amenazando con echar a perder en poco tiempo gran parte de las conquistas realizadas, gracias al esfuerzo generoso de millares y millares de hombres y mujeres, totalmente entregados a la tarea evangelizadora”. Fue cuando se me calentó la cabeza y le envié un e-mail, pidiendo una entrevista, que me concedió de inmediato, sin lejanamente imaginarse el motivo de tal petición. Por eso, al notar en

mí un cierto nerviosismo al momento del encuentro, pensó en alguna urgente necesidad de mi parte y de inmediato manifestó su total disposición a darme una mano, en nombre de la antigua amistad.

–¿Qué tal, mi viejo amigo? ¿Cómo te ha ido? Platícame todo con confianza; dime con toda sinceridad en qué te puedo servir. ¿Para qué están los amigos?

Le mencioné el artículo y se alegró sobremanera, considerándolo como la cumbre de su carrera periodística. De hecho, como se explicaba en el mismo artículo, éste había sido solicitado directamente por el director general de una de las más acreditadas revistas del mundo católico.

–¿Qué te pareció? –me preguntó en tono de suma satisfacción– No te imaginas cuánto esfuerzo me costó presentar en pocas páginas un panorama tan vasto, rico y variado de la situación en que se encuentra actualmente nuestra Iglesia latinoamericana. En fin, ya está y, por lo visto, ya está impactando fuertemente a la opinión pública y en especial a los ambientes eclesiásticos, dentro y fuera del país. Fíjate que ya me están llegando un montón de e-mails, felicitándome por el trabajo, considerado hasta la fecha el más completo en la materia. Sin duda, va a representar una buena base para ulteriores aportes al respecto.

Al notar su abismal ingenuidad, no supe si reír o llorar. “Mira nomás –pensé–. Tan inteligente y listo, y se sale con esas babosadas”. Le pregunté:

–Así que, según tu manera de ver las cosas, todo marcha bastante bien en Latinoamérica, que sigue siendo el “continente de la esperanza” para toda la Iglesia. Discúlpame: ¿En qué mundo vives? ¿Acaso no te das cuenta de la fuerte caída, que desde hace algún tiempo está teniendo la Iglesia latinoamericana, a raíz de la acción demoledora de las sectas o grupos proselitistas, que están haciendo todo lo posible por acabarla? Y tú te sales con que Latinoamérica sigue siendo “el continente de la esperanza” para toda la Iglesia. ¿Qué te pasa? Otra falla: no presentas ningún dato estadístico, que justifique un optimismo tan desbordado acerca de la situación actual de la Iglesia latinoamericana. A

propósito, ¿sabes que en Guatemala el 50% de la población ya no es católica? ¿Sabes que en Honduras, El Salvador y Nicaragua ya el 40% de la población no es católica? ¿Sabes que en Brasil el porcentaje de los católicos bajó a menos del 70%? ¿Sabes cuáles son las previsiones del catolicismo en América Latina para el 2050? Vamos a quedar católicos el 25–30% de la población. ¿No te das cuenta de que, si seguimos en caída libre y no nos movemos a tiempo para revertir o por lo menos parar esta tendencia, de aquí a poco nos volveremos en el “continente de la pesadilla”?

–Bueno –fue su respuesta–. Lo de las sectas, es todo un discurso aparte, que difícilmente los amigos de Europa lograrían entender en su justa dimensión.

–Así que, para ti, lo que importa no es presentar las cosas como están realmente, sino expresar lo que más le agrada al público y le permite seguir viviendo sin mayores preocupaciones. Sabes que en Roma quieren que se hable del ecumenismo y tú hablas de los “sensibles avances en el campo ecuménico”, sin importar si realmente estos avances sean o no significativos. Te das cuenta de que asusta el tema del proselitismo religioso (propiciado en gran parte por la actitud triunfalista y poco previsor de los órganos vaticanos), con los destrozos que está causando en muchas regiones católicas del mundo y no lo tratas. Das al público lo que pide, responda o no a la realidad. ¿Sabes cómo la Palabra de Dios califica a este tipo de gente? Falsos profetas, que dicen lo que los oyentes quieren escuchar. Así no se meten en problemas y todo les va mejor. Te pregunto: ¿Por qué no sigues hablando y escribiendo pelado, como solías hacer en los tiempos de seminario?

Me imaginaba que, al escuchar mis comentarios acerca de su tan afamado artículo, mi viejo amigo se iba a poner nervioso e iba a buscar algún pretexto para justificar una manera tan absurda de proceder con tanta superficialidad en asuntos de tanta importancia. Pero no. Me miró con ojos de extrema compasión, como si se tratara de un maestro ante la mirada aterrada de un alumno, que se siente perdido al

no poder contestar a una pregunta decisiva en un examen final, y me dijo:

–Mira, mi querido amigo, lo que pasa es que tú no entiendes el arte de “hablar entre líneas”, un arte muy difícil de entenderse y aplicarse, un arte que podríamos definir “críptico”, muy raro y especial, que solamente unos cuantos podemos manejar con propiedad y nos abre el paso hacia las cumbres. ¿Qué es eso de hablar “pelado”? Entre gente del vulgo está bien, pero no entre gente que aspira a ser diferente y mira hacia arriba.

–En otras palabras –fue mi sencillo comentario–, estás hablando del arte de la manipulación o del maquillaje, que mira a no molestar a nadie y a satisfacer a todos. Por eso estamos como estamos. Todo color de rosa. Se dice y no se dice; todos tienen la razón; nadie tiene la culpa; cada quien entiende lo que quiere. Y cuando se llega a lo irreparable, se invocan fuerzas imponderables, como son la secularización, el hedonismo, el irenismo y un montón de ismos más, que no tienen cara, atribuyéndoles toda responsabilidad con relación a todos los males habidos y por haber. Y haciendo esto, se avanza hacia la cumbre de los honores y el poder. ¿No es esto lo que quieres decir con tu “arte críptico”, “hablar entre líneas” y abrirse paso “hacia las cumbres”?

Una vez desnudado en toda su abyecta realidad, mi antiguo amigo dio por terminado el encuentro y se retiró.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece esta historia? ¿Representa alguna faceta de la realidad eclesial o es pura imaginación?* _____

2. *Según tu opinión, ¿por qué se tiene tanto miedo a llamar las cosas por su nombre y presentar la realidad eclesial así como es?* _____

12. ESTAMOS PERDIENDO LAS MASAS CATÓLICAS – ¿Quién tiene la culpa? –

Normalmente las asambleas diocesanas, como muchos otros encuentros eclesiales, son lo más aburrido que uno se pueda imaginar, puesto que todo está establecido de antemano y nadie puede expresar opiniones realmente personales (excepto los encargados de dirigirlas, naturalmente). Sin embargo, en aquella ocasión fue todo lo contrario. Desde antes de empezar el encuentro, ya se notaba una grande efervescencia.

El tema del encuentro era: “¿A qué se debe el derrumbe de las masas católicas?” Como siempre, ya estaban listos los conferencistas encargados de “echar agua sobre el fuego”, como se suele decir por ahí, es decir designados para manipular el encuentro con reflexiones de tipo histórico, sociológico, filosófico y teológico de manera tal que al final del encuentro nadie resultara culpable de nada y todos pudieran regresar a su lugar de origen con la conciencia tranquila, como si no hubiera pasado nada, para continuar como siempre.

Pero en aquella ocasión las cosas no fueron así. Dada la importancia del tema y la evidente constatación del generalizado fracaso pastoral, desde antes de iniciarse el encuentro, ya empezaron los comentarios con acusaciones y descalificaciones mutuas, no solamente de parte de los lideruchos locales, sino de los “grandes” de la diócesis, que no dejaban de aventarse pedradas el uno al otro, no obstante el evidente escándalo que estaban causando entre los agentes de pastoral más sencillos, en especial entre las

hermanitas de la caridad y las devotas de san Caralampio, el santo patrono de la diócesis.

–Mira a qué punto nos han llevado los tan cacareados méritos de la religiosidad popular –se quejaba un presbítero cuarentón con un anciano monseñor–: al desastre total. ¿Dónde están ahora todas las asociaciones piadosas, de las que usted tanto se ufanaba, cuando en el seminario nos impartía las clases de pastoral? Desaparecieron todas. ¿Y a dónde fueron a parar sus miembros? A las sectas. Usted se imaginaba que con su misita mensual y su fiestecita anual, sus ovejitas se iban a quedar tranquilas en el redil, haciendo oídos sordos al canto de las sirenas, que poco a poco se iba haciendo siempre más insistente y atractivo. Y no fue así. Poco a poco todos fueron despertando, empezando a descubrir la trampa (puro dinero, sin ningún tipo de formación y ninguna atención pastoral) y se fueron con otros pastores, más preocupados por su salud espiritual.

En otro lado, otro curita, recién ordenado, no dejaba de recriminar a su predecesor, un anciano cura, que había regido la misma parroquia durante más de cuarenta años, la manera tan irresponsable de llevar las cosas, hasta provocar el derrumbe de la fe católica en la mayoría de sus comunidades. Al hacer esto, casi se le escurrían las lágrimas de los ojos:

–Antes, todos eran católicos, aunque lo fueran a la buena de Dios, con puras misas de difuntos y sacramentos al por mayor. Hasta que llegaron las sectas y se los llevaron casi todos. Pues bien, ¿qué hizo usted, cuando empezó a darse cuenta de que todo se estaba derrumbando? Nada. Y cuando vio que ya todo estaba perdido, pidió un cambio y se fue a otra parroquia, dejándome a mí el paquete de una parroquia en plena bancarrota. ¿Le parece justo todo eso?

–¿Qué culpa tengo yo? –trataba de explicarle el anciano cura aludido–. Estas eran las orientaciones que los obispos nos daban en aquel tiempo. ¿Qué le vamos a hacer? Lo pasado, pasado. Ahora veamos qué podemos hacer en concreto para remediar esta situación y tomar

acuerdos precisos en orden a relanzar la fe católica donde ya desapareció casi por completo.

Era tanto el fervor de la discusión, que ni se dieron cuenta de la llegada del obispo, que tuvo la oportunidad, por primera vez en su vida, de asistir a verdaderos debates sobre temas de capital importancia para el cuidado pastoral del pueblo católico, con la participación de todos, curas y laicos, jóvenes y ancianos, con un interés nunca visto anteriormente. ¿Qué hacer ante una situación totalmente inédita? Después de unos momentos de reflexión, el obispo tomó la decisión:

–Que se suspenda el programa establecido y se hagan mesas redondas espontáneas acerca del tema: “¿A qué se debe el actual derrumbe de las masas católicas?”. Cuidado: sean lo más posible precisos, señalando nombres y apellidos de los que propiciaron este desastre y las circunstancias concretas en que se dieron los hechos. Solamente así podremos darnos cuenta de cómo realmente se fueron dando las cosas y al mismo tiempo tomar consciencia de la situación en que se encuentra actualmente nuestra Iglesia, condición indispensable para tomar las medidas necesarias para remediar los errores del pasado y hacer revivir la fe en nuestras comunidades.

Se hizo según las indicaciones del obispo y la asamblea diocesana resultó todo un éxito, no obstante los malos ratos que tuvieron que pasar algunos “intocables” de la diócesis, fueran curas, religiosas o laicos comprometidos. Lo mismo se hizo después a nivel de parroquia, movimientos apostólicos y asociaciones piadosas. Y así por fin pudo arrancar la Misión Continental.

PREGUNTAS

1. ¿Es posible lanzar la Misión Continental, sin tomar conciencia de las causas, que en muchos lugares llevaron al derrumbe de las masas católicas, y al mismo tiempo sin tomar conciencia de la situación real en que actualmente se encuentra nuestra Iglesia? _____

2. Según tu opinión, ¿a qué se debe el actual derrumbe de las masas católicas? _____

3. ¿Cuáles son los problemas más graves que tiene que enfrentar la Iglesia actualmente para lanzar la Misión y garantizar a todos los católicos una adecuada atención pastoral? _____

13. COMO AL TIEMPO DE JESÚS **– No entran ni dejan entrar –**

No sé si fue un ex abrupto (algo que le salió sin pensarlo) del momento. Un hecho es cierto, que sus palabras me impactaron terriblemente (fíjense que apenas empezaba a dar mis primeros pasos en el ministerio sacerdotal) y nunca dejaron de cuestionarme:

–Ustedes curas son una bola de burócratas, totalmente insensibles al clamor del pueblo –gritó el líder de la juventud católica, enfurecido como nunca–: no entran ni dejan entrar (Mt 23, 13).

En concreto se estaba refiriendo al caso del p. Pío, ahora San Pío. La jerarquía eclesiástica en aquel entonces lo tenía segregado, por considerar fraudulentas sus estigmas, mientras el pueblo ya lo veneraba como santo. Agregó:

–Está pasando lo mismo que pasó al tiempo de Jesús: las autoridades religiosas no querían saber nada ni de San Juan Bautista ni de Jesús, mientras el pueblo los consideraba “acreditados por Dios”.

Fue la última vez que lo vi. Lo había conocido desde mis primeros pasos en la Acción Católica. Para mí era el tipo ideal del laico comprometido. Sus palabras calaron profundamente en mi manera de pensar y no dejan de cuestionarme en cada circunstancia de mi vida.

A veces pienso:

–¡Qué diferente es la manera de ver las cosas de parte del clero y la manera de ver las cosas de parte de la gente de la calle! Parecen dos mundos irreconciliables. Por ejemplo, para la gente de la calle, mínimamente consciente de su identidad como cristiana, es lo más normal que no sólo teóricamente, sino también en la práctica la Biblia tenga el primer lugar en

la vida de la Iglesia y de cada discípulo de Cristo. Por lo tanto, para esa gente no es nada raro que se use la Biblia como texto básico en toda la catequesis y también en la misa, el rezo del santo rosario, el novenario de difuntos, las posadas, etc. El lema: “Biblia para todos y Biblia para todo; todo con la Biblia y nada sin la Biblia” les parece lo más normal de este mundo. Sin embargo, trata de explicar eso mismo a los miembros del clero y verás cuán difícil te va a resultar. Pronto empiezan las objeciones: que es antilitúrgico, que la gente no entiende la Biblia, que basta el catecismo, etc. Y seguimos con católicos con una fe extremadamente débil, sin contenidos precisos y acomplejados ante la presencia y la acción de los grupos proselitistas. Parece que para el clero lo mejor sería dejar a los católicos así como están con su religiosidad popular, entreteniéndose con sus imágenes, santuarios, procesiones y peregrinaciones. Esto sí, con un poco más de liturgia, contando, por lo menos cada sede parroquial, con monaguillos (muchachos y muchachas), coro, lectores, ministros de la Eucaristía, etc.

Recuerdo cuántos problemas se me presentaron desde que empecé a evangelizar con la Biblia en la mano. Me acusaron de ser protestante, ni más ni menos. ¿Y qué tal cuando empecé a enfrentar el problema del proselitismo religioso, reviviendo los principios de la sana apologética? Pronto se salieron con las peores descalificaciones: “El padre Amatulli enseña a pelear contra los que no son católicos; el padre Amatulli está formando una secta dentro la Iglesia; lo que busca el padre Amatulli es vender libros al por mayor y ganar dinero, etc.”. ¡Cuánta habilidad para desprestigiar a uno que lo único que pretende es ayudar a sus hermanos a volverse más responsables en su vida cristiana y sentirse con más dignidad y seguridad ante los que no desperdician ninguna oportunidad para confundirlos y atraerlos hacia sus grupos! Todo lo contrario de la gente sencilla, que escucha con gusto mis planteamientos y no deja de agradecerme la ayuda que recibió al momento oportuno mediante un libro, un folleto, un CD o un DVD (a precios increíblemente bajos).

Muchas veces me he preguntado acerca de la raíz más profunda de esa diferencia, tan marcada, entre la manera de ver las cosas y proceder de parte de los de arriba y de parte de los de abajo. Posiblemente tiene que ver con el instinto de preservar los propios privilegios que anima a los que ya los poseen, especialmente en los momentos de crisis, privilegios que no tienen nada que ver con el plan de Dios, que más bien habla de la autoridad como servicio (Mt 20, 26-28). Eso explica el rechazo casi generalizado hacia los diáconos casados, vistos como rivales y no cooperadores en el ministerio.

“No dejan, ni dejan entrar”. Antes de buscar colaboradores y pensar en una reestructuración general del ministerio en la Iglesia, con miras a proporcionar a todo feligrés una atención personalizada, prefieren abandonar a los feligreses que no pueden atender personalmente (ovejas sin pastor: Mc 6, 34). ¡Algo realmente increíble! ¡Hasta dónde puede llegar el miedo a perder los propios privilegios! ¡Cuán diferente sería, al contrario, si se hiciera todo lo posible por vivir en plenitud la doctrina de los carismas, tan bellamente expresada por San Pablo en la Primera Carta a los Corintios! (1Cor 12). Ni modo. Así están las cosas, precisamente “como al tiempo de Cristo”. Ojalá que esto sirva para tomar conciencia de la situación y estimular un cambio de actitud.

PREGUNTAS

1. *¿Qué te parece esta comparación? (Misma situación del pueblo de Dios, ahora y al tiempo de Cristo).* _____

2. *¿Conoces algún signo de esperanza al respecto? Preséntalo.* _____

14. LA AUDITORÍA DE SAN PEDRO

–Más que un terremoto para toda la Iglesia–

En una charla de sobremesa no se habló más que de auditorías de parte del gobierno para lograr que todos los ciudadanos paguen los impuestos correspondientes. Por eso, al acostarme, seguí con lo mismo. Solamente que se trataba de una auditoria muy especial, encabezada por el mismo san Pedro, enviado a la tierra como auditor general para toda la Iglesia, lo que causó un auténtico terremoto en todas partes y de una manera especial en las altas esferas eclesiásticas.

Lo primero que hizo san Pedro, rodeado de los demás apóstoles y un inmenso ejército de santos, ángeles y arcángeles, fue posesionarse del Vaticano y sellar todas las oficinas con miras a una auditoria, lo más estricta posible. Tomó un enorme mapamundi y señaló a cada uno de sus colaboradores más cercanos su tarea específica, invitándolos a organizar pronto sus equipos de trabajo. Una vez listos, los despidió con estas palabras:

–Mis queridos amigos, parece que el Jefe no está muy contento que digamos por la manera como se están llevando las cosas por estos rumbos. De seguir así, parece que en poco tiempo el changarrito se irá a pique. Por eso el Jefe me ordenó hacer un estudio muy concienzudo y minucioso de la situación en que actualmente se encuentra la Iglesia, con estadísticas precisas y encuestas bien planeadas, añadiendo las recomendaciones que considere más pertinentes, teniendo en cuenta mi grande experiencia al respecto.

Entre sus más cercanos colaboradores no faltó alguien que mencionó el nombre de san Pablo. Al escucharlo, san

Pedro, algo contrariado, contestó sencillamente: “Después” y siguió:

–No quiero generalidades; no quiero maquilladores, ilusionistas o magos, que hacen ver blanco lo que es negro o viceversa. Quiero matemática pura, con números precisos y nombres claros. Solamente así podremos hacer un diagnóstico concienzudo de la realidad eclesial, averiguando con toda precisión quiénes son los verdaderos responsables del actual colapso que está sufriendo la Iglesia. Esto servirá para evitar que en el futuro se vaya a repetir lo mismo. Por favor, no se salgan con el cuento del hedonismo, el secularismo y tantas tonterías más. El Jefe quiere saber con precisión dónde estuvo la falla de parte de los encargados de llevar adelante la misión que encomendó a su Iglesia antes de subir al cielo.

Noté como, entre los mismos colaboradores de san Pedro, no faltó alguien que se sintió aludido y se sonrojó. San Pedro movió la cabeza en señal de comprensión y lo miró con extrema dulzura, tal vez recordando la mirada del Maestro divino después del canto del gallo, y siguió:

–Por favor, apenas averigüen algo, me lo envíen pronto por internet. No vayan a pensar que tenemos a disposición toda la eternidad para preparar este informe. El Jefe quiere saber en la mayor brevedad posible cómo realmente andan las cosas por acá. Tengo la impresión de que en las altas esferas se está planeando algo realmente espectacular para toda Iglesia, algo parecido a lo que sucedió cuando me tocó a mí dirigirla. Así que, a trabajar todos y que no se les escape nada de lo que tiene que ver con la situación de la Iglesia en este momento.

Apenas san Pedro terminó de hablar, de inmediato se formaron los equipos de trabajo y ¡a volar todos! Era fácil notar por todas partes un hervidero de actividades frenéticas; en todos se notaba un ansia incontenible de conocer la situación en que se encontraba la Iglesia, basándose sobre hechos reales y no sobre simples suposiciones o los informes oficiales que periódicamente se envían a Roma.

Los documentos eran revisados uno por uno y cotejados entre ellos; cuando había alguna duda acerca de tal o cual asunto, de inmediato se llamaba a todos los interesados, vivos o difuntos, y se les hacían un montón de preguntas hasta no averiguar cómo las cosas se dieron realmente. Nada de cuentos, excusas o pretextos. Y todo era enviado inmediatamente a la central (Roma) por internet, teniendo en cuenta las órdenes de san Pedro, el auditor general.

No sé en realidad cuánto tiempo duró este sueño, unas horas o unos instantes. El hecho es que de un momento a otro me desperté, totalmente empapado de sudor. Fue cuando vi a san Pedro dejar de correr de una computadora a otra, revisando los informes a medida que le iban llegando de todos los rincones de la tierra, y caerse lentamente apretándose fuertemente el pecho con las manos. Acababa de darle un infarto.

PREGUNTAS

1. Según tu opinión, ¿por qué le dio un el infarto a san Pedro, mientras revisaba los informes que le estaban llegando de todo el mundo? _____

2. ¿Qué fue lo que más lo molestó? Para contestar correctamente, lee primero las dos cartas de san Pedro, que encontramos en la Biblia. _____

15. ESTAMOS EN UNA CRISIS EPOCAL **–Solución: regreso al Evangelio–**

Me impactaron las reflexiones que estaban haciendo por televisión algunos economistas de prestigio internacional acerca de la profunda crisis, que desde hace algunos años está afectando al mundo entero.

–Es todo el sistema financiero que ya no marcha –opinaba uno–, un sistema basado esencialmente en el lucro personal, sin tener en cuenta el bien común.

–Es la fiesta de los especuladores –opinaba otro, ahondando más en el tema–, siempre listos para mover los capitales de un país a otro, sin invertir nada en iniciativas concretas sino aprovechándose de cualquier oportunidad para aumentar siempre más sus ganancias. Son ladrones profesionales con licencia.

–Igual que los banqueros. Si ganan, se reparten entre sí el botín; si pierden, tiene que intervenir el Estado para resolver el problema y evitar el colapso del sistema. Como dijo alguien: “Con los banqueros se privatizan las ganancias y se socializan las pérdidas”.

Después que cada participante tuvo la oportunidad de profundizar su punto de vista, el moderador concluyó:

–Como ven, en el fondo todas las opiniones son convergentes: nos encontramos en la más grande crisis del sistema capitalista. Por lo tanto, para evitar su colapso total, con todas las consecuencias que cada uno fácilmente puede imaginarse, es urgente un cambio radical, a nivel mundial, en las estructuras financieras con sus relativas reglas de juego.

Ahora bien, ¿por qué todo esto me impactó tan fuertemente? Porque me hizo entender como en una

determinada sociedad mano a mano se vayan dando nuevas situaciones, es necesario ajustar sus estructuras a las nuevas realidades, so pena de un continuo deterioro de las mismas hasta provocar el colapso total del sistema. Y empecé a pensar: ¿Acaso la Iglesia puede escapar a esta regla general? ¿Acaso no es también ella una sociedad y como tal no está sujeta a todos los posibles vaivenes de la historia como cualquier otro tipo de sociedad? En concreto, ¿a qué se debe y cómo solucionar la profunda crisis que actualmente está afectando tan severamente a nuestra Iglesia? ¿Se trata de algo pasajero, de un mal que no tiene remedio o de una situación que es posible superar, siempre y cuando se intervenga a tiempo sustituyendo ciertas estructuras del pasado, que ya no son operantes, con otras nuevas, más adecuadas a las realidades que estamos viviendo?

Estoy seguro de que la tercera hipótesis sea la buena. De hecho, existe un enorme parecido entre la situación actual de la Iglesia y la situación de la sociedad en que vivimos. De hecho, como en la sociedad civil, también entre nosotros es notorio el afán de lucro de parte de unos cuantos abusados que se aprovechan de todo con tal de acrecentar sus entradas; también entre nosotros, a imitación de lo que está pasando con los bancos, ya es costumbre de parte de los privilegiados del sistema privatizar las ganancias y socializar las pérdidas, a costillas de la feligresía en general.

¿Qué hacer, entonces? Regresar a los orígenes y reestructurar de raíz el actual modelo eclesial, ya erosionado por el tiempo, revisando de una manera especial el asunto del ministerio ordenado a la luz de la Palabra de Dios y la experiencia del primer milenio de nuestra historia, de manera tal que ya no siga dándose el fuerte desequilibrio que se están dando actualmente entre una pequeña casta sacerdotal, autoritaria, orgullosa y todopoderosa, y una enorme masa católica, sin voz ni voto, sumisa, desamparada y sin una adecuada atención pastoral.

A este respecto, la crisis es tan grave que alguien comentaba: “Así como están las cosas actualmente, a mí

me resulta muy difícil saber distinguir entre un político corrupto, un narcotraficante o un cura, puesto que todos ellos ostentan la misma actitud caciquil y un carro último modelo”. ¿Exageración? Quién sabe. Una cosa es cierta: entre nosotros las cosas no andan tan bien que digamos y por lo tanto se hacen necesarios cambios urgentes y profundos, para que la Iglesia ya no siga en caída libre y esté en condiciones de revertir la actual tendencia, logrando así cumplir cabalmente con su misión, que consiste en atender adecuadamente a sus feligreses y al mismo tiempo hacer realidad el mandato de Cristo de ir y anunciar el Evangelio a toda creatura (Mc 16,15).

¿Algo imposible? Quién sabe. Todo depende de la manera de ver el papel de Cristo y su Iglesia en la historia, como algo contingente y pasajero o como algo esencial, con los ojos del mundo o con los ojos de la fe.

PREGUNTAS

1. Según tu manera de pensar, ¿cuál es la misión de la Iglesia? _____

2. ¿Cuáles son los desajustes más grandes, presentes en el actual modelo eclesial? _____

3. ¿Cuáles cambios sugieres para que la Iglesia pueda cumplir cabalmente con su misión? _____

16. URGEN CAMBIOS PROFUNDOS EN LA IGLESIA –El actual modelo eclesial ya no funciona–

En los individuos, como en las naciones y en la misma Iglesia, hay momentos trascendentales, que marcan profundamente su futuro. Baste recordar el influjo que tuvo en la historia la decisión del emperador Constantino de conceder a todos la libertad de culto y volverse en protector de la Iglesia, que representaba la fuerza emergente del imperio; la institución del colegio de los cardenales, que cambió radicalmente la manera de elegir a los papas, dando al traste con siglos de incertidumbre y elevando definitivamente el prestigio del papado; la condena de los ritos chinos, que cerró para siempre una puerta que ya parecía abierta para la evangelización de China, y la Contrarreforma Católica, que puso las bases para la vida de la Iglesia desde la segunda mitad del siglo dieciséis hasta la fecha.

Pues bien, ahora, según mi manera de ver las cosas, nos encontramos en uno de estos momentos trascendentales en la historia de la Iglesia, que seguramente marcará positivamente o negativamente su futuro durante siglos, según las decisiones que tomemos ahora, atinadas o no. En realidad, nos encontramos en un cambio de época, no en un simple cambio generacional. Por lo tanto, es urgente reestructurar todo el sistema pastoral de la Iglesia, teniendo en cuenta las circunstancias actuales. A nivel doctrinal estamos bastante bien (aunque no falten “sabios y entendidos” que anden por su cuenta como “mareados”); el problema ahora es a nivel práctico y consiste en ver

cómo garantizar una auténtica vivencia de la fe a los que ya son miembros de la Iglesia y cómo cumplir hoy en día el mandato de Cristo de ir y anunciar el Evangelio “a toda creatura” (Mc 16,15).

Cuando en una ocasión hablé de este asunto en un encuentro diocesano de pastoral, pronto un cura, ya jubilado y supuestamente progresista, respingó:

–Lo que usted está proponiendo no se encuentra en los documentos de la Iglesia.

–Ahora no se encuentra –le contesté–; sin embargo, le aseguro que de aquí a unos años lo va a encontrar, si Dios le da licencia. – Todos se rieron. De hecho, esto ya pasó en casos parecidos. ¿Quién hablaba de apologética hace unos treinta años? Nadie. Un servidor empezó a tratar este asunto en contra de la opinión de todos que la consideraban fuera de moda, hasta que se volvió en patrimonio común, como vemos actualmente en los mismos documentos de la Iglesia. Todo está en la manera de ver el papel del papa y de la jerarquía en los asuntos pastorales. No hay que pensar que todo tiene que venir desde arriba, como si hubiera una línea telefónica directa entre Dios y los guías de la Iglesia. Tenemos que entender que, cuando se trata de asuntos pastorales, la luz o intuición puede llegar de cualquier lado. Y la experiencia lo confirma largamente con el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y una gran cantidad de órdenes, congregaciones religiosas o movimientos apostólicos, que a lo largo de la historia fueron surgiendo de una forma espontánea y le dieron a la Iglesia nueva vitalidad. En realidad, cuando se trata de asuntos pastorales, la jerarquía no cuenta con ningún tipo de exclusividad o monopolio para ver qué convenga más para resolver tal o cual problema, sino el don del discernimiento: toma conciencia de lo que va surgiendo en la Iglesia, lo discierne y lo propone a todos como camino seguro de salvación. Pues bien, lo mismo va a pasar ahora con relación a los cambios que actualmente se necesitan dentro de la Iglesia para que pueda cumplir cabalmente con su misión.

–¿Y cuáles serían esos cambios que propone usted?
–siguió en actitud desafiante el anciano cura ya jubilado.
– ¡No pensará cambiar la ley del celibato sacerdotal, que representa la perla del sacerdocio católico!

Al escuchar esta advertencia de parte del anciano cura, muchos de los presentes se miraron en la cara y con grande dificultad lograron disimular cierto aire de sorpresa y asombro, al conocer de sobra la conducta poco edificante del anciano cura al respecto.

–Aquí no se trata de salvar nada – fue mi respuesta–; sencillamente se trata de ver cómo reestructurar el aparato pastoral de la Iglesia, de manera tal que todos los católicos sean debidamente atendidos y se pueda cumplir con el compromiso misionero, que desde un principio el fundador le confió a su Iglesia. Y todo esto, teniendo en cuenta la Palabra de Dios y su aplicación durante siglos, empezando desde los apóstoles. Por lo tanto, si en ciertas situaciones la ley del celibato obligatorio para todos los presbíteros impide la debida atención pastoral para todo el pueblo de Dios, hay que suspenderla, teniendo en cuenta algunos principios básicos:

1. *Salus animarum suprema lex = la salvación de las almas es ley suprema;*
2. El ministerio ordenado es un servicio y no un privilegio sujeto a ciertas restricciones;
3. La celebración eucarística representa la base de la vida cristiana (no puede haber verdadera comunidad cristiana sin celebración eucarística);
4. Tiene que haber tantos ministros cuantos sean necesarios para la vida de la comunidad.

–Entonces usted está de acuerdo en que los sacerdotes se casen.

–Nadie ha dicho esto. Sencillamente se trataría de dar la oportunidad a los casados de acceder al presbiterado a petición del pueblo y teniendo en cuenta sus reales

necesidades, como se hizo durante siglos, empezando desde los apóstoles y las primeras generaciones cristianas.

–Mira nomás qué tontería. Si ahora un presbítero célibe no puede atender a tanta gente, ¿cómo lo va a lograr siendo casado? –insistió el amigo jubilado.

–No se trata de sustituir un cura célibe con otro casado, sino de ordenar a tantos casados cuantos sean necesarios para la debida atención pastoral del pueblo de Dios.

Al ver la terquedad del anciano cura, alguien me pidió que pasara a tratar otro aspecto de los cambios que propongo en el sistema pastoral de la Iglesia. Continué:

–Veamos el aspecto bíblico, tan descuidado en toda la vida de la Iglesia durante siglos. Pues bien, es tiempo de recuperar el tiempo perdido. Lo que propongo es que el texto sagrado represente la norma suprema de conducta y la principal fuente de inspiración en toda la vida de la Iglesia, no los documentos conciliares o pontificios. Que para todo se busque antes que nada la respuesta que viene de la Palabra de Dios; después vienen los signos de los tiempos, la voz de los pastores de la Iglesia, etc. El texto sagrado como fuente de inspiración, no como soporte para justificar tal o cual idea personal o dictada por la moda del momento.

–La idea es buena –comentó un reconocido pastoralista–; el problema consiste en saber cómo lograr que la masa católica se vaya empapando del texto sagrado.

–Utilizando la Biblia como texto y todo lo demás como subsidio en toda la formación cristiana del pueblo de Dios, empezando por los catecismos.

A todos les pareció estupenda esta idea y cada uno fue añadiendo algún detalle a este gran proyecto de reestructuración general del aparato ministerial en la Iglesia. Se habló de suspender la administración de los sacramentos a los católicos alejados y sin deseo de conversión; se sugirió alguna modalidad concreta para desligar el culto de la economía con miras a eliminar cualquier sospecha de simonía; se vio la necesidad de que en cada parroquia hubiera un grupo de misioneros locales, destinados a buscar

a las ovejas perdidas y ayudarlas a integrarse al rebaño, etc.

Ante la perspectiva de una Iglesia renovada interiormente y en sus estructuras pastorales, todos se llenaron de gozo y entusiasmo, soñando en un futuro mejor. No faltaron porras y letreros tratando de materializar los deseos comunes: “Sí se puede”, “Adelante con Cristo y la Virgen María”, “Biblia para todos y Biblia para todo; todo con la Biblia y nada sin la Biblia”, “Fuera los cobardes”, “Regresemos a los orígenes”, etc. Alguien empezó a cantar, invocando la intervención de Dios para definir y concretizar el proyecto de un “Nuevo Modelo de Iglesia” a la luz de la Palabra de Dios y teniendo en cuenta la situación del mundo actual. Y todo se volvió en una fiesta, la fiesta del Espíritu. Parecía Pentecostés, el nuevo Pentecostés tan auspiciado por el Papa Juan XXIII, de santa memoria.

PREGUNTAS

1. De todo lo anterior, ¿qué te llamó más la atención?

2. Según tu experiencia personal, ¿quiénes se oponen más a los cambios? _____

3. En concreto, tú ¿qué puedes hacer para empezar a crear un Nuevo Modelo de Iglesia? _____

CONCLUSIÓN GENERAL

Al examinar estas “Fotografías”, sin duda algunos quedarán con un mal sabor de boca. No faltarán almas piadosas que preferirían no haberlas visto nunca para seguir viviendo tranquilamente en su mundo imaginario de paz y amor, echando la culpa de todos los males a los nuevos tiempos y a la irresponsabilidad de los padres de familia, que no siguen transmitiendo a sus hijos los valores heredados de los propios antepasados.

Al mismo tiempo estoy convencido de que otros van a considerar esta oportunidad como una auténtica bendición del cielo, puesto que les permite ver la realidad eclesial en una óptica diferente, con más objetividad y a la luz de la Palabra de Dios, lejos de la eterna tentación del maquillaje o del triunfalismo sin fundamento y de la manía de querer manipularlo todo, buscando cualquier pretexto con tal de evitar todo cuestionamiento perturbador.

Ahora se trata de ahondar siempre más en esta línea, aprendiendo a ser cada día más críticos ante cualquier tipo de situaciones, en el afán de tomar siempre más conciencia de la realidad eclesial así como es, con miras a purificarla creando un nuevo rostro de Iglesia.

Ya basta de kermeses o fiestas religiosas con borrachera al amparo o promovidas por la misma autoridad eclesiástica. Donde se da esto, es hora de intervenir poniendo al tanto al obispo y, si es necesario, al mismo nuncio apostólico, representante del Papa. Es hora de que el laicado más comprometido se deje de temores injustificados e intervenga activamente en los asuntos relacionados con el bien de la Iglesia.

Lo mismo por lo que se refiere a cualquier otro tipo de escándalo que se pueda dar en la comunidad cristiana, especialmente cuando provenga de gente encargada de cuidar al rebaño. Pero aquí vuelve la duda de siempre: si son tan pocos los ministros de la Iglesia, ¿qué pasaría el día en que se quisiera realmente purificar la Iglesia? Un motivo más para apresurar el cambio.

Estando así las cosas, no me extraña que algunos amigos, al leer este tipo de escritos, queden totalmente desconcertados. No se explican cómo sea posible que alguien como un servidor, dedicado a fortalecer la fe de los hermanos católicos, dé a conocer aspectos tan inquietantes de la misma Iglesia. Les parece como una forma de traición. Por eso a veces llegan a volverse enemigos.

Lo que pasa es que no buscan la verdad a secas (Jn 8, 32), sino una justificación a su manera de ver las cosas y su manera de actuar. Cuando se dan cuenta de que algo no checa, se alejan en busca de otros amigos más condescendientes. Allá ellos. Sinceramente, este tipo de gente no me interesa. Más que amigos, buscan cómplices.

De hecho, al mismo tiempo, no faltan enemigos que, al conocerme mejor, se vuelven en mis amigos secretos o simpatizantes. Recomiendan a otros la lectura de mis escritos, los comentan entre ellos y los aprovechan para su ministerio. ¿Qué más quiero?

Claro que, cuando se pisan los callos a gente demasiado influyente o poderosa, las cosas pueden ponerse color de hormiga. Ni modo. Es la suerte de los profetas, de ayer y de hoy (Mt 5, 11–12). Una verdadera suerte, que pocos tenemos y nos hace “felices”.

México, D.F., a 26 de junio de 2012.

**47° aniversario
de mi ordenación sacerdotal.**

MISIONEROS APÓSTOLES DE LA PALABRA

Nuestras direcciones

México D.F.

SEMINARIO DE TEOLOGÍA - FMAP
Renato Leduc 231 Col. Toriello Guerra
14050 Tlalpan, **México, D.F.**
Tel. 01 55 5665 5379 Fax: 5665 4793

SEMINARIO DE FILOSOFÍA - FMAP
Calle S. Bernardino Mza. 572 Lot. 21
Col. Santa Úrsula Coapa, Coyoacán
04600 **México, D.F.** Tel. 01 55 5617 2007

SEMINARIO MENOR -FMAP
Agujas 676 Col. El Vergel 09880
Iztapalapa, **México, D.F.**
Tel. 01 55 5426 4004 Fax: 5426 4011

CASA CENTRAL - IMAP
Melchor Ocampo N° 20 Col. Jacarandas 09280
Iztapalapa, **México, D.F.** Tel. 01 55 2608 5105

NOVICIADO - IMAP
Cda. Manuel Acuña N°10 Col. Jacarandas 09280
Iztapalapa, **México, D.F.** Tel. 01 55 1546 0059

Guerrero

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle Las Rosas, 79 Lote 10 Mza. 12
Col. Agrícola La Venta 21210 **Acapulco, Gro.**
Tel: 01 744 403 2527

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle Las Parotas s/n Col. Nuevo Amanecer
41100 **Chilapa de Álvarez, Gro.**
Tel. 01 756 104 0713

Puebla

Casa del Apóstol - Hermanas
Capilla La Mansión 16 de Septiembre 1304
Col. Centro 72000 **Puebla, Pue.**
Tel. 01 222 2324040

Hermano Bernardo Rodríguez Campos
Priv. 10 Oriente #3614 Col. El Cristo
72000 **Puebla, Pue.** Tel. 01 222 236 4545

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle 10 de Mayo Col. Guadalupe Xoncatepec
72229 **Puebla, Pue.** Tel. 01 222 218 9545

Jalisco

Casa del Apóstol - Hermanas
Niños Héroes N° 18 entre Felipe Ángeles y Fco.
I. Madero Col. Santa Cruz de las Huertas 45410
Tonalá, Jal. Tel. 01 333 691 2521

Veracruz

SEMINARIO MENOR - FMAP
Callejón Moctezuma #10 entre Lerdo y Cartas
69010 **Acayucan, Ver.** Tel. 01 924 245 2591

SEMINARIO MENOR – FMAP

Ignacio Zaragoza s/n Col. Villanueva
A.P. 153 93600 **Martínez de la Torre, Ver.**
Tel. 01 232 324 3927

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle Miguel Alemán S/N 4ª Privada
Col. El Arenal 95740 **San Andrés Tuxtla, Ver.**
Tel. 01 294 942 2972

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle Concreto 012
Col. El Arenal 95740 **San Andrés Tuxtla, Ver.**
Tel. 01 294 942 3488

Casa del Apóstol - Hermanas
Av. Vendrell N° 123 entre Orizaba y Genaro Rojas
Col. 1° de Mayo 92039 **Veracruz, Ver.**
Tel. 01 229 937 7239

Oaxaca

Casa del Apóstol - Hermanas
Alcatraz 1 Mz 23 entre Limonarias y Tulipanes
Col. La Moderna Sección La Mediana
Tuxtepec, Oax. Tel. 01 287 871 7071

Casa del Apóstol - Hermanas
Av. Yucatán N° 43 Barrio Las Flores
68400 **Loma Bonita, Oax.** Tel. 01 281 872 2916

Hno. Martín Sánchez Ramírez (Director)
Calle José Martí N° 123 Col. Reforma Agraria
68000 **Oaxaca, Oax.** Tel. 01 951 516 2007

Chiapas

Casa del Apóstol - Hermanas
Paseo Lomas del Paraíso s/n Lt. 211/212 Col.
Granjas del Paraíso A.P. 107
34989 **Tapachula, Chis.** Cel: 045 962 624 7843

Casa del Apóstol - Hermanas
Barrio de Guadalupe Col. Las Granjas
Bochil, Chiapas Cel. 045 919 136 4627

Hna. Ángela Espinosa
3ra. Poniente N°131 entre 8 y 9 Sur 29140
Ocozacoautla de Espinoza, Chiapas. Cel:
045 968 1097924 angelaapostol@hotmail.com

Nuevo León

Casa del Apóstol - Hermanas
Calle León García N° 1021 Col. Valle de Santa
Lucía C.P. 64140 **Monterrey, Nuevo León**
Tel. 01 811 425 0833

Hno Víctor Platero Andrade
Av. Julio Carmelo N° 816 Col. Francisco Villa
64228 **Monterrey, Nuevo León**
Tel. 01 811 686 9659

Yucatán

Hno. Andrés Gómez Arreola
Calle 62 s/n por 85 y 87 Col. Nueva Santa Isabel
97370 **Kanasin Yucatán** Cel: 045 999 991 5805

Tabasco

Hno. Fidencio Sampedro Zarate
Reyes Hernández Nº 505 Colonia Pueblo Nuevo
86500 **Cárdenas Tabasco** Tel. 01 937 372 5673
Tel. 01 917 371 6100 Cel. 044 937 125 4706

Baja California

Casa del Apóstol – Hermanas
Av. Dalias 127 Entre Río Elota y Díaz Mirón
Col. Alamitos 21210 **Mexicali Baja California**
Tel. 01 686 564 57 83

Morelos

Casa del Apóstol – Hermanas
Calle Independencia S/N Col. Atzompa 62600
Miacatlán, Morelos Tel. 01 737 373 4226

CENTROAMÉRICA

Guatemala

Casa del Apóstol – Hermanas
15 Av. 1-53 Col. Lavarreda Zona 18
Guatemala, Guatemala C.A.
Tel. y Fax. 00502 -2258 1325
Tel. 00502 – 2255 0867
apostolesguatemala@hotmail.com

Seminario Menor – FMAP
Rancho de Tejas San Francisco el Alto,
Totonicapán **Quetzaltenango, Guatemala**
Cel: 00 502 48989305 Cel: 00 502 5154 8526

El Salvador

Casa del Apóstol – Hermanas
Final de la Calle Lara, Av. Los Narcisos Casa Nº 7
Col. Santa Carlota Barrio San Jacinto,
San Salvador, El Salvador CA
Tel. y Fax. 00503-22-70-50-50

Casa del Apóstol – Hermanas
3a Calle Col. Santa Marta,
Sonsonate El Salvador CA

Honduras

Casa del Apóstol – Hermanas
Sector J Bloque 10
Calle Omoa s/n Col. Izaguirre
Tegucigalpa, Honduras
Tel. 00504 22471025 - 22831655
Cel. 00504 94950960

Nicaragua

Casa del Apóstol – Hermanas
Kilómetro 10 ½, Carretera Vieja a León
Col. San Luis, Contiguo al Colegio San Luis Planes
de Nejapa Tel. 00505 - 22712997
Cel. 00505 – 8855 2718 **Managua, Nicaragua**

Costa Rica

Casa del Apóstol – Hermanas
Entrada Las Novedades, Urbanización Itaipú, 2
da Etapa San Juan de Dios de Desamparados
Tel. y Fax. 00 506 2275 8005
San José de Costa Rica.
Para correspondencia: Asoc. Misionera Apóstoles de la Palabra Apartado Postal 189 – 1000
San José de Costa Rica

SUDAMÉRICA

Paraguay

Casa del Apóstol Calle Tobatí Nº 559
Entre Bartolomé de Las Casas y Pariri
Barrio Vista Alegre **Asunción, Paraguay**
Tel. 00 595 2155 4277

Colombia

Casa del Apóstol
(Hermanas)
Calle 75 D SUR No2-24 Este Barrio Tejares
Bogotá, Colombia Tel(031) 773 4175
hnaamalia@hotmail.com
hnaernes@hotmail.com

Casa del Apóstol
(Hermanos)
Calle 32 No 5E-04-Barrio La Cumbre
Bucaramanga, Colombia
TEL. (077)681 8030
apostolesdecolombia@hotmail.com

Chile

Casa del Apóstol Pasaje Barcelona 1566
Entre Tupungato e Isabel Carrera
Población Juanita Aguirre Conchali
Tel. 00562 / 7368204 **Santiago de Chile.**

Ecuador

Casa del Apóstol Calle Colón S/N
Entre Sucre y Simón Bolívar Casilla 17031463
Yaruquí Tel. 005932/279 0221 **Quito, Ecuador**

Brasil

Casa del Apóstol
Apostolos da Palavra
Alm. Buenos Aires No.144
Engenho do Roçado Sao Gonçalo –RJ.
Cep.24752-360 Tel. 005521/36118493
São Gonçalo – RJ/Brasil

Venezuela

Casa del Apóstol Mujeres
Calle Colombia s/n Barrio 24 de Julio
Apartado Postal 512
Barquisimeto Edo. Lara – Vía Quibor
Tel. 0058251/4472860

Casa del Apóstol Varones
Barrio El Coreano I Detrás de la Escuela Municipio
Iribarren, **Barquisimeto, Edo. Lara**
Tel. 0058251/4478485

Perú

Casa del Apóstol - Hermanas
Mz 656 Lote 19 Sector 5 Tel. 00511/575 4686
Bocanegra Callao, **Lima, Perú**

Casa del Apóstol - Hermanas
Jr. Trujillo N° 176 San Felipe Comas, **Lima, Perú**

Argentina

Parroquia San Cayetano Pizarro Francisco 1249
C.P. 1669 Delviso Tel. 0054 023/2047 3986
Buenos Aires, Argentina

República Dominicana

Casa del Apóstol Sector Villa Satélite
Calle 2, N° 9
Villa Mella Tel. 001 809/569 4499

Santo Domingo Norte
República Dominicana

Estados Unidos

Casa del Apóstol 168 Cone Ave.
Merced CA 95341 USA
Tel. 001 209/3850795
misionesusa@hotmail.com

EUROPA

Portugal

Missionárias Apóstolos da Palavra
Rua Moradias da Serra Lote 19-a
Varatojo, 2560-237

Torres Vedras Portugal.

Tel fijo: 00 351 261 32 66 14
Movil: 00 351 960 25 00 12

Italia

Apostoli della Parola
Via S. Elisabetta 7 91100 **Trapani, Italia**
Tel. 0039 0923/23996
Tel. 0039/092323996

Apostoli della Parola

Chiesa della Veterana
Via Sila s/n 88046 **Lamezia Terme (CZ)**
Tel. 0968441615

España

C/. Águilas, 22 - 41003 **SEVILLA**
TELÉF. 954 22 80 66 - Móvil: 656 43 96 29

COORDINADORES DIOCESANOS DEL MOVIMIENTO ECLESIAL EN LA REPÚBLICA MEXICANA

Félix Rosales Carballo
Mz. 106, Lote 11, Sector 1, Renacimiento
Acapulco, Gro.
045 744 105 77 76 y 01 744 116 00 65
gato.778@hotmail.com

Luis Piedras Hernández
Calle 8 núm. 95, col. Icacos
39860 **Acapulco, Gro.**
045 744 484 7006

Bernabé Ovando Vázquez
6 Oriente entre 1° Norte y Av. Norte,
Barrio San Isidro

Ocozacoatlán de Espinoza, Chiapas
045 968 108 8878
bernabeapostol@hotmail.com

José Alfredo Vilchis Rivera
Fortín No. 305 Col. Progreso y Paz
Coatzacoalcos, Ver.
01 921 217 1077

Giovanni Allí Mancilla Reza
Emiliano Zapata 18, Centro.
62670 **Xoxocotla, Morelos**
045 734 100 5886
17341200884
giovannialli_840109@hotmail.com

Reisner Samuel Omar Vázquez Jáuregui
Río Grijalva No. 1044 Col. González Gallo
44430 **Guadalajara, Jal.**
045- 3334 097348
01 333 61 98068
reisnero@hotmail.com

Rosendo Tiburcio Ocampo
Alfonso Cordero 58
Col. Insurgentes, 82260
Mazatlán, Sinaloa
045 669 161 99 93
01 669 983 7147
chendox_apostoldelapalabra@hotmail.com

Ángel Ismael Gil Campos
Calle 10 # 360, entre 45 y 46
Col. Melchor Ocampo 97370
Kanasin, Yuc.
045 999 997 7476
01 9991664252
ismavw@hotmail.com

Elia Mildrea Ambrosio Tamayo
Calle 51 # 314, entre 46 y 48.
Fracc. Pacabtun, **Mérida, Yucatán**
045 999 126 6056

Isabel Cristina Sosa Cavich
Calle 10 # 360, entre 45 y 46
Col. Melchor Ocampo 97370 **Kanasin, Yuc.**
045 999 259 6080
01 999 166 4252

Marcos Vázquez Salinas
Mazamitla 217.
Col. Noria Sur,
Apodaca, Nuevo León
88 83 24 05

Víctor Platero Andrade
Av. Julio Camelo # 816,
Col. Francisco Villa, 64268
Monterrey, N.L.
045 811 686 9659

01 818 322 0548
darazondetufe@hotmail.com

Felipa Mendoza Luna
Calle Quelite No. 260
Col. Benito Juárez Segunda Sección
Nezahualcóyotl Edo. de México
045-5545110836
01 5511679740

Efrén Zamudio Gutiérrez
Homenaje #10337,
Col. Nueva Victoria,
Nuevo Laredo, Tamaulipas
01 867 123 1287

Juana Ortiz Contreras
José Martí No. 123
Reforma Agraria **Oaxaca, Oax.**
045- 9515101893
01 951 5162007
contrerasap@hotmail.com

Juan Carlos Basto Kuyoc
Calle 5 Sur, Mz 229 (2) Lot 7 (3)
entre Diagonal 80 y 85 Sur.
Col. Ejidal, **Playa del Carmen,**
77712 Solidaridad, Quintana Roo
045 984 146 7253
01 984 206 1220
juancarlosbasto@hotmail.com

Héctor Huerta Pérez
Av. 33 Oriente núm. 1625,
Col. El Mirador, **Puebla, Pue.**
045 222 50 68 596
01 222 62 06038
prodef_casadelacristiandad@hotmail.com

Andrés Juárez Jacinto
Barrio de la Cruz,
Santa María Tonameca,
70946 **Pochutla, Oax.**
045-9581072611
045- 9581078250

Alfredo Zavala Pérez
Mazatlán, Sinaloa
045 938 108 4301
zavalaapostol@hotmail.com

Mario Gómez Díaz
Bayá Lemo s/n **San Andrés Larrainzar**
045 967 106 1131
01 967 596 5304
gomezmario@live.com

Victorio Ruíz Hernández
Av. Morelos S/N
Parroquia de **San Andrés Larrainzar.**
045- 967 130 9931

Martha Noemí Montejo González
Andador La Selva Mz 15, Lote 9-10,

Fracc. Bosques de Saloya
86039, **Villahermosa, Tab.**
045 993 110 2146
01 993 316 4694
martha_apostoldelapalabra@hotmail.com

Lidia Guillén Ortiz
Bugambilia 202 Col. Las Flores,
89510 **Cd. Madero Tamps.**
045 833 266 12 46
01 833 211 64 71
jupalu03@hotmail.com

Elena García Basurto
Gerardo Díaz Florencio
Calle Patuani # 248 Mz 474 Lote 22,
Barrio Plateros,
56358 **Chimalhuacán, Edo. de México**
045 551 935 6324
01 55 11 0695

José Emeterio Rivera García
Dom. Conocido, El Fénix,
24750 **Coyote, Coah.**
045 87 12 93 85 73
01 871 77 50003
rivera_3366@hotmail.com
Tomas Morales Onofre
María Virginia Santos Flor
Calle Manuel Ávila Camacho. #26
Barrio Tacoxtenco
73161 **Tenango de las Flores,**
Municipio Huachinango Puebla
045 764 109 1714 y 045 764 100 9344

Juventino Cruz Domínguez
3ª Privada de Camino Real,
Barrio de Tzahuinco
Población Tenango de las Flores
73161 Municipio Huachinango Puebla
045-764 105 1147
17647630739

Gabino Hernández Pérez
Callejón Fausto Vega Santander s/n
Col. Rodríguez
Tuxpan, Veracruz
045 783 108 33 73
gabinoapostol@hotmail.com

Marciano Agustín Sánchez
Vicente Guerrero 10,
Col. Adalberto Tejeda, **Naranjos, Veracruz**
045 768 107 57 68 01 768 85 529 13

Alexis Jiménez Pérez
Barrio San Antonio 4º Sur entre 9 oriente
Ocozacoautla Espinoza, Chiapas
045 968 108 0415

Iber Zenón Gálvez
9 Ote entre 4º y 5º Nte #53 Barrio Nuevo,
29140 **Ocozacoautla de Espinoza, Chiapas**
045 968 103 2391 01 968 688 0584

Luis Alberto Mendoza Jiménez
4 Pte entre 5° y 6° Sur
Barrio San Antonio
29140 **Ocozocoautla Espinoza, Chiapas**
045 968 107 3587

Roger Luis Hernández Rivera
4 Poniente y 3 Norte num.26,
29140 **Ocozocoautla, Chiapas**
045 968 112 7077
hdezrivrog@hotmail.com

Rubén Espinoza Villarreal
Calle 16 de Septiembre S/N
Ocuilapa de Juárez
045-968 744 4122

José Víctor Mendoza Mendoza
4ª Poniente entre 9 y 10 Sur núm. 152,
Barrio Unión Hidalgo,
29140 **Ocozocoautla de Espinoza, Chis.**
045 968 100 2508

José Manuel Chablé Reyes
Fraccionamiento Estrellas de Buenavista,
Mza 31 Lote 12, calle León
86126 **Villahermosa, Tabasco.**
045 9931971544
01 9933 393 255
jo.machare@hotmail.com

Juan Antonio Vázquez Hernández
Calle Central 9 Oriente 1 Norte
Col. San isidro, 29140
Ocozocoautla de Espinoza, Chis.
045 968 106 97 88

Ángela Espinoza Pérez
3 Pte. entre 8° y 9° Sur #131
29140 **Ocozocoautla de Espinoza, Chis.**
045 968 105 2540
angelaapostol@hotmail.com

Apolinar Velasco Macario
Calle 15 No. 31 entre 8 y 4 Col. Carranza
Boca del Río, Veracruz
Tel. 229 297 9123

Saulo Seba Ambros
Cd. Victoria, Tamaulipas
045 834 138 22 77
saulo_seba@hotmail.com

Ediciones “Apóstoles de la Palabra”

* Melchor Ocampo 20 * Col. Jacarandas Iztapalapa * 09280 México, D.F. *

* Tel. 01 55 5642 9584 * Fax: 01 55 5693 5013 *

* edicionesapostoles@hotmail.com * <http://www.apostolesdelapalabra.org> *

APOLOGÉTICA

AL ALCANCE DE TODOS

Aprendiendo a dialogar con las sectas

Catolicismo y Protestantismo

Diálogo con los protestantes

Folleto miniatura # 1-7 (C/U)

La Santa Muerte

Minidiálogo con los protestantes

No al aborto

Soy católico

Triptico de Apologetica # 1-6 (C/U)

APOLOGÉTICA.

REFLEXIONES PASTORALES

¡Alerta! La Iglesia se desmorona

¡Animo! Yo estoy con ustedes

¡Adelante! les enviaré mi Espíritu

Adventistas del 7o. día

Cambiar o morir

Charlas de sobremesa entre curas

Comunidades “Palabra y Vida”

Documento De Aparecida -Extracto-

Fotografías de la realidad eclesial

Hacia un nuevo modelo de Iglesia

Inculturar la Iglesia

La Iglesia ante la historia

La Iglesia y las sectas ¿Pesadilla o reto?

La Nueva Evangelización y las sectas

Listos para la Gran Misión

Sueños Descabellados

PASTORAL BÍBLICA

Aprender la Biblia jugando

Diccionario bíblico

Curso bíblico para niños

Historia de la salvación (*curso bíblico básico*)

Historia de la salvación (*curso bíblico popular*)

Mi tesoro de espiritualidad bíblica

Oración de la noche con Biblia

Palabra de Vida

Tablas de juegos bíblicos

CATEQUESIS

Catecismo bíblico para dultos

Catecismo popular de Primera Comunión

Hijos de Dios y herederos de la Gloria

Pan de Vida

Signos bautismales

Triptico para la Confesión (Niños)

Triptico para la Confesión (Adultos)

Triptico para la Confesión (Dibujos)

Un pacto de amor

Ven, Espíritu Santo

ESPIRITUALIDAD

Como planear la propia vida espiritual

Chispas de espiritualidad

El pájaro herido

Evangelizar, la más noble aventura

Orar con los salmos

Oremos con la Biblia

Siguiendo las huellas de Cristo

Sufrir con Cristo

RELIGIOSIDAD POPULAR

Cantoral del pueblo de Dios

El Santo Rosario

Los apóstoles cantan

Liturgia. Nuestra participación litúrgica

Mis XV años

Novenario de difuntos

Posadas bíblicas

Religiosidad popular

Quince minutos con Jesús sacramentado

DVD'S APOLOGETICA Y OTROS

Documento de Aparecida

DVD 3 en 1 (caja de plástico)

DVD 3 en 1 (caja de cartón)

La fiesta de los santos

La Iglesia Católica y las sectas Vol. 1
La Iglesia Católica y las sectas Vol. 2
La Iglesia Católica y las sectas Vol. 3
Listos para la Gran Misión (*caja de plástico*)
Listos para La Gran Misión (*caja de cartón*)
Un apóstol de la Palabra de Dios

DISCOS COMPACTOS

Alabando al Señor con salmos
Ando con mi Cristo
Amo tu Palabra
Alábale al Señor
Cantos de navidad
Católico, defiende tu fe
Confía en el Señor
Católicos, vuelvan a casa
Enseñame a amar
Eres importante
El sembrador
El Santo Rosario juvenil y bíblico
Gracias, Señor
Grande es tu amor
Iglesia y sectas
La ley del amor
La mies es mucha
La Misa de la unidad
María fue coronada
Me enamoré
Me encontraste, Señor
Mi alegría y mi gozo
Mi orgullo es ser católico
Mis alas
Mi fuente de inspiración

Mi gran amor
Mirando al cielo
Mi tesoro es Jesús
No me dejes, Señor
No existí
Nuestro maestro
Palabra de Vida
Por amor a Cristo
Por eso soy feliz
Pregoneros del Evangelio
Porque eres bueno
Por una vida más digna
Sal y pimienta
Siempre a tu lado
Testigos de Cristo
Tómame, Señor
Tu amor me salvó
Un canto para ti
Una sola Iglesia
Un solo rebaño
Ven a mí

DISCOS ECONÓMICOS

Aprendiendo a dialogar
Canta y defiende tu fe
Documento de Aparecida
Hacia un nuevo modelo de Iglesia
Historia de la Salvación (Curso en mp3)
Iglesia y sectas
La Iglesia Católica y las sectas (curso en mp3)
La respuesta está en las Escrituras
Listos para la Gran Misión
Todos con la Biblia
Un Apóstol de la Palabra de Dios

INDICE

Instantáneas para conocer y renovar la Iglesia.....	3
Introducción General.....	17

Primera Parte

DIOS Y EL DINERO

Introducción	25
1. Los buitres	27
2. El cura o el taxista. –¿Quién hace orar más?–.....	36
3. De seminarista a señor cura. –Una metamorfosis total–	37
4. El diezmo. – Dios y el Dinero: una difícil amalgama –.....	39
5. ¿Cuánto te pagan? – Ver todo bajo el signo de pesos –	44
6. La promoción vocacional. –Con el Evangelio al revés–.....	46
7. No a la simonía. –Aunque sea disfrazada–	50
8. De la tribu de Isacar.....	54

9. Evangelizadores a tiempo completo	
–¿Voluntarios o a sueldo?–.....	55
10. El bautismo del perro	59

Segunda Parte

EVANGELIZACIÓN Y PASTOREO

Introducción	62
1. El pastor evangélico y el señor cura	
–Dos maneras diferentes de ver la misión–.....	65
2. Sacramentos y experiencia de Dios	
–Dos caminos paralelos–	69
3. Defensa y ataque.	
–Estrategia pastoral–.....	72
4. Comunidades eclesiales de base,	
movimientos apostólicos y asociaciones piadosas.	
Un lugar para todos: el secreto del éxito pastoral.....	75
5. El buey que trilla.	
–Una triste historia–	80
6. Del altar al potrero.	
–¿Y el compromiso de evangelizar?–	85
7. ¿Es suficiente acompañar a los indígenas?	
–¿Y el anuncio del Evangelio?–	88
8. La idolatría de la cultura.	
–Una trampa más para la fe–.....	91
9. Misiones de Semana Santa.	
–Cada quien a lo suyo–.....	96
10. Vivir de herencia.	
–Vocación suicida–	99

11. Víctimas de la fe.....	102
12. Formador de líderes. –O entrenador de esclavos–.....	105
13. Acreditado por Dios. –Una manera diferente de ser y actuar–.....	109
14. Alejamiento de las Escrituras –Y coqueteo con la sabiduría humana–	113

Tercera Parte

LOS CAMBIOS EN LA IGLESIA

Introducción	119
1. El camino de la eutanasia. –La peor opción–	121
2. La apologética. –Y después, ¿qué?–	124
3. Candil de la calle y oscuridad de la casa. –Cuando se usa una receta equivocada–.....	127
4. El celibato obligatorio. –Un compromiso difícil de vivirse–	133
5. Amistad e idoneidad. –No hay que confundir una cosa con otra–	137
6. Biblia sí; Biblia no –Una guerra... santa–.....	140
7. Si yo fuera Papa. –A propósito de la visita de Benedicto XVI–	145
8. La religiosidad popular. –Un verdadero enredo–	148

9. Nuestras fiestas religiosas.	
–Una mezcla entre cristianismo y paganismo–	151
10. ¿Sacramentos para todos?	
–¿Y la vida cristiana?–	155
11. Latinoamérica.	
– ¿El continente de la esperanza o de la pesadilla? – ..	158
12. Estamos perdiendo las masas católicas.	
– ¿Quién tiene la culpa? –	162
13. Como al tiempo de Jesús.	
– No entran ni dejan entrar –	166
14. La auditoría de san Pedro.	
–Más que un terremoto para toda la Iglesia–.....	169
15. Estamos en una crisis epocal.	
–Solución: regreso al Evangelio–.....	172
16. Urgen cambios profundos en la Iglesia.	
–El actual modelo eclesial ya no funciona–	175
Conclusión general.....	180
Nuestras direcciones	182
Ediciones Apóstoles de la Palabra	187

Se terminó de imprimir
el día 12 de Agosto de 2012,
celebración de la Feria del Apóstol.
- 30,000 ejemplares -